Por el Corazón de un Lord



Sheyla Brinstong

Sheyla Brinstong

Por el Corazón de un Lord

Una Temporada en Londres IV

Argumento:

Lady Susan luchó por su vida, tras aquella terrible tormenta, pero la sociedad no la perdonaría por no haber muerto como su amada tía.

Ni que le entregara su corazón a aquel misterioso caballero, que la sostuvo entre sus brazos, mientras el mundo se desmoronaba.

Condenada y repudiada por los suyos, debía ocupar de nuevo su lugar en la sociedad o nunca merecería ser amada.

Lord Chapman jamás pensó que condenaría al ostracismo a aquella joven Dama de cabellos dorados, solo por alejarla de las turbias aguas que arrasaban todo a su paso.

Obligado a tomarla por esposa, es rechazado y alejado de ella, hasta que sea digna de su corazón y admitida de nuevo entre sus pares.

Capítulo 1

Ya era noche cerrada, pero el patio de la posada donde se habían refugiado de la lluvia, seguía iluminándose bajo la luz de los rayos que no dejaban de caer.

Llevaba así desde antes del almuerzo y no parecía que fuera a parar pronto, se dijo, Susan, observando las gruesas gotas de agua resbalar por los cristales.

A pesar del alboroto, desde donde estaba sentada, podía oírse el relinchar de los caballos en los establos, estaban nerviosos, los animales siempre se anticipaban a las desgracias.

Ella lo sabía bien, ya que se había criado en el campo y no recordaba ni una sola vez, en que una mala tormenta, como aquella, no se llevara por delante, al menos a un par de ellos, sino más.

Como aquella tarde de principios de septiembre, siendo aún una niña, tras las ventanas de la biblioteca, vio varios rayos caer, al mismo tiempo, sobre el establo, calcinando a todos ellos, a la vez que a unos cuantos mozos de cuadra que los cuidaban.

Más tarde supo que el rayo responsable de tal desgracia, había entrado por una puerta y salido por otra, arrasando todo a su paso.

Desde entonces, su padre había ordenado que los dejaran en libertad dentro del establo, para que pudieran huir en caso de repetirse tan terrible tragedia.

Fue una buena decisión, tal vez debería ir a hablar con el jefe de los establos para que hiciera lo mismo, pensó, no estando segura del crédito que la darían al ser una joven dama quien les viniera a decir como hacer su trabajo.

Se volvió para tomar su taza de té y beber un poco, observando como su tía, Lady Hamilton, que hacía las veces de institutriz y dama de compañía, en aquel viaje a Londres, seguía concentrada en su labor, sin prestar atención a las inclemencias del tiempo.

Ella apenas había podido leer unas cuantas páginas del libro que la acompañaba y eso que era una novela recién publicada de su autora preferida.

El retumbar de los cascos de los caballos en el empedrado del patio, la hizo girarse de nuevo hacia la ventana.

Eso no presagiaba nada bueno, no, señor, pensó, viéndolos cruzar enloquecidos en dirección al bosque.

Aunque apenas si llovía en esos momentos, el rugir de los truenos, era cada vez más distante, pensó, revolviéndose en su silla incómoda.

Algo no estaba bien, ahora que lo peor había pasado, deberían haberse calmado, en lugar de huir al bosque, donde había más posibilidades de que les alcanzase un rayo, bajo los árboles.

—Parece que la tormenta ha pasado y podremos dormir unas horas, antes de reanudar nuestro viaje, por la mañana.

Susan se volvió hacia su tía, sorprendida de que se hubiera dado cuenta de ello.

—Aún es pronto para hacer semejante afirmación, tía.

—Tenéis toda la razón, querida, esperemos un poco más antes de retirarnos —la dijo, regresando a su labor.

Susan se giró para observar al resto de los parroquianos, que les acompañaban en el gran salón, la mayor parte viajeros de paso, a quienes les había sorprendido la tormenta, como a ellas.

Casi todos eran hombres de negocios, abogados, administradores o comerciantes, que viajaban, de un lugar a otro, debido a su trabajo.

Una familia burguesa con sus tres niños pequeños, sentados al fondo del salón, llamo su atención, sorprendida, de que estuvieran tan callados y quietos junto a sus padres y su hermana, una joven, más o menos de su edad, que parecía estar tan preocupada como ella por la situación.

Deberían estar muy asustados para comportarse así, pensó, sintiendo lástima por ellos.

Tentada estuvo de levantarse e ir hacia allí, para interesarse por su estado, pero justo en ese momento decidieron abandonar el lugar, rumbo a sus aposentos, supuso, al verlos encaminarse hacia las escaleras, que llevaban al piso superior, donde se encontraban los dormitorios.

Se encogió de hombros y continúo paseando la mirada entre el resto de comensales.

Justo en el centro de la sala, a la izquierda de la gran chimenea, un grupo de jóvenes caballeros concentraban todas sus energías en emborracharse concienzudamente, aunque sin levantar demasiado alboroto, al menos hasta el momento.

Junto a ellos, un grupo de no tan jóvenes, jugaba una partida de cartas, mientras

saboreaban un licor.

Susan se fijó más en ellos, tratando de adivinar de qué juego se trataba y la suma que apostaban.

Hasta que tropezó con unos ojos burlones que la observaban en silencio.

Sintió como se acaloraba bajo su escrutinio. Obligándola a apartar la mirada, escandalizada, ningún caballero que se precie debía mirar así a una Dama a la que ni siquiera habían presentado.

—Tía, ha llegado el momento de retirarnos, ¿no creéis? — la sugirió, poniéndose en pie, invitándola a acompañarla.

—Por supuesto, querida, se nos ha hecho demasiado tarde, mis viejos huesos necesitan descansar.

Susan esperó pacientemente a que recogiera sus cosas, antes de cruzar el salón rumbo a las escaleras, negándose a mirar hacia el desconocido que no había dejado de observarla.

Podía sentir su mirada, retándola a volverse para encararla.

No te vuelvas, Susan, no te vuelvas, se repetía en cada paso que daba.

Su madre ya la había advertido sobre ciertos caballeros, que utilizaban la inocencia de jóvenes damas, con su atractivo y virilidad, para robarles su honra con tan viles ardiles.

Libertinos, sin escrúpulos, los llamaba ella, sin vergüenzas, sin educación ni pudor, como acababa de comprobar por sí misma.

Aun sintiéndose atrapada por su descaro y según su madre, Londres estaba lleno de ellos, gruño para sus adentros, alcanzando, por fin, la puerta de sus habitaciones.

—Me retiraré a dormir inmediatamente, querida, y vos deberíais hacer lo mismo.

—Que pase una buena noche, tía, —la deseo, parándose junto al mortecino fuego de la alcoba que compartían, en busca de algo de calor.

Chapman había estado muy pendiente de la hermosa joven sentada junto a la ventana, a la vez que de la tormenta interminable que los había obligado a guarecerse en la primera posada que encontraron.

Aunque ya habían salido de Londres, pensando en detenerse allí, a pasar la noche, con la

esperanza de saborear una buena cena, para más tarde unirse a una partida de cartas, clandestina, de las que allí se organizaban, por las que era tan famosa la posada entre sus pares.

Gracias a Dios, que llegaron de los primeros y pudieron conseguir las dos últimas habitaciones, muchos dormirían en el suelo del gran salón, como pudieran a pesar de su noble cuna, pensó, escuchando una vez más al posadero, explicarle a otro noble caballero que acababa de llegar con su familia.

El cual lo consideraba inadmisible, pero que nada podía hacer ante su desdicha.

Ya ni quedaban sobras de la cena de la que habían disfrutado y las despensas se iban vaciando poco a poco.

A pesar de las quejas, el posadero estaba contento, gracias a esa mala tormenta sus arcas habían aumentado considerablemente, en una sola noche.

Hacía rato que era noche cerrada, algunos comensales comenzaban a retirarse, resignados a no poder continuar su camino hasta el alba.

Noto como la acompañante de la joven dama de la ventana comenzaba a recoger sus cosas y supuso que ellas también se retirarían a sus aposentos.

Mentalmente, les deseo buenas noches antes de concentrarse de nuevo en el juego.

No eran apuestas elevadas, pero nunca le había gustado perder.

Por primera vez en toda la noche parecía que su primo Anthony tenía una buena mano, pensó, observando la sonrisa de satisfacción que adornaba su cara, sonrió para sí mismo.

Había decidido llevarlo consigo a Grafham, donde el Duque le había regalado las propiedades que durante años había administrado para él, con el fin de enseñarle el oficio y que pudiera sustituirle, pero también para alejarlo de los problemas en los que siempre acababa involucrado y así Ashford pudiera concentrarse en disfrutar de su recién estrenada Duquesa.

Lady Pennelope Melbourn, tan salvaje como su rojo cabello, llena de sorpresas, quien se negaba a ser domesticada por la sociedad, solo por agradarles, la cual, haría que su cabello se cubriera de canas anticipadamente.

Nunca pensó que Ashford fuera a ser feliz con una mujer así.

Él siendo un acérrimo defensor de las normas sociales y pegado a su estricta rutina, pero estaba enamorado de su esposa y eso lo había cambiado por completo.

Ay el amor, ese sentimiento esquivo y pasajero, que insistía en atraparlo, una y otra vez, pero que nunca se instalaba en su corazón.

Estaba claro que él no estaba hecho para ese tipo de amor, pensó, ahogando un suspiro, de añoranza, amenazaba con escaparse de su garganta.

—Lord Chapman, os toca.

—Mis disculpas, caballeros.

—En que pensabas —le pregunto, Anthony, siguiendo con la jugada.

—En nada importante, solo dejaba vagar mi mente mientras esperaba mi turno.

—Pues concéntrate, hombre, o no ganaremos esta mano.

—Está bien, tienes toda la razón —claudico, ante su velado regaño.

Continuaron así unas cuantas manos más, hasta dar por concluida la partida, la cual, sobra decir que perdieron, al igual que todas en las que Anthony participaba.

Aun así, este insistía en seguir participando, una y otra vez, con la esperanza de que su suerte cambiara.

Chapman no estaba muy seguro de que eso fuera a suceder alguna vez.

—Disfrutemos de unas pintas junto al fuego, antes de retirarnos.

—Buena idea, de todas maneras, el rugir de la tormenta, alejándose, no nos dejará descansar demasiado.

—Parece que lo peor ya ha pasado.

—Ojalá, primo, ojalá —murmuro, Chapman, arrellanándose en la silla esperando a que les sirvieran.

Capítulo 2

El estallido del replicar de las campanas, sobresalto a los pocos comensales que permanecían medio dormidos aún en el salón.

—El arroyo se ha desbordado, hay que huir hacia un lugar más alto —grito, el que parecía ser uno de los mozos de cuadra que permanecía al cargo de los caballos, entrando precipitadamente en la taberna —rápido, no hay tiempo, ya casi está aquí —les apremio, al ver que nadie se había movido de su lugar y le miraban, sorprendidos, sin llegar a comprender, muy bien, a que venía tanto alboroto.

Chapman sacudió la cabeza, aturdido, tratando de entender lo que estaba diciendo.

Entonces se fijó en sus pies y noto el agua correr bajo ellos, haciéndole reaccionar.

—Anthony, arriba —grito, levantándose de un salto, corriendo hacia la escalera que conducía al piso superior.

Anthony no necesitó nada más y se lanzó tras él.

Los comensales asustados se agolpaban, empujándose, unos a otros, tratando de alcanzar las estrechas escaleras tras ellos.

Chapman intento mantenerse firme, mientras una masa de gente, asustada, le arrastraba hacia delante, junto a los despistados que se asomaban a la puerta de sus aposentos, alertados por el alboroto en el rellano.

Volvió la cabeza atrás tratando de localizar a Anthony, a quien había perdido de vista entre la multitud, pero no consiguió distinguirle entre la muchedumbre que le seguía.

—Muévase —grito a la persona que se encontraba parada ante él —o la multitud la arroyara sin remedio.

Susan se giró hacia la voz del desconocido sin comprender muy bien que trataba de decirle.

¿Qué demonios estaba pasando?, se preguntó confundida.

Apenas si había terminado de prepararse para la noche, cuando oyó los gritos en el

pasillo, se anudó con fuerza su gruesa bata, alcanzo el chal, que había abandonado en el respaldo de la silla, junto al fuego, antes de asomarse a la puerta para ver que pasaba.

Cuando un caballero la gritaba que se moviera sin saber muy bien por qué, ni hacía donde dirigirse.

Sintió como la agarraba fuertemente del brazo y la arrastraba con él.

—El agua casi ha alcanzado el segundo piso, si no nos movemos no podremos salir de aquí —la grito por encima del clamor de la muchedumbre.

Esas simples palabras penetraron en su mente, como el agua en sus suaves zapatillas de seda, calándole los pies.

—Mi tía, está dormida en el cuarto —grito, despavorida, al darse cuenta de ello.

—No hay tiempo, hay que subir.

—No, tengo que volver por ella —grito, tratando de zafarse de su agarre.

—No hay tiempo —insistió, empujándola hacia la ventana.

—No me iré sin ella.

—Entonces perecerá ahogada junto a ella, o lo que es peor arrollada por las personas que nos siguen, desesperadas, por salvar sus vidas —la advirtió, tratando de hacerla entrar en razón.

—Estoy aquí, Susan, haz lo que te dice —grito, Lady Hamilton, adivinando el motivo de su rebeldía —voy justo detrás de ti.

Susan no tuvo tiempo de mirar atrás, cuando se vio encaramada al alféizar de la ventana.

—Cójase al enrejado y suba —la apremio a que se moviera de nuevo.

Susan hizo lo que le pedía, volvió la cabeza tan solo un segundo, alcanzando a ver la cara de su amada tía, entre la multitud, quien trataba de llegar hasta ella, desesperadamente.

—Cuanto más rápido suba, más gente podrá hacerlo tras nosotros y salvar sus vidas.

Se giró de nuevo y comenzó a subir tan rápido como podía, sintiendo la fuerza del desconocido cernirse sobre ella, quien la cubría con su cuerpo, dándola una sensación de seguridad que estaba muy lejos de ser real.

Por fin, alcanzaron el tejado y se movieron hacia un lado para dejar pasar a los demás que venían tras ellos.

—Será mejor que nos sentemos —la sugirió, cuando estuvo seguro de que no entorpecían el paso a los recién llegados —, es más seguro que mantenerse de pie sobre las tejas mojadas.

—Aquí no —dijo, Anthony, llegando junto a ellos —, el tejado no soportará tanto peso.

Chapman atrajo a la joven contra su pecho instintivamente, tomándola por la cintura, mientras examinaba el lugar cada vez más abarrotado.

Mucho se temía que Anthony tendría razón y todos caerían de nuevo hacia el interior de la posada.

—Busquemos un lugar junto a las chimeneas —les propuso, Anthony, confiando en su instinto —, si no me equivoco, es el sitio más reforzado de toda la estructura.

—Tienes razón, vamos.

Con cuidado de no resbalar se fueron acercando a la chimenea más alejada que parecía estar menos asediada, rezando una plegaria en silencio, para encontrar un espacio vacío donde poder acoplarse.

Susan giró la vista atrás tratando de localizar a su tía, pero no pudo distinguirla entre tanta gente, antes de dejarse llevar de nuevo, por el desconocido que no dejaba de arrastrarla de un lugar a otro.

—Tenga cuidado por donde pisa.

Oyó que la sugería el otro caballero que se había unido a ellos.

—Está bien, este parece ser un buen lugar —dijo, Chapman, satisfecho —, esperemos aquí a que amanezca, para poder valorar los daños y ver cuando podemos descender —dijo, antes de sentarse, con la espalda pegada a la pared, colocando a su preciada carga, entre sus piernas —. Será una noche muy larga.

Susan no opuso resistencia, acurrucándose contra su pecho, buscando el poco calor, que emanaba de su cuerpo, estaba helada y mojada hasta los huesos.

Él la abrazó como pudo, trayéndola más cerca.

Anthony se sentó junto a ellos, resignado a no poder ayudar a nadie más.

El enrejado no aguantaría mucho más, demasiadas personas tratando de subir al mismo tiempo, pensó, justo cuando el crujido de la madera y el grito despavorido de las personas, cayendo al vacío, confirmaba sus temores, odiaba haber tenido razón en eso.

Todos los, allí reunidos, se quedaron en un aterrador silencio, temiendo lo que pudiera llegar a ocurrir a continuación.

—No todo está perdido, aún, puede que lo haya logrado —murmuro, Chapman, al notar la tensión que se había apoderado de ella, tras la caída del enrejado.

—Puede —susurro, no dejándose engañar por sus palabras de ánimo, era mucho más probable que no lo hubiera conseguido.

Nunca debió dejarla atrás, pensó, apretando los dientes con fuerza, presa de la rabia y la desolación.

—Margot, ¿dónde está Jeremy?

De repente, la voz estrepitosa de una mujer, situada en el centro de una de las cuatro aguas del tejado, cerca de ellos, les arranco de sus pensamientos e hizo que se volvieran a mirarla.

—Yo …

—¡Margot! —grito, escandalizada.

—Está bien, no pasa nada, iré a buscarle.

—Padre …

—Cuida de tus hermanos —le pidió en un susurro.

Y con esas palabras se alejó hacia el borde del tejado, donde otro enrejado aún permanecía anclado a la pared, dándole la oportunidad de descender.

—Niños, venir con mama.

Los pequeños la miraron dudosos antes de zafarse de las manos de su hermano y caminar con cuidado sobre las tejas hacia ella.

Margot fue a sentarse tras ellos, aunque un poco apartada, no quería desatar de nuevo la ira de su madre, con su presencia, siempre mal recibida.

Ya se sentía lo suficientemente avergonzada con todas las miradas de su alrededor clavadas en ellos, preguntándose, exactamente, a que venían esos gritos y quién era Jeremy.

No deseaba seguir llamando su atención.

El sonido de un fuerte crujido, les alerto de que algo muy malo estaba a punto de suceder.

Como si el tiempo se hubiera ralentizado, bajo la mirada estupefacta de los allí reunidos, el tejado comenzó a ceder hacia el interior de la posada, tal y como había Anthony había dicho que sucedería, llevándose con él a todo el que estaba sobre sus aguas.

Anthony se incorporó por instinto y agarro con fuerza a la muchacha que se había sentado, tan solo unos metros más allá de él, huyendo de su madre, tirando de ella contra su pecho, replegándose de nuevo contra la chimenea, esperando que esta no cediera y los hiciera caer también a ambos.

Susan permanecía paralizada entre los brazos de su salvador, sin atreverse siquiera a respirar, por miedo a que las tejas donde estaban sentados también fueran engullidas hacia la oscuridad del interior de la taberna.

Los gritos horrorizados, pidiendo ayuda, momentos antes de ahogarse en el lodo, surcaban el silencio de la noche, tras la tormenta.

Esto no podía estar pasando en realidad, pensó, desesperada por encontrar una explicación que no conllevara tantas muertes en un solo instante.

Debía de estar soñando, se dijo a sí misma, seguro que era eso.

Solo se trataba de una pesadilla.

Pronto despertaría y vería que todo estaba como, cada mañana, la sonrisa de su tía, sobre ella, dándola los buenos días, concluyo tratando de convencerse a sí misma.

Solo era un mal sueño, se repitió, permitiéndose relajarse tan solo un poco, entre aquellos brazos que la sujetaban y la habían salvado la vida.

Clavo la mirada en sus ojos, buscando la confirmación de que todo aquello solo era un mal sueño.

—No hay nada más que podamos hacer por ellos —acertó a decir, tragándose el nudo de angustia y horror que tenía en la garganta.

—No puede ser real.

—Shh —siseo apretando su abrazo, atrayéndola aún más cerca —, esperemos aquí hasta que amanezca.

—Veremos cómo podemos bajar, cuando sea seguro.

—En algún momento las aguas seguirán su cauce, ¿verdad?

—En algún momento …

La verdad es que él estaba tan asustado como ella, pero por el bien de los dos, debía mantenerse fuerte a sus ojos.

No podía arriesgarse a que se pusiera histérica e hiciera alguna tontería que los pusiera en peligro a ambos.

No sabía cómo había acabado siendo responsable de esa desconocida joven dama, para él, tan solo unas horas antes, pero así había sido y como cualquier otro caballero, no podía abandonarla a su suerte para que pereciera.

Ya habían fallecido suficientes personas esa maldita noche, no permitiría que la pasara nada, se prometió así mismo, depositando un suave beso sobre el tope de su cabeza.

La devolvería a su familia sana y salva, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Giro la vista un poco, para ver a Anthony, sujetando a la muchacha, a quien su madre había llamado Margot, sin saber muy bien que hacer con ella, pero impidiendo que hiciera una tontería, como saltar tras ellos por el hueco del tejado.

Parecía tan angustiado y decidido como él, pensó, cuando sus ojos se cruzaron en una mirada que lo decía todo sin decir nada.

Poco a poco los gritos de auxilio se fueron apagando, dejando a la noche sumida en un tenso silencio que nadie se atrevía a romper.

Pronto amanecería y los horrores que imaginaban, quedarían expuestos a la luz del día, pensó, observando las estrellas en la quietud mortal de aquella noche maldita, solo esperaba tener la fuerza necesaria para enfrentarlos, por la mujer que al fin, se había relajado y parecía dormitar entre sus brazos.

Ella contaba con él para seguir con vida y poder regresar a casa, junto a los suyos.

Capítulo 3

El retumbar de un trueno en la lejanía, con las primeras luces del alba, hizo que los pocos, adormecidos sobrevivientes, que aún se mantenían sobre el tejado, despertaran sobresaltados.

—Puede que no venga hacia aquí —murmuro, Anthony, escudriñando el cielo en busca de cualquier signo de tormenta.

—Eso no nos garantiza que las aguas no volverán a subir —replico, Chapman, preocupado.

—Cierto, no sabemos desde donde vinieron.

—Entonces que hacemos —pregunto, Susan, ya del todo espabilada.

—Por el momento, evaluar la situación ahí abajo y ver si hay algún modo, seguro, de descender —la respondió, Chapman, incorporándose y poniéndose en pie con cuidado.

—No os mováis en absoluto —les dijo, Anthony, imitándole —, no tardaremos.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunto, Susan, sujetándole por el brazo, reacia a quedarse sola.

Chapman se giró hacia ella sorprendido por su petición.

—Matthew —la respondió, antes de girarse de nuevo y reanudar la marcha, con sumo cuidado, hacia el extremo del tejado.

—Anthony, por si también deseáis saberlo.

—Pero no puedo llamaros así, la sociedad se escandalizaría si me oyeran —protesto, Susan, contrariada con su actitud.

—Estoy segura de que tampoco aprobarían la noche que hemos pasado entre los brazos de unos desconocidos —murmuro, Margot, hablando por primera vez desde que se había unido a ellos —. Soy Margot.

—Encantado de conocerla, señorita, ahora si me disculpan, debo ocuparme de otros

menesteres de vital importancia —la respondió en tono burlón.

—Proceded, por favor, no permitáis que dos jóvenes damas os distraigan de vuestros quehaceres —replico, Susan, uniéndose a ellos.

Anthony inclinó levemente la cabeza en señal de despedida, antes de caminar despacio hacia el lado contrario del tejado, dispuesto a encontrar una salida.

—Supongo que deberemos hacer muchas concesiones, que las normas sociales no permitirían si queremos salir de esta —murmuro, Susan, a nadie en particular —. Solo espero que comprendan que no nos quedó más remedio cuando se las expliquemos y no nos castiguen por ello.

—Haremos lo que tengamos que hacer para mantenernos con vida —la aseguro, Margot, convencida.

—Ojalá, yo tuviera tu seguridad.

—Estoy tan muerta de miedo como cualquiera —le confesó —, incluso ellos temen por sus vidas y las nuestras.

—Pues lo ocultan bastante bien, parecen tan seguros de sí mismos.

—Solo actúan como caballeros que intentan proteger a una dama, pero vamos a demostrarles que podemos ser tan osadas como ellos en los momentos difíciles.

—Habla por ti, yo no creo que sea capaz ni de levantarme de aquí.

—Lo harás, aunque tenga que obligarte, de la manera menos decorosa que imaginas —declaro, Matt, volviendo a ellas tras su inspección —, saldremos de esta, cueste lo que cueste —las prometió, con la mirada fija en Anthony que regresaba.

Solo esperaba que hubiera tenido más suerte que él.

—Por aquí es imposible bajar, el agua ha derribado, todos los enrejados y tuberías, incluso parte de la fachada ha desaparecido —le dijo, cuando llego junto a ellos.

—Por aquí es igual de desolador, todo está arrasado —les confirmó —, pero hay un enrejado, oculto por la madre selva, que aún se sostiene, aunque es imposible calibrar desde aquí si es seguro.

—Tendremos que arriesgarnos, no parece que tengamos otra alternativa.

—¡No! —objeto, Susan, presa del pánico —podemos esperar aquí a que alguien venga a auxiliarnos.

—Sí —contestaron todos a la vez.

—Vamos, es hora de movernos, antes de que a alguien más se le ocurra utilizarlo y nuestra vía de escape se venga abajo.

—Pero …

—¡Basta! — la regaño, Matt, poniéndose a su altura para poder mirarla a los ojos —, no hemos llegado hasta aquí para rendirnos ahora, ¿qué pensaría vuestra tía de vos, si no lucháis por seguir con vida?

—Eso no es justo —protesto, levantando la cabeza con altanería —, usar la memoria de mi querida tía de esa manera es poco caballeroso por vuestra parte —le reprocho, enfadada.

—Pues entonces moveos —la ordeno, tirando de ella para ponerla en pie.

—Sois un neandertal, lo sabíais.

—Lo que vos digáis —admitió, sin el más mínimo arrepentimiento, arrastrándola sin ningún miramiento hacia el enrejado.

Susan se asomó con mucho cuidado en el borde y vio que Anthony y Margot ya habían empezado a descender, por ahora todo parecía ir bien.

—Nos toca, yo bajare primero y vos os pegaréis a mí, así podre sujetaros si dais un traspié.

—Pero …

—Por el amor de Dios, confiad en mí.

—Está bien —claudico, sintiendo la promesa de que la cuidaría en su mirada.

Susan se colocó de espaldas y comenzó a descender con sumo cuidado, sintiendo su fuerte cuerpo cubriendo su espalda, dándola la seguridad que necesitaba para no desfallecer presa del pánico que la atenazaba.

Poco a poco fue bajando por aquella improvisada escalera, interminable, hasta que sus pies se hundieron en el lodo y el agua la llego a las caderas.

Alzo la mirada y vio como otras personas comenzaban a descender, tras ellos, esta vez con más orden, tratando de no derribar, en sus prisas por ponerse a salvo, su única vía de escape.

—Vamos —dijo, Matt, tomándola de la mano y yendo hacia donde Anthony y Margot

esperaban, cerca del cercado de los caballos.

—¿Y ahora qué? —pregunto, Anthony, a Chapman con la esperanza de que él supiera qué hacer.

—De momento buscar algo de ropa —sugirió, Margot —, no llegaremos muy lejos en camisón y con zapatillas de seda.

Susan sintió que enrojecía al darse cuenta de lo poco apropiado de su vestimenta, dio gracias a Dios por su gruesa bata que ocultaba las transparencias de su ropa de cama.

—Los equipajes se guardan en el establo, veamos si encontramos algún baúl que el agua no haya destrozado —propuso, Matt, encabezando la marcha.

—Y de paso, ver si algún caballo ha sobrevivido.

—No están ahí, huyeron al bosque mucho antes de que comenzara todo —le aclaro, Susan, llamando su atención, haciendo que ambos se volvieran a mirarla.

—¿Por dónde?

—Por ahí —les señalo por donde los había visto desaparecer.

—Si aún no han regresado, eso quiere decir que esta zona sigue siendo peligrosa —susurro, Anthony, muy serio, mirando a Chapman a los ojos.

—Démonos prisa y salgamos de aquí cuanto antes, ir a buscar la ropa, yo iré a ver si encuentro algunos víveres y otras cosas que necesitaremos —les ordeno, cambiando de rumbo hacia la destrozada posada, en busca de la despensa.

Mientras, Anthony las guiaba hacia el establo.

—Dado que las cosas están peor de lo que pensábamos, necesitaremos un atuendo poco convencional, más apropiado para afrontar los desafíos que nos esperan —dijo, Margot, pasando sobre los baúles, hacia el fondo del establo.

—Bien visto —la alabo, Anthony, por su ingenio —, nosotros también necesitaremos algunas cosas.

—¿Qué queréis decir con eso? —pregunto, Susan, yendo tras ellos.

—Tranquila, princesa, estás a punto de descubrirlo —dijo, Margot, enigmática.

Capítulo 4

—Ni hablar, no pienso ponerme eso, bajo ningún concepto —protesto, Susan, escandalizada, ante la ropa de mozo de cuadra que la mostraba, Anthony, para ella.

—Por favor, si pudierais salir, nos gustaría tener un poco de intimidad para cambiarnos —le pidió, Margot, a Anthony, ignorando por completo sus protestas.

Ya estaba más que harta de aquella señoritinga de cristal.

Entendía perfectamente sus recelos y aspavientos, se había criado en un ambiente muy protegido, donde siempre los demás hacían todo por ella, ignorando lo cruel que la vida podía llegar a ser.

Además de ser educada dentro de aquellas ridículas normas sociales, que su madre, también había intentado inculcar en ella, pero que su padre siempre había despreciado, enseñándola a ser ella misma, aunque la sociedad, en la que su madre, se empeñaba en entrar, no lo aprobase.

Gracias a su padre, quien la había dado más libertad y animándola a valerse por sí misma.

Sintió como sus ojos se abnegaban de lágrimas, con solo recordarle.

Su padre había sido su roca, donde siempre podía refugiarse para no volverse loca, ante la tiranía con que su madre la trataba.

Margot esperó a que los pasos, de sus extraños compañeros, se alejaran lo suficiente como para no irlas, antes de volverse hacia ella, con cara de pocos amigos, dispuesta a dejar las cosas muy claras, a partir de ahora.

—Anoche perdí a toda mi familia en cuestión de minutos, los oí agonizar hasta que el agua les sesgo la vida.

Susan la miro horrorizada, ella también estaba allí, sentada a escasos metros, escuchando sus gritos de auxilio, sin poder hacer nada al respecto.

Si no fuera por los fuertes brazos de Matt que la sostenían, no hubiera podido soportarlo.

—Por algún milagro de Dios, que no llego a comprender, y las manos fuertes de Anthony que tiraron de mí, separándome del borde, hoy no estaría aquí, con toda una vida por delante —continuo, Margot, decidida a hacerla reaccionar —. Se me ha dado una segunda oportunidad que

no pienso despreciar. Así que por los que perecieron y por quien me ayudo a ver un nuevo día, estoy decidida a salir de aquí y regresar a casa, donde podre llorar a mis muertos, al tiempo que rehago mi vida.

—Eres muy valiente, seguro que tu familia te ayudara a recomponerte.

—No tengo familia a la que recurrir, estoy completamente sola en el mundo, pero eso no va a detenerme.

—Ohh —exclamo, Susan, recordando la cara de su prometido que la esperaba y la de sus padres que tanto cariño la habían dado siempre.

Ella sí tenía un hogar al que volver y unos seres queridos a quienes abrazar, cuando todo aquello acabara.

—Así, que, voy a dejártelo muy claro, más vale que te olvides de todas esas normas estúpidas y haces lo que sea necesario para continuar con vida o te quedas aquí a la espera del supuesto rescate —la recriminó severamente su actitud remilgada hasta ahora —. No voy a permitir que tus prejuicios nos pongan en peligro a todos —concluyo, tendiéndola un par de botas de cuero, poco apropiadas para una dama de su alcurnia.

—Pero, yo …

—No hay peros que valgan, milady, o vienes o te quedas, piénsalo bien y date prisa en decidirte, porque en cuanto acabe de vestirme, saldré de este ruinoso establo y no miraré atrás.

Dicho esto, la dio la espalda y comenzó a desnudarse, ignorándola por completo.

Si eso no la hacía reaccionar, no creía que nada más pudiera hacerlo.

Susan se quedó mirando su espalda y las ropas malolientes que sostenía en silencio, tratando de decidir cuál sería la mejor opción.

Sabía que ella tenía razón, ataviarse como una dama, solo los retrasaría en su avance por volver a casa, incluso podía poner en peligro a todos.

Quizá fuera mejor que se quedase a esperar que vinieran a rescatarlos, ella no era una mujer fuerte que supiera valerse por sí misma, siempre había dependido de otros para satisfacer cualquiera de sus necesidades.

Sentarse a esperar y dejarles marchar, era lo mejor que podía hacer, al menos sin ella, tendrían una posibilidad de sobrevivir y no los entorpecería.

Eso era lo mejor, para todos, se dijo, convencida de ello.

Entonces las últimas palabras de su querida tía, asaltaron su mente, golpeándola con fuerza, "… haz lo que él te diga …", la había pedido en su último aliento.

Sus ojos se abnegaron de lágrimas no derramadas por su perdida, mientras adquiría conciencia de que lo que iba a hacer era justo lo contrario a sus deseos.

Sacudió la cabeza, apretó la mandíbula con fuerza, levantando la cabeza con altivez, al tiempo que contestaba.

—Voy con vosotros —la aseguro —, solo espero no ser una carga para todos.

Margot ni se molestó en contestarla, ya estaba siendo una carga, pero tampoco es que fueran a dejarla atrás por ello.

Estaba convencida de que se enfrentaría a lo que les deparase el destino con valentía y determinación, solo necesitaba un poco de ayuda que la guiase.

Acabo de atarse la bota, antes de volverse y salir del establo en silencio.

Susan la vio marchar, antes de darse cuenta de lo que eso significaba.

Presa del pánico, comenzó a desnudarse y a ponerse las prendas que la habían dado, rezando una plegaria para que la esperaran y no se marcharan sin ella.

—¿Dónde está Susan? —la pregunto, Matt, una vez los alcanzo, junto al destrozado cercado donde las esperaban pacientemente.

—Aún no se ha decidido si acompañarnos o no.

—No la dejaré aquí —protesto, decidido a ir por ella.

Sintiendo su corazón, detenerse al oírla.

Por algún motivo que desconocía, se había alzado como su protector, sintiendo que su bienestar era lo más importante para él, lo que le empujaba a continuar y no desfallecer, dadas las circunstancias.

Devolverla a donde pertenecía era su máximo anhelo.

—Por qué no esperamos unos minutos antes de atosigarla de nuevo —sugirió, Anthony, al verle avanzar decidido hacia el establo —, ten en cuenta que es una joven dama de alcurnia, criada entre algodones, para quien todo esto era inimaginable, hasta hace solo unas horas.

—Tienes razón —claudico, resignado, con el corazón en un puño, regresando junto a ellos —, la daremos un momento para que pueda asimilarlo.

Margot se caló el gorro de lana, hasta las cejas, ocultando su larga melena, al viento, en silencio, ya había dicho todo lo que tenía que decir, lo que ocurriera a partir de ahora, era su decisión y de alguna manera tendría que hacérselo entender a sus compañeros de viaje.

—Al fin, —exclamo, Matt, sintiendo como su corazón se saltaba un latido, al verla aparecer bajo el umbral de la puerta —. Estaba empezando a pensar que tendría que ponerte esa ropa yo mismo.

—Mis disculpas por haber sido una molestia para vosotros hasta ahora —les dijo con sinceridad, siendo consciente por primera vez de ello —, pero voy a esforzarme al máximo y a colaborar para que todos salgamos con vida de este infierno.

—Me alegra oír eso —dijo, Anthony, tendiéndola un capazo y un palo, el cual les ayudaría a caminar —. Es hora de ponernos en marcha, ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Tienes razón, busquemos a los caballos —dijo, Matt, volviéndose hacia ella, dispuesto a no perderla de vista, ni por un momento —. ¿Recuerdas en que dirección se fueron?

Susan tomó sus cosas y le señalo por donde les había visto desaparecer, antes de echar a andar tras ellos.

Capítulo 5

Penny salió corriendo de la cocina, nada más escuchar a los lacayos que llegaban del mercado, y cruzo el pasillo lo más rápido que pudo, con Orange pegado a sus talones.

El cual, estaba encantado de poder jugar con su ama, dentro de la casa, algo que no le permitían hacer casi nunca.

—Acabo de enterarme —dijo, entrando en el estudio de su esposo, sin detenerse siquiera a llamar a la puerta —. Las noticias son desoladoras, tenemos que hacer algo y rápido, si al final estaban allí podrían encontrarse en graves aprietos e incluso muertos.

Ashford y su secretario interrumpieron su trabajo al oírla sorprendidos.

Llevaban toda la mañana repasando las cuentas del Ducado que su abogado le había traído de su reciente viaje a Ashford, pero algo no estaba bien y por más que repetían, una y otra vez, las operaciones, siempre obtenían tres resultados distintos, por lo que dos de ellos, erróneos, sin remedio.

—Está bien, querida —dijo, levantándose y yendo hacia ella —, que tal si te calmas y nos cuentas qué ha pasado —la pregunto, invitándola a acomodarse en el diván, mientras que él tomaba asiento frente a ella.

—Iré a pedir una bandeja de té a la cocina —se ofreció su secretario, encaminándose hacia la puerta.

—¡No! —grito al ver sus intenciones de marcharse —, su excelencia le necesitará y no hay tiempo de repetir la historia. Tenemos que actuar de inmediato.

—Siéntese —le ordeno, Ashford, cada vez más preocupado por el estado de su esposa, quien parecía desesperarse, más y más, por momentos.

—Dios mío, Ashford, que desgracia, tienes que hacer algo enseguida —dijo, Lady Ashford, irrumpiendo en el estudio —, mi podre hijo.

—Está bien, madre, tranquilizaos, haré todo lo que esté en mi mano, os lo prometo.

—Por el amor de Dios, que haces aquí todavía —protesto, Lady Nataly, entrando en tromba tras su madre —, tienes que traer a Anthony a casa enseguida, sano y salvo, me oyes, sano y salvo.

—Y a Chapman, no vayas a olvidarte de él —le recordó, Penny.

Ashford las miro sin comprender que estaba sucediendo, sería posible que todas las féminas de la casa se hubieran vuelto locas a la vez, se preguntó, desconcertado.

—Señoras, por favor, tomen asiento y tranquilícense —oyó decir a su secretario, tomando el control de la absurda situación que les planteaban —, si fueran tan amables de explicarnos lo ocurrido, podríamos ponernos en marcha para tratar de solucionarlo, lo antes posible.

—Eso es precisamente lo que llevo, los últimos quince minutos, tratando de decir —dijo, Penny, ofendida, por su velado regaño.

—Estos hombres siempre pensando que lo saben todo —intervino, Lady Ashford, tomando asiento junto a su nuera en el diván.

—Si alguna vez escucharais lo que os decimos, ya os habríais puesto en marcha —observo, Lady Nataly, dejándose caer sobre una silla cercana a su derecha.

Ashford abrió la boca para contestarlas como se merecían, pero se lo pensó mejor,

Enzarzarse en una pelea de acusaciones sin sentido con las damas, no lo llevaría más cerca de saber lo que había ocurrido, que las tenía tan alteradas.

—Por favor, disculparnos por nuestra ineptitud masculina —dijo, en cambio, lo más humildemente que pudo —, si fuerais tan amables de iluminarnos con vuestra grandiosa sabiduría, tal vez llegaríamos a saber que es lo que os tiene tan preocupadas.

—Los que lo saben todo son los criados, siempre son los mejores informados —señalo, Lady Nataly, no creyendo ni una palabra de su disculpa.

—Eso es cierto, sin ir más lejos, yo me he enterado por mi doncella —corroboro, la Duquesa viuda, fijando sus ojos en los suyos.

—Yo estaba en la cocina revisando el menú con la cocinera, cuando han llegado los lacayos de la compra, con las cestas prácticamente vacías del mercado —le explico, Penny, a su suegra.

Ashford y el señor Dawson intercambiaron una mirada de desesperación ante su parloteo sin sentido.

—Dios mío, es peor de lo que pensaba —exclamo, Lady Ashford horrorizada ante la falta de viandas en la casa.

—Pues ahí no queda todo, al parecer esta mañana el Támesis ha amanecido con una

crecida importante, lleno de escombros, incluso algunos aseguran haber visto cadáveres flotando entre ellos, ¡flotando en sus aguas!

—¡Anthony! —exclamo, Nataly, rompiendo a llorar.

—Mi pobre hijo.

Ashford se quedó paralizado al escucharlas, qué demonios estaba pasando y que tenía que ver Anthony en todo ese embrollo.

—Basta, callaos de una vez —las ordeno a su madre y a su hermana, tratando de recuperar el control —cuéntame todo lo que sepas, ¡ahora!

Penny se giró hacia él, dispuesta a protestar por tratarla de aquella manera, pero un gesto de su mano, hizo que se callara.

Ya hablarían más tarde del tema, en privado, se prometió a sí misma, por lo que decidió continuar con su relato.

—Al parecer, las lluvias de ayer, fueron mucho más fuertes por el norte, haciendo que el río Lea se desbordara y arrasara todo a su paso, tanto edificios como a las personas que transitaban por la zona.

Ashford la siguió mirando sin comprender que tenía eso que ver con Chapman y Anthony, quienes habían partido, la tarde anterior, rumbo a la propiedad de su primo en Grafham.

—No lo entiendes —le reprocho, Penny, al verle tan tranquilo, allí sentado como si no pasara nada —. El río Lea pasa junto al cercado de “El Jabalí Azul”, donde Chapman y Anthony tenían pensado pasar la noche.

Ashford salto como un resorte en su asiento, haciendo que Orange, quien permanecía dormitando sobre la alfombra, a los pies de su ama, le bufara malhumorado.

Al fin, comprendía cuál era el problema.

—Movilice a todos los lacayos y mozos de cuadra disponibles —grito, volviéndose hacia su secretario —, saldremos inmediatamente hacia la posada en cuanto yo vuelva de recopilar toda la información que necesitamos, tengan preparado mi caballo para acompañarles.

—¿A dónde vas?

—Al Club a recopilar toda la información que pueda sobre lo sucedido —le dijo, a su esposa poniéndose en movimiento —y después a los muelles, usaré coches de alquiler, será más rápido.

—Tráelos a casa.

Oyó que su madre le suplicaba a su espalda.

—Nosotras deberíamos ir a Hyde Park en busca de información —sugirió, Penny, poniéndose en pie.

—Y a New Bond, los comerciantes seguro que están mejor informados de lo que pasa —susurro, Nataly, imitándola.

—Bien visto, cariño —la alabo, su madre, saliendo tras ella.

Por una vez en sus vidas, apenas tardaron un par de minutos en estar listas para partir, dispuestas a ayudar en todo lo que fuera necesario.

Tres horas después volvían cargadas de información, para encontrarse con que Ashford ya había partido y se había unido a otras partidas de búsqueda que estaban en marcha, mientras que el señor Dawson, quien se había quedado en la ciudad, actuando de intermediario, para informarlas de las últimas noticias según llegaran.

El Club se había convertido en el centro de operaciones, a donde todos enviarían mensajeros periódicamente informando de lo que encontraran.

Penny lanzo una plegaria en silencio porque ambos estuvieran vivos y no tuvieran que lamentar semejante desgracia.

Capítulo 6

Anthony se puso al frente seguido de Margot y Susan, mientras que Chapman prefirió quedarse atrás, observando su avance.

—Recordad, antes de dar un paso, arrastrar el palo por el fondo, buscando cualquier obstáculo que nos podamos encontrar, él nos guiara por el sitio más seguro —dijo, Anthony, mostrándoles como se hacía.

—Aunque la mayoría de los escombros flotan o los ha arrastrado la corriente, el agua está demasiado turbia como para ver por donde pisamos —continuó, Chapman, muy pendiente de todo a su alrededor.

—¿Alguien sabe a dónde vamos en realidad? —pregunto, Margot, concentrada en seguir al pie de la letra sus instrucciones.

—En busca de los caballos —musito, Anthony —si pudiéramos encontrarlos viajaríamos más rápido y llegaríamos a Londres esta misma tarde.

—Y cómo vamos a montarlos, si no llevamos las correas ni las sillas para hacerlo —insistió, burlándose de sus intenciones.

—Improvisaremos —intervino, Chapman, no muy seguro de como hacerlo, con tan solo un par de cuerdas, dos jinetes experimentados y dos damas, quienes a saber si sabían siquiera montar a caballo, mucho menos a horcajadas y a pelo, pero ese sería un problema a resolver cuando llegará el momento.

Si es que tenían la suerte de encontrarlos.

—No solo por eso los buscamos —murmuro, Susan, tropezando con algo que no había detectado al pasar el palo —, los caballos, así como el resto de los animales, poseen un instinto natural para ponerse a salvo cuando hay problemas.

—Y eso en que nos puede ayudar a nosotros —pregunto, Margot, escéptica.

—En que hayan encontrado un lugar lo suficientemente elevado, como para ponerse a salvo, donde también nos podamos refugiar nosotros, en el caso de que la tormenta que nos persigue llegue a alcanzarnos —replico, Susan, malhumorada ante su ignorancia.

Anthony y Chapman decidieron de mutuo acuerdo mantenerse al margen del debate que las damas mantenían, concentrados en el camino.

Ya se habían alejado de la posada unos cien metros en línea recta hacia el bosque, incluso habían cruzado el camino real por el que transitaban los carruajes rumbo a Londres o Escocia, tan solo la mañana anterior y se internaban en el pequeño campo que los separaba de los primeros árboles.

Hasta ahí todo había ido bien, se felicitó, Chapman en silencio, incluso parecía que la profundidad del agua descendía, con cada paso, cubriéndoles cada vez menos.

Pero estaba preocupado por lo que pudieran encontrar a partir de ahora flotando en las turbias aguas.

Anthony y él, habían batido el camino que recorrerían alrededor de la posada, mientras se cambiaban en el establo, en busca de cadáveres que pudieran encontrar a su paso, gracias a Dios la mayoría de ellos no estaban a la vista.

O bien habían sido arrastrados por la fuerza de la corriente o se encontraban atrapados en el interior de la posada.

Fuera por lo que fuera, solo habían tenido que liberar un par de ellos y dejar que el río se los llevara, para despejar el camino.

No había sido una tarea agradable, pero solo de pensar en que las mujeres los vieran o que fueran algún familiar de los que habían perdido, era lo peor que podía haberlas ocurrido.

Ya estaban bastante afectadas por todo ello, como para tener que borrar de sus mentes semejante estampa, sintió como le recorría un escalofrío de los pies a la cabeza con tan solo pensarlo.

Gracias a Dios, él solo viajaba con Anthony y era evidente que ambos habían sobrevivido, sin heridas externas que los marcaran en el futuro.

Otra cosa era el hecho de como superarían el recuerdo de esa noche y todo lo acontecido, pero ya hallarían la forma, ahora no era el momento de preocuparse por eso, se regañó a sí mismo, concentrándose de nuevo en el camino.

Observándolo todo a su alrededor en busca de más cadáveres a su paso, con el fin, de cambiar el rumbo antes de que las damas pudieran detectarlos.

Apenas se habían internado tras los primeros árboles, cuando las primeras gotas de lluvia, cayeron sobre ellos, calándoles aún más de lo que ya lo estaban.

—¡No lo hemos conseguido! —exclamo, Susan, derrotada, sintiendo como resbalaban sobre su cara —aún no hemos salido del agua —dijo, bajando la vista a sus pies ocultos, bajo ella —, esta vez seremos arrastrados por la corriente sin remedio.

—Ya veremos —la aseguro, Chapman, colocando su mano sobre su hombro para animarla —. Anthony, busca un promontorio de piedras o algún árbol con ramas bajas donde podamos subirnos —grito, para hacerse oír por encima del tronar de la tormenta.

—¡No!, nunca me he subido a un árbol —exclamo, Margot, horrorizada por tener que volver a las alturas, al menos durante la noche anterior no podía ver cuán alto estaban.

—Pues yo lo hago cada día para mantener esta figura estilizada, que sería de mí con tantas tartaletas y pastelitos que se acompañan con el té —replico, Susan, sorprendiéndoles a todos que se giraron a mirarla.

No parecía una experta en trepar por los árboles, precisamente, algo tan inapropiado para una dama de su alcurnia quien se empeñaba en seguir todas sus normas establecidas desde hace décadas.

—Por supuesto que nunca me he subido a un árbol —exclamo, escandalizada —ni me he puesto ropa de hombre, ni he sobrevivido a una riada, pero, en cambio, aquí estoy, haciendo todo eso y al parecer ahora tendré que trepar a un árbol. Creo que nunca superaré todo esto.

—Tranquila, todos tardaremos un tiempo en hacerlo —dijo, Chapman, reconociendo por primera vez, en voz alta, que él también se sentía superado por todo aquello.

—Aunque siempre nos tendremos los unos a los otros para hablar del tema, sin tener que asustar a nuestros seres queridos, contándoles el horror que hemos vivido —sugirió, Margot, calándose aún más el gorro, tratando de guarecerse de la lluvia, sin éxito.

Todos permanecieron en silencio tras sus palabras, ninguno de ellos se atrevió a contradecirla, a pesar de estar convencidos de que aquello no ocurría.

Susan no creía que fuera a verles de nuevo, puede que coincidiera con los caballeros en alguna reunión social en el futuro, pero sería algo muy improbable, ya que no pertenecían a su círculo de amistades más cercanas.

Mientras que Margot, ni siquiera era una dama de la nobleza, sino la hija de un burgués adinerado que había hecho fortuna con sus negocios.

La posibilidad de que sus caminos volvieran a cruzarse era prácticamente nula y más teniendo en cuenta sus próximas, nupcias, con el heredero del Conde de Wexton, a quien no le gustaba mucho Londres, el cual prefería quedarse en su condado que visitar la ciudad durante la temporada.

Su obligación, como esposa, era permanecer a su lado y su destino sería integrarse en la nobleza rural en busca de nuevas amistades, pensó, complacida, con el futuro que la aguardaba.

—Creo haber visto unas rocas suficientemente altas, entre aquellos dos árboles, donde

podríamos subir —grito, Anthony, tratando de verlas de nuevo a través de la cortina de agua, cada vez más tupida, que le impedía ver con claridad a su alrededor.

—Rápido, ve hacia allí, esto se está poniendo feo —grito, Chapman, comenzando a notar como el agua subía de nuevo.

Todos agacharon la cabeza y caminaron tan rápido como podían, tras un par de interminables minutos, por fin, llegaron junto a las rocas, apenas cincuenta centímetros los elevarían del suelo, pensó, Chapman, parado ante ellas, observándolas, solo esperaba que fueran suficientes para que el agua no los arrastrara, vaya a saber Dios donde.

—Subamos.

—¿Será suficiente?

Oyó que Susan le preguntaba una vez estuvieron arriba.

—Esperemos.

—Veamos si podemos estirar la lona entre los dos árboles para guarecernos un poco de la lluvia —sugirió, Anthony, calculando mentalmente la distancia entre ellos.

—Gran idea —le alabo, Chapman, dejando su bolsa en el suelo y desatando la lona de plástico que transportaba.

—Será mejor que nos sentemos.

Susan ni siquiera protesto por tener que sentarse sobre el suelo mojado, qué más daba, ya estaba calada hasta los huesos, ni siquiera tenía miedo de la nueva tormenta, ni la preocupaba lo que fuera de ellos, pensó, sorprendida, acomodándose sobre la dura roca lo mejor que pudo.

Al menos el lodo se había quedado en el suelo.

Anthony y Chapman terminaron de colocar la lona y se sentaron junto a ellas.

El espacio no era muy grande, por lo que era inevitable que sus cuerpos se rozaran, los unos con los otros, al menos se podrían dar calor, ya que encender un fuego era del todo inviable dadas las circunstancias, pensó, Anthony, pegando su espalda todo lo que podía a Margot, buscando un poco del calor que emanaba de su cuerpo.

Chapman le imito como buenamente pudo.

—Aprovechemos para comer un poco y así no perder más el tiempo, en el caso de que la tormenta acabe pronto y podamos seguir avanzando.

—Buena idea, aunque no esperéis un gran banquete —les advirtió, Anthony —, apenas si hemos podido encontrar unos pocos víveres en la posada.

—Deberíamos racionalizarlos, al fin y al cabo, no sabemos cuánto durara esta pesadilla.

—Eso haremos, sobre todo el agua, un bien muy escaso, aunque parezca lo contrario —dijo, Margot, dándola la razón.

—La próxima vez, aquí no tenemos espacio para vaciar nuestros bolsos y ver de lo que disponemos —intervino, Anthony, sacando un poco de queso envuelto en un trapo húmedo, para examinarlo.

Todos los demás lo imitaron, rebuscando en sus bolsos de mano, lo que había dentro.

La verdad es que tenía un hambre voraz, no había comido nada desde la cena y aquella caminata la había dejado casi desfallecida, por lo que la daba igual el estado en que se encontraba la comida, con tal de que fuera comestible, pensó, Susan, llevándose un buen trozo de empanada a la boca.

—Despacio, si coméis demasiado rápido podría sentaron mal —la aconsejo, Margot, al ver como la engullía.

Susan la miro con cara de pocos amigos, pero se obligó a hacer lo que la decía, solo la faltaba sufrir una indigestión en ese maldito día.

Chapman sonrió para sí, al oírla masticar con más mesura, al final, iban a conseguir convertirla en una dama lo suficientemente lista como para que mereciera la pena conocerla más a fondo, en lugar de la damisela en apuros, con el cerebro de serrín, que les había acompañado hasta ahora.

Si a su belleza, natural, se le sumaba una mente despierta e inteligente, muchos caballeros de Londres, se encontrarían en un grave aprieto, para no caer rendidos a sus pies.

Y algo le decía que él estaría entre ellos.

Capítulo 7

Un par de horas después se sentían lo suficientemente seguros como para reiniciar la marcha, el agua apenas había subido un par de centímetros y no se oían truenos en la lejanía.

—Esperemos que todo haya pasado y no nos sorprendan las aguas bajando de nuevo —musito, Susan, tratando de mantenerse en pie, sentía todo su cuerpo entumecido, por la humedad y la postura en la que se había visto obligada a permanecer durante horas.

Sería un verdadero milagro si no cogían un enfriamiento que los obligara a permanecer días en cama, tras su aventura.

—Trataremos de caminar lo más rápido posible para alejarnos de aquí por si acaso.

—Parece que el terreno comienza a elevarse —comento, Anthony, con un tono de esperanza en la voz.

—Dios te oiga —le replico, Margot —no veo el momento de sentir los pies secos de nuevo.

—Ni yo de quitarme esta ropa mojada cada vez más apestosa, ¿sepa Dios a qué?

Chapman fue incapaz de evitar el imaginársela desnuda frente al fuego, con su larga melena, rubia como el oro, extendida para que se le secara.

Tan bella estampa hizo que se despertara su libido a pesar de las circunstancias, en un arrebato de pasión, que hizo que sus rodillas se doblaran.

¿Qué demonios tenía esa mujer para ponerle en ese estado?, se preguntó, tratando de recuperar el control de su cuerpo.

Si ya le pareció hermosa mientras la observaba disimuladamente, la noche anterior, en el salón de la posada, ahora tras conocerla un poquito más y vestida con esas ropas que dejaban poco a la imaginación de un hombre conocedor de la anatomía femenina.

Se sentía cautivado y prendido hasta la medula de su belleza, menos mal que esos encaprichamientos, como los llama su primo el Duque, nunca eran duraderos o mucho se temía que sería capaz de cualquier locura, con tal de hacerla suya, pensó, sintiendo arder la sangre en sus venas.

Sería mejor que dejara de imaginarse a Lady Susan de aquella manera tan íntima y se

concentrara en el camino, se regañó a sí mismo, cuando tropezó con una roca oculta por el agua.

Por lo menos ya estaban lo suficientemente lejos de la posada como para encontrarse cadáveres flotando en el agua, pensó, calculando mentalmente la distancia recorrida.

Apenas una milla fue todo lo que pudieron avanzar ese día, pensó, Anthony, observando con detenimiento el lugar donde habían decidido pasar la noche.

Al menos ya hacía casi una hora que pisaban tierra firme, húmeda y embarrada, eso sí, pero sin agua.

—No es mucho, pero al menos esa roca es lo suficientemente grande como para que nos podamos tumbar cómodamente a pasar la noche —dijo, Anthony, convencido, tratando de animar a las damas que le miraban como si se hubiese vuelto loco, de repente.

—Y la vegetación tan espesa sobre nuestras cabezas nos protegerá del frío —continuo, Chapman, subiendo a la roca para inspeccionarla más de cerca.

—Hasta podríamos hacer un fuego —murmuro, Susan, esperanzada, aunque no tenía ni la menor idea de como encender un fuego en medio del bosque, ni en una chimenea tampoco, para que engañarse a sí misma.

—Si encontráramos algo de leña, aunque sea poca, que pudiéramos utilizar para secar las ramas más gruesas, supongo que sí —la contesto, Chapman, no muy convencido de que fueran a lograrlo.

—Quizás en aquel hueco de ese árbol haya algo que nos sirva —dijo, Margot, señalando un grueso roble a su derecha.

—Bien visto —la felicito, Anthony —iré a ver que encuentro.

—Yo buscaré unas ramas lo suficientemente fuertes como para montar un improvisado campamento.

—Y nosotras que podemos hacer —pregunto, Susan, viendo como se ponían en movimiento.

Se negaba a quedarse ahí plantada, viendo como ellos lo hacían todo.

—Buscar algunas piedras que nos sirvan para delimitar la hoguera y que así no se extienda —sugirió, Chapman, por encima del hombro.

—Eso si podemos hacerlo, ¿verdad? —dijo, Margot, volviéndose hacia ella.

—Creo que sí, no debería ser muy difícil encontrarlas —comento, observando el terreno

bajo sus pies.

En poco más de media hora ya lo tenían todo montado y un tenue fuego a sus pies iluminaba débilmente la noche.

—Es hora de comer algo, aunque no esperéis gran cosa, apenas si nos quedan víveres y tan solo una bota de agua.

—Quizás mañana encontremos algunas moras que podamos recoger.

—Aún estarán amargas —dijo, Susan, a quien le encantaba internarse en los campos de moras salvajes, de alrededor de la finca de su padre —hasta finales de noviembre no estarán listas para ser cosechadas.

—Cuando llevemos horas sin comer y estemos desfallecidos por el cansancio, nos parecerán el manjar más dulce que hemos comido nunca —les aseguro, Anthony.

—Si tenemos la suerte de dar con ellas, porque el desayuno de mañana será nuestra última comida —replico, Chapman, repartiendo lo poco que tenían para la noche.

Prefiriendo guardar algo para la mañana siguiente que les diera las fuerzas suficientes para seguir avanzando.

Susan examinó el trozo de queso duro que tenía en su mano, sin decidirse a comérselo.

Esa cosa no podía ser comestible, pensó, arrugando la frente con asco.

Su aspecto era de lo menos apetecible que había visto en su vida.

—Si no te lo vas a comer, yo no tengo ningún problema con ello —dijo, Margot, al verla dudar, extendiendo la mano para tomarlo.

Susan lo apretó con más fuerza y lo alejo de su alcance.

Había decidido que haría lo que fuera necesario para sobrevivir y si eso conllevaba tener que comerse eso, pues no tenía más remedio que hacerlo, se recordó, a sí misma, dándole un pequeño mordisco con cuidado.

—No está tan malo como aparenta —se burló, Chapman al ver las caras que ponía.

—Pues la verdad es que no, es hasta agradable al paladar, parece queso y todo —le respondió con una débil sonrisa en los labios.

Chapman se atragantó con su propia comida al verla.

Esa mujer resplandecía como las estrellas en el firmamento, con tan solo sonreír.

Tenía que alejarse de ella y pronto o estaría metido en un buen problema, pensó, burlándose de sí mismo, al no tener a donde ir.

El destino le estaba poniendo a prueba de la forma más vil que se le había ocurrido, no tenía ninguna duda de ello.

Una vez hubieron comido y secado un poco, al débil calor del fuego, decidieron intentar dormir para recuperar las fuerzas, aunque solo fuera un poco.

Susan se dejó caer de espaldas, quedando tumbada dentro de la lona que habían extendido, en forma de triángulo, para protegerlos del viento.

Sintió el helado frío, penetrar de nuevo en sus huesos, en cuanto se alejó del fuego, pero no podía dormir sentada frente a él, pensó, cubriéndose con la fina manta que tenía.

Ni siquiera estaba seca del todo, se revolvió tratando de encontrar una postura más cómoda para relajarse.

No creía que pudiera dormir, a pesar del cansancio que sentía, no sobre aquel húmedo y duro suelo.

Sintió, más que vio, como Matt, se tumbaba a su lado, por el roce de su costado pegado al suyo.

Ni siquiera el calor que emanaba su cuerpo, grande y fuerte, hizo que se sintiera mejor, aunque sí más protegida y poco a poco noto como sus músculos se relajaban, gracias ello.

—¿Habéis estado alguna vez en estos bosques?

—Sí, una vez, con mi primo. Estos son los bosques utilizados por su majestad para cazar.

—¿Su majestad? —le pregunto, espabilándose por completo al oírle —entonces, eso quiere decir que por aquí cerca está la casa señorial donde se aloja.

—Sí, hacia el norte, al otro lado del río.

—Por lo que es imposible llegar hasta allí —termino por él, desilusionada, por una milésima de segundo, había sentido el final de esa aventura al alcance de la mano.

—Eso me temo —la respondió, sintiendo su desaliento, girándose hacia ella para poder abrazarla y atraerla hacia su pecho —, en cambio, si no recuerdo mal, hay muchos refugios de caza por la zona, un poco más adelante, donde los árboles pierden su espesura. Apenas poco más que cabañas de pastor, puede que tengamos suerte y mañana tropecemos con una de ellas.

—Mañana —fue todo lo que pudo decir antes de que sus ojos se cerraran y la venciera el sueño.

Chapman se quedó allí mirando su dulce cara serena, acunada entre sus brazos, sintiendo como le transmitía una paz que nunca había sentido, con solo abrazarla, unos minutos más, pensó, antes de caer él mismo en un placentero y reparador sueño.

Capítulo 8

Era bien entrada la noche cuando Ashford regreso de nuevo a casa, no esperaba encontrarse a nadie despierto a pesar de las circunstancias, por eso se sobresaltó al oír abrirse las puertas de la biblioteca, a su derecha.

—Por fin has regresado —exclamo, Penny, al verle allí plantado en el vestíbulo.

Parecía tan triste y abatido que no necesito que dijera ni una palabra para saber que las noticias no eran nada buenas.

—¿Dónde están?

Oyó a su madre preguntar, tras ella.

—No lo sé, madre, no lo sé —les confesó, con apenas un hilo de voz, caminando hacia ellas.

—Que le traigan algo ligero de comer a su excelencia —le pido, Penny, a su mayordomo, quien acababa de aparecer por el pasillo — y que avisen a su ayuda de cámara, de que necesitara un buen baño caliente, antes de acostarse.

—Gracias —musito, pasando ante ella, directo hacia la chimenea.

Penny observo preocupada como arrastraba las botas, cubiertas de barro hasta más arriba de la rodilla, por la cara alfombra.

Se temía lo peor, nunca le había visto así de abatido desde que le conocía.

—Toma —le dijo, tendiéndole una generosa copa de brandy —, siéntate y cuéntanoslo todo.

Lady Ashford observaba la escena en silencio, sentada junto a Nataly en el diván, con el corazón sobrecogido.

Ninguna de ellas, había querido seguir el consejo del señor Dawson, para que se retiraran a descansar hasta la mañana siguiente, cuando llegarían más noticias al Club de lo acontecido durante la noche.

Tampoco es que el señor Dawson les hubiera dicho demasiado, salvo que la zona estaba tan embarrada que eso dificultaba el acceso y que las sucesivas tormentas que seguían castigando

la zona lo hacía aún más difícil.

—Querido, ¿los has encontrado? —insistió, Lady Ashford, al verle más recuperado.

—No, madre, ni siquiera hemos podido llegar a la posada —le confesó —, apenas hemos podido avanzar cinco millas, bordeando la riada, internándonos por los bosques de su majestad.

—¡Dios mío! —exclamo, Nataly, con lágrimas en los ojos.

—Así que ha sido peor de lo que esperabas —afirmo, Penny, sentada a sus pies.

—¿Peor? —susurro, incrédulo, incluso consigo mismo —aunque llegásemos allí, dudo que encontráramos a alguien con vida.

Se volvió hacia el fuego y dejo que su mente vagara, por un momento, al compás de las llamas.

—Se tardarán semanas en recuperar las decenas de cadáveres atrapados entre el lodo y los escombros, que el agua ha arrastrado, sin contar los que quedaron atrapados en sus casas o encallados en el camino.

—Y la partida que se dirigió hacia el este, puede que tuvieran más suerte y llegaran a la posada.

—No, al otro lado del río, solo había campos de labor, llanos, las vaguadas de los valles cercanos —la explico con calma —. Por allí el agua se extiende millas y millas hacia el este, impidiéndoles avanzar, teniendo que bordear las zonas más profundas.

—Supongo que las cosechas se habrán perdido, trayendo más hambre a la ciudad el próximo año.

—Eso me temo, excelencia —corroboro, el señor Dawson, quien se había unido a ellos discretamente, buscando nuevas noticias, y había permanecido en silencio hasta ahora —, por si la cosa no estuviera lo suficientemente complicada en estos momentos, para los más desfavorecidos.

—Una hambruna global nos repercutirá a todos —observo, Lady Ashford, preocupada, tendrían que empezar a llenar las despensas desde ya, ahora que aún estaban a tiempo.

—Hablaré con la cocina a primera hora de la mañana, para que se tomen medidas al respecto —dijo, Penny, dándose cuenta de lo que eso podía significar.

Eran muchas las personas que comían gracias a sus despensas, no solo la familia, sino también los criados y las personas a su cargo.

—Yo escribiré a todas las propiedades para que hagan lo mismo.

—Gracias por ocuparos, yo no sé cuando tendré algo de tiempo para informarles —les agradeció, Ashford, con una leve sonrisa en los labios.

—A pesar de lo que nos has contado, aún hay esperanza de que sigan con vida, ¿verdad? —le pregunto, Nataly, haciéndoles retomar así el tema que los ocupaba.

—Por supuesto que sí, son chicos listos, seguro que han encontrado la forma de sobrevivir —la respondió, Lady Ashford —, yo no he criado a ningún idiota —sentencio, convencida de ello.

—Por supuesto que no, madre.

Aun así, Nataly, se quedó mirando a su hermano, esperando su respuesta.

Ashford la devolvió la mirada sin saber muy bien que decir, no quería acabar con sus esperanzas, de ninguna de ellas, pero tampoco podía mentirlas, para más tarde tener que darles la noticia fatal, de que sus cadáveres habían sido encontrados entre el fango.

Por lo que tomo una respiración profunda, antes de sincerarse con ellas sobre lo que él pensaba de la situación.

—Aunque hubieran sobrevivido a lo peor de la riada, para cuando lleguemos allí me temo lo peor —les confesó —. Tener en cuenta que con todo arrasado, sin comida, ni bebida, no tienen muchas posibilidades de conseguirlo.

Un silencio denso cayó sobre la sala, incapaces casi de respirar, imaginándose la agonía de los que allí quedaran en esos momentos.

Esperando la ayuda que los rescataría y los devolvería a sus hogares, con sus familias, quienes les esperaban, pero cada vez más débiles, según va pasando el tiempo, sin que esta los alcanzara, dejándose vencer por el sueño, para nunca despertar.

—Has dicho que por el oeste se encuentran los bosques donde su majestad suele ir a cazar —pregunto, Penny, pensativa, viendo como su esposo asentía con la cabeza —. Si no recuerdo mal, es un terreno agreste, que se va elevando suavemente a un lado del camino.

—Sí, así es, pero …

—Déjame terminar, por favor —le pidió, tomándose un momento para recopilar sus pensamientos, si estaba en lo cierto, puede que aún tuvieran una posibilidad de encontrarlos con vida.

—Por favor, Penny, continua —la suplico, Nataly —cualquier cosa, por tonta que

parezca, puede ayudarles a plantearse otra estrategia, que les haga llegar hasta ellos a tiempo.

—Por favor —la pidió, Ashford, escéptico, pero dispuesto a escuchar lo que tuviera que decir.

—Vale, estoy dando por sentado que tanto, Anthony como Chapman, han estado en esos bosques y conocen la zona, ¿no es así?

—En varias ocasiones, que yo recuerde, han participado en las numerosas cacerías que allí se organizan al comienzo de la Temporada y tras esta.

—Y vuelvo a suponer, que al igual que en Melbtown, tras los bosques no hay campos de labor, sino de pasto para el ganado y zonas que se usan para su trasiego de un lugar a otro.

—Sí, aunque no veo a donde quieres llegar —la respondió, confuso.

—Si atravesando el bosque, que va elevándose en el terreno, en línea recta desde la posada, una milla, como mucho dos y tras ellos se encuentran los campos de ganado, con sus numerosas cabañas de pastor, donde estos pueden descansar o resguardarse de las inclemencias del tiempo —recapitulo en voz alta —, y dando por sentado que conocen el terreno y lo que ocultan los árboles a sus ojos.

—Esa sería la ruta de escape que elegiría, en lugar de quedarme allí, esperando, sabiendo que la riada puede volver con la siguiente tormenta y esta vez no tener tanta suerte de escapar de ella —termino, Ashford, por ella, comprendiendo al fin lo que quería decirle.

—Exacto, por lo que si yo fuera tú, mañana me centraría en avanzar en línea recta hacia el este, hasta los campos de ganado y comenzaría a subir desde ahí, intentando acercarme a la posada, lo más posible, pero sin abandonar los campos hasta llegar a su altura.

—Te he dicho, ya que te amo, esposa mía —la dijo, agachándose para depositar un suave beso sobre sus labios, sintiendo renacer la esperanza de nuevo.

—Seguro que han tomado ese camino —dijo, Lady Ashford, un poco azorada, siendo testigo de su gesto de cariño —, ya os dije que no había criado a ningún idiota, mis chicos son listos y sabrán salir de esta.

—Dios te oiga, mama.

—Dawson, un mapa, tracemos la ruta que tomaremos mañana —le ordeno, levantándose con las fuerzas renovadas, yendo hacia el escritorio.

—Eso podéis hacerlo mañana antes de partir, ahora es hora de retirarse a descansar —replico, Penny, tomándole del brazo, guiándole hacia la puerta —además, no queremos que se enfríe tu baño —dijo, tratando de engatusarle.

—Tienes razón, todos deberíamos retirarnos, apenas faltan unas cuantas horas para que amanezca y tengamos que enfrentarnos a otro horrible día de eterna espera.

—Tienes toda la razón, mama, descansemos un poco.

Tras sus palabras, Nataly, se levantó despacio, sentía como si su cuerpo le pesara una tonelada y encabezo la comitiva al piso superior, pero con la esperanza renacida en su corazón.

Sabiendo que con el nuevo día las noticias serían mejores que las que hasta ahora habían recibido.

Ashford sonrió para sí mismo, satisfecho, mientras su ayuda de cámara se afanaba en quitarle el lodo del cabello.

Sabía que en la nueva ruta tenían más posibilidades de encontrarles, sobre todo sin tener que preocuparse por volver cuando cayera la noche y desandar el camino recorrido, para volver a comenzar de cero al día siguiente.

Buscarían una cabaña de pastor donde pasar la noche y seguirían avanzando en cuanto amaneciera, hacia la posada, con un poco de suerte ese día la alcanzarían.

Capítulo 9

Susan sonrió complacida al despertar, se estaba a gusto allí, segura, rodeada por aquellos fuertes brazos que la sujetaban con suavidad contra su duro pecho.

Solo un poquito más, pensó, mientras su mente adormecida despertaba por completo y comprendía lo que de verdad estaba sucediendo.

Abrió los ojos, sorprendida y salto fuera de su amarre, como un resorte, aquello no podía estar sucediendo.

No podía haber pasado la noche, acurrucada, entre los brazos de un hombre, que no era su esposo, ni su prometido, ni siquiera entre hermanos, se permitía hacer tal cosa.

Eso no estaba sucediendo, se dijo, sacudiendo la cabeza con energía, tratando de aclararse las ideas.

—¿Estás bien?

Oyó a Matt preguntar, con voz soñolienta, a su espalda.

Su exabrupto lo había despertado, se lamentó de que así fuera, necesitaba unos minutos más para ella, unos minutos más para aclarar sus ideas y perdonarse, por lo que había permitido que sucediera.

—Sí, vuelve a dormir, aún falta un buen rato para despuntar el día.

—Entonces, vuelve aquí y trata de descansar, hoy nos espera un duro día por delante, si deseamos salir de estos bosques, a tiempo para encontrar algo mejor donde pasar la noche —la sugirió, volviendo a relajarse, dejando que el sueño lo atrapara de nuevo, pero pendiente de ella subconscientemente.

Susan volvió a acostarse, pero manteniendo la mayor distancia que podía entre sus cuerpos, en esa ocasión.

Aunque no volvió a dormir, su cabeza bullía, llena de reproches hacia si misma.

Por muy difíciles que fueran las circunstancias, eso nunca debería haber sucedido.

Se repetía una y otra vez.

Y mucho menos sentirse tan bien, allí arropada con su cálido aliento en su mejilla, como para abandonarse al sueño, complacida, por tenerlo a su lado.

Sabiendo que la cuidaría y protegería durante la noche.

¡Por el amor de Dios!, ella era una mujer comprometida, ¿cómo iba a ser capaz de explicarle algo así a Wexton?, estaba segura que no lo comprendería, pero guardar el secreto, de haber yacido con otro hombre, podría afectar a su felicidad en el futuro.

No, no podía guardar silencio, tendría que decírselo por el bien de los dos y la familia que pronto formarían, si Dios era tan benevolente de bendecirlos con hijos propios.

Él tenía que saberlo.

¡Madre mía!, como había podido ser tan estúpida, suspiro, desconsolada, al comprender el daño que sus actos podían hacer a su bien planeado futuro.

—Nadie tiene porque saberlo —murmuro, Matt, adivinando el motivo de su desvelo.

La verdad es que no le había sido muy difícil hacerlo.

Susan era una dama educada con las estrictas normas que la sociedad imponía a las jóvenes casaderas, para que siguieran siendo dignas candidatas a ser elegidas por los más nobles caballeros, como sus esposas y madres de sus herederos.

Darse cuenta de todas las normas que había transigido, en tan solo un día, en aras de mantenerse con vida en medio de aquel infierno, era algo que la estaba costando asimilar.

Incluso podría desear haber fallecido la pasada noche a tener que vivir con ello, pensó, desesperado, por llegar a ella y ayudarla a superarlo.

—Todo lo que hemos hecho ha sido para sobrevivir, para tener la oportunidad de ver un nuevo amanecer y regresar con los nuestros —murmuro, junto a su oído, en un tono suave, aunque sin atreverse a tocar su rígido cuerpo.

—No lo comprenderán —le respondió con un sollozo.

—Lo sé, solo los que lo hemos vivido somos capaces de hacerlo.

—Pero como puedo seguir comportándome, como si nada de lo que hecho hubiera sucedido jamás —le pregunto, desesperada, por encontrar una respuesta que calmara sus demonios —cómo puedo vivir con ello.

Chapman se tomó su tiempo para pensar cuál sería la mejor manera de enfocarlo, trato de ponerse en su situación, en pensar como ella.

Necesitaba dar con las palabras exactas que al menos sembraran una duda en su mente.

—Trata de verlo con otra perspectiva que la que sociedad nos ha inculcado —comento, despacio, tratando de llegar hasta ella —. Analiza todo lo que has hecho y no deberías hacer, según ellos. Y pregúntate si de verdad has cometido un crimen tan grande como para castigarte el resto de tu vida por ello.

Chapman espero a ver alguna reacción, por su parte, que le indicara que lo había entendido, pero permaneció, allí, rígida, sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—Pero, sobre todo, pregúntate, que otra cosa podrías haber hecho —susurro, intentándolo de nuevo, sin ningún éxito —. Ninguno de ellos se hubiera dejado morir por seguir al pie de la letra las normas de la sociedad, créeme, tan solo tenéis que recordar sus gritos de auxilio y su manera, desesperada, de golpearse, unos a los otros, por alcanzar el enrejado.

El sonido de sus compañeros despertando le obligo a guardar silencio de nuevo, era hora de ponerse en marcha y tratar de dejar atrás, de una vez por todas, ese infierno, pensó, Chapman, incorporándose y saliendo de debajo de la manta.

Giro la cabeza atrás, buscándola con la mirada.

—Gracias.

Oyó que susurraba antes de sentarse de nuevo.

La verdad es que sus palabras la habían hecho pensar que todo aquello se podía interpretar de otra manera, no solo como una violación a las normas, preestablecidas, solo necesitaba encontrar el modo de enfocarlo y comenzar a perdonarse a sí misma.

El perdón de los demás nunca llegaría si ella misma no lo tomaba primero y creía en él, como si no iba a hacer que los demás creyeran que no había nada malo en sus actos, si ni siquiera ella misma lo creía.

Vio como los demás comenzaban a prepararse, listos para abandonar aquel campamento improvisado, y se unió a ellos.

Matt tenía también razón en eso.

El día iba a ser largo y agotador, sin comida ni bebida, pero tenían que seguir intentándolo, no era el momento de rendirse y abandonarlo todo a su suerte.

Estaban tan cerca de conseguirlo, se dijo, segura de que lo peor ya había pasado, tratando de animarse, concentrada en el camino para no caer.

Habían pasado toda la mañana y gran parte de la tarde, caminando, su avance era lento, aun así tomaban breves descansos para recuperar el aliento.

Cuando por fin, los árboles se abrieron, dando paso a un verde campo, hasta donde la vista los alcanzaba.

—No parece un campo de labor —comento, Margot, extasiada con su esplendor.

—No, es un campo de pasto para el ganado —la respondió, Susan, acostumbrada a verlos de lejos, rodeando la finca de su padre.

—Y con cabañas para el refugio de los pastores que transitan por ellos —las confirmo, Anthony, con una gran sonrisa en la cara — y lo más importante, seco, no hay lagunas ni charcos que indiquen que fueron anegados por la tormenta.

—Gracias a Dios, al encontrarse en un terreno menos elevado que el bosque, me temía lo peor.

Susan se volvió hacia él, confundida, habían estado caminando todo el día en aquella dirección, en lugar de bajar por el bosque hacia Londres, sin estar seguros de lo que iban a encontrar.

Abrió la boca para recriminarle por ello, pero la voz de Margot se la adelanto.

—Entonces busquemos una de esas cabañas antes de que la noche nos alcance, con un poco de suerte esta noche dormiremos bajo techo.

—Yo espero encontrar algo de la comida y agua, que su último inquilino dejara olvidada —dijo, Anthony, poniéndose en marcha de nuevo.

—Yo una gran chimenea, donde poder secar estas malditas ropas de una vez por todas —expreso, Chapman, cual era su mayor deseo.

Susan los escucho en silencio, pensando que era tan poco lo que pedían para ser felices, cuando en su vida cotidiana tenían todo eso y más al alcance de la mano sin apreciarlo, estando siempre disconformes con su suerte, buscando un esquivo bienestar que se empeñaba en escurrírseles de entre los dedos.

Definitivamente, Matt, tenía razón, esa experiencia los había cambiado y era algo que solamente ellos comprenderían, al igual que la manera de enfocarlo y encajarlo en su futuro, solo les correspondería a ellos.

Solo esperaba encontrar la fuerza necesaria como para hacerlo.

Tan solo tuvieron que caminar como media hora más, para encontrar una de las

prometidas cabañas y que sus deseos se hicieran realidad, pensó, Susan, envuelta en una manta, que previamente habían secado, frente a la chimenea, mientras esperaba que el resto de sus ropas corrieran la misma suerte.

Se sentía satisfecha, tras haber comido y bebido las viandas que habían encontrado.

Habían superado un día más, seguían vivos, afirmo en su mente, con una tímida sonrisa en sus labios, mirando a su alrededor.

Mañana sería otro día y volvería a salir el sol, o no.

Capítulo 10

Chapman sintió el silencio a su alrededor, mientras permanecía sentado, sobre la rústica alfombra de esparto, frente a la chimenea, con Anthony dormido a su lado, y las Damas compartían un viejo camastro en la parte más alejada de la cabaña.

Todo estaba en paz, como aquella noche, mientras compartían una pinta en el calón de la posada, sin poder imaginar lo que les depararía el destino, tan solo unas horas después.

Habían tenido suerte, no sabía muy bien como, pero habían sobrevivido a los horrores de la noche, soportado aquellos gritos de auxilio de las decenas de personas que entonaban mientras el agua entraba en sus pulmones y perecían bajo sus pies.

Por algún milagro, que Dios, les concediera, habían sobrevivido y contra todo pronóstico seguían con vida.

No había sido fácil, sin apenas comida ni agua, habían atravesado el bosque, los campos de pasto y allí estaban, en aquella pobre cabaña, durmiendo con un techo sobre sus cabezas, en lugar del cielo estrellado de la noche anterior.

Gracias a Dios las lluvias habían cesado, pero no tardarían en volver, pensó, recordando el cielo encapotado del atardecer.

Estaba orgulloso de sus compañeros de viaje, se habían adaptado y amoldado a lo que les deparara el camino.

Sí, habían discutido, se habían opuesto a ello, sobre todo Lady Susan, pero al final había imperado el sentido común y el instinto de supervivencia.

Ella sería quien peor lo pasara cuando regresaran a sus cotidianas vidas, pensó, girando la cabeza para poder mirarla.

La sociedad no sería benevolente con ella, ni tendría en cuenta las circunstancias a la hora de perdonar sus pecados.

Solo esperaba que encontrara una manera de perdonarse, al menos, a sí misma.

Era una mujer hermosa en la flor de la vida, hija de un Conde, en edad casadera, por lo que tendría un gran futuro por delante, y el caballero que la eligiera por esposa, una gran mujer a su lado, con la que poder compartir su vida, no solo los placeres del lecho.

Pero él no sería ese hombre, por mucho que le tentase su belleza, él tenía sus propios

demonios con los que batallar.

Demonios del pasado a los que se unirían los fantasmas de aquellos que habían dejado atrás esos últimos días.

Porque, aunque por el bien común, no había dejado ver a los demás que habitaban en su mente, que cada minuto del día, seguía allí anclado, junto a aquella chimenea, quieto, paralizado por el miedo, sin ayudar a quienes lo necesitaban.

Mientras él seguía allí, mirándolos, sin hacer nada, dejándolos morir.

Tardaría mucho en olvidar aquella noche y no creía que fuera capaz alguna vez de hacer las paces consigo mismo por su inacción, seguro que había un montón de cosas que podía haber hecho, pero no hizo nada, salvo rezar por salvarse a sí mismo.

Se acarició el áspero mentón, por la barba de aquellos días, pensativo.

Llevarlos sanos y salvos a casa, era su manera de expiar su culpa, una manera de aliviar su conciencia y esperaba que en el futuro, fuera la base con la que empezar a perdonarse.

El sonido de alguien que se movía tras él, le arranco de sus pensamientos abruptamente, era hora de dejarlos atrás y de volver a colocarse la mascará de que todo estaba bien para él.

No ganaría nada mostrándoles sus verdaderos sentimientos.

Se giró a tiempo para ver como Lady Susan, envuelta en una andrajosa manta, salía de la cabaña, con las primeras luces del alba.

Pronto los demás también despertarían y sería el momento de reanudar su marcha.

Hoy comenzarían a bajar por los campos de pasto, en dirección a Londres, en dos o tres días a lo sumo, si nada los retrasaba, llegarían a la ciudad y retomarían sus vidas, allá donde las dejaron.

Pero ninguno de ellos volvería a ser el mismo que cuando se marcharon, pensó, incorporándose para vestirse y salir al exterior.

Susan tomó una gran bocanada del aire fresco de la mañana y se arrebujó aún más bajo la manta.

A pesar de que se había vestido completamente, la humedad de la mañana, la convertía aún más fresca de lo que estaba en realidad, calándola hasta los huesos.

No recordaba haber pasado tanto frío en ningún momento, mientras vagaban por el bosque o dormían bajo el cielo estrellado, ni siquiera aquella primera noche, encaramados en el

tejado.

Pero aquellas noches, la manta que la cubría eran los fuertes brazos de Matt, quien atrapándola junto a su cuerpo, la transmitía su calor, alejando la fría noche de ella, pensó, sintiendo como se sonrojaba, recordando lo bien que se sentía entre sus brazos y como la hubiera gustado, despertar esa misma mañana, acurrucada junto a su cuerpo.

—No te alejes demasiado.

Susan saltó sobre sus pies, sobresaltada al oír la voz del dueño de sus pensamientos, tan cerca de ella.

—Solo estaba estirando un poco las piernas antes de que partamos.

Matt se colocó a su lado, sin decir nada, aunque no la estaba tocando, podía sentir su calor, a través de las capas de ropa que la cubrían.

O sería, su imaginación que fantaseaba con esa sensación de bienestar que había descubierto a su lado, se preguntó, confusa, por los sentimientos que ese hombre estaba despertando en ella.

—Eh, será mejor que vengáis a comer algo antes de partir, no podemos retrasarnos demasiado, si queremos avanzar lo más posible —grito, Anthony, desde la puerta.

—Espera … —dijo, Chapman, levantando la mano, pidiéndole silencio —¿lo oís?

—¿El qué? —respondió, Susan, sin oír absolutamente nada.

—Allí —señalo, al frente —parecen …

—Caballos y vienen hacia aquí —exclamo, Anthony.

—¿Serán los que estamos buscando?

—No, yo diría que son muchos más —la respondió, Chapman, fijando la vista en el horizonte.

—Sea como sea, estamos salvados —afirmo, Margot, uniéndose a ellos.

El sonido de un cuerno de caza, aun desde la lejanía, llego hasta ellos, haciendo que Anthony corriera hacia el interior de la cabaña.

—¿Qué le pasa? —pregunto, Susan, a nadie en particular.

Chapman tan solo se encogió de hombros como respuesta y se giró hacia la puerta de la

cabaña, por donde asomaba de nuevo Anthony, haciendo sonar su propio cuerno.

—Me estaba preguntando para qué serviría eso.

—Para llamar a los ciervos durante una cacería o señalar tu posición a otros cazadores —la aclaro, Susan, incrédula de que no supiera algo tan simple, como la llama del cuerno.

En ese momento volvió a sonar el cuerno en la distancia, pero de forma diferente, a lo que Anthony respondió sin vacilar.

—Ashford —gritaron a la vez Anthony y Chapman, al oír el tercer reclamo, al tiempo que los primeros jinetes se perfilaban por el horizonte a pleno galope.

La caballería había llegado, pensó, Susan, al verlos, acercándose a ellos a toda velocidad.

Se fijó en sus compañeros, quienes parecían reconocer a los recién llegados y se alegraban por ello.

Ashford salto del caballo antes de que este se detuviera del todo y corrió hacia ellos para abrazarlos, aún no podía creérselo, los habían encontrado, pensó, sin encontrar las palabras que pudieran expresar lo que sentía.

—Vale, hermanito, si no me sueltas acabarás ahogándome —gruño, Anthony, tratando de recobrar la compostura, antes de ponerse a llorar como un niño.

—Cállate —exclamaron, a la vez, Ashford y Chapman, propinándole una colleja.

—Hemos traído un médico, por si lo necesitabais, pero parecéis estar bien, gracias a Dios.

—Ilesos.

—Otros no han corrido la misma suerte —dijo, Chapman, recordando a los que dejaron atrás.

Ashford se fijó en él y en el velo que ocultaban sus ojos a su mirada, podían no estar heridos, pero iban a necesitar tiempo para aprender a sobrellevar lo ocurrido, solo esperaba que encontraran la manera de hacerlo.

Aunque él estaría a su lado para ayudarles en todo lo que pudiera, solo ellos podían cruzar ese puente y curar las heridas, se prometió a sí mismo que los observaría con atención a partir de ahora.

Un discreto movimiento tras ellos, llamo su atención, sobre los dos caballeros que parecían acompañarles.

—No deberíais presentarme —les indico, haciéndoles notar su presencia.

—Sí, por supuesto, con todo este alboroto, casi me olvido —dijo, Chapman, dándose la vuelta y regresando junto a ellas.

—Os presento a la señorita Scott, de la naviera Scott y compañía. Él es mi hermano, el Duque de Ashford. —le presento con orgullo —, el único capaz de remover cielo y tierra para encontrarnos.

—Bueno, tampoco es para tanto, mi madre y mi esposa me hubieran obligado a garrotazos, si me hubiera quedado sentando sin hacer nada, esperando —comento, en tono de broma, ocultando así su desconcierto al descubrir que era una mujer quien se ocultaba bajo esos ropajes de mozo de cuadra.

—Excelencia —le saludo con una ligera reverencia.

—Los socios de vuestro padre en la naviera nos alertaron de que podía encontrarse en la posada junto con su familia. ¿Dónde están? —pregunto buscándolos con la mirada.

—No lo consiguieron —respondió, con un hilo de voz, tratando de no romper a llorar al recordarlos.

Era la primera vez que admitía en voz alta su falta, que perecieron aquella terrible noche, en las más horribles circunstancias.

Mientras que a ella la abrazaba un apuesto joven, manteniéndola con vida.

Debería haber muerto con ellos, ese era su lugar, su destino, no aquel campo de pastos, a punto de regresar a su vida de lujos y todos los privilegios que el dinero podía comprar.

Todos fueron testigos de lo que aquellas simples palabras significaron para ella y el dolor que encerraban en su corazón.

Anthony intentó pasarle un brazo por los hombros, para abrazarla, dándola un poco de consuelo, pero la mirada de advertencia de Lady Susan, quien había adivinado sus intenciones, le detuvo en el último momento.

Ella tenía razón, todos deberían lidiar con lo que habían vivido, en un momento u otro, todos deberían afrontar la realidad.

Sabían perfectamente que podían apoyarse los unos en los otros, pero también que debían hacerlo solos.

Nadie podía librar aquella batalla por ellos.

Chapman carraspeo, sonoramente, tratando de desviar su atención sobre Margot, quien parecía necesitar un momento para recuperar el control de sus emociones.

Estaba seguro que deseaba llorar a sus muertos en privado, y no ante cuatro desconocidos que la miraban con lástima, sin saber muy bien que hacer.

—Dejadme que os presente …

—A Lady Susan, hija del Conde de Preston —le interrumpió, Ashford, haciendo una ligera reverencia.

—Excelencia —le correspondió, sonrojándose —debéis disculpar mi aspecto, mis ropas no son las más apropiadas para un salón de té.

—Pero sí las más indicadas para cruzar estos bosques abnegados de agua. Os felicito por vuestra elección, hay que ser muy valiente para hacer lo que vos habéis hecho.

Susan, le miro complacida, sintiendo renacer la esperanza.

Tal vez, la sociedad sí entendiera todo aquello que ni ella misma comprendía.

—Aunque me tendréis que perdonar, si me encuentro de lo más sorprendido al veros aquí —le confesó, aún confuso con su presencia —vuestro nombre no figura en ninguna de las listas de desaparecidos que se han confeccionado, es más, creo recordar, que vuestro hermano comento que os encontrabais en Wexton, visitando a vuestro prometido, en compañía de Lady Hamilton.

—Y así era, excelencia, no debieron recibir nuestra misiva donde les comunicábamos que adelantábamos nuestro regreso.

—Mandaré una nota, inmediatamente, para comunicarles que habéis sido encontrada a salvo y así puedan recogeros a vuestro regreso.

Ashford se imaginó que Lady Hamilton había corrido la misma suerte que la familia Scott, por lo que se abstuvo de preguntar, no queriendo provocar una reacción similar en la joven.

La verdad es que pensaba que ambas habían sido muy valientes y poseían una gran fuerza y entereza, al haber enfrentado algo así, no dejándose vencer por el llanto.

No debía de haber sido nada fácil, para ninguna de ellas.

Chapman no podía apartar la mirada de Lady Susan, ni dejar de sentir esa opresión en el pecho, tras haber escuchado a su primo, mencionar a su prometido, el heredero de Wexton.

No le conocía personalmente, pero estaba seguro de que no se merecía una mujer como ella, si no había sido capaz de salir en su búsqueda o al menos comunicar su desaparición a las patrullas de ayuda.

Pero entonces recordó que el condado de Wexton se encontraba al norte, tras la riada, y era más que posible que no hubieran encontrado una manera de llegar hasta ellos desde allí, pensó, sintiéndose un poco más aliviado por su poco interés hacia el bienestar de su prometida.

Incluso que pensara que ya había llegado a Londres, tenía que tener en cuenta que las comunicaciones estaban interrumpidas con esa zona, por lo que ninguna misiva podía cruzar de un lado a otro, por el momento.

—Bueno, basta de charla, cualquiera pensaría que no deseáis volver a casa —dijo, Ashford, adquiriendo de nuevo su porte aristocrático —, tenemos que organizar algunas cosas antes de partir y escribir unas cuantas misivas para informar.

—Entonces vayamos adentro, excelencia —sugirió, Margot, dándose la vuelta y caminando de nuevo hacia la cabaña.

Los demás la siguieron en silencio.

Ashford tenía razón, cuanto antes acabarán con los preparativos, antes partirían de nuevo, pensó, Anthony, echando un vistazo a su alrededor, nunca olvidaría aquellos campos, se dijo, reteniéndolos en su recuerdo.

—Disculparme, excelencia, me preguntaba si en esas alforjas que transportáis no tendréis algo más que un poco de queso duro, mohoso y mojado, así como algo de pan —le pregunto, Margot, tímidamente, muerta de hambre.

—Por el amor de Dios —exclamo, Ashford, tropezando con sus propios pies, al ver su descuido —disculparme vosotros a mí. Por supuesto, traemos comida y bebida en abundancia, así como ropa seca y calzado. Aunque nada apropiado para una dama —dijo, sonrojándose, al darse cuenta de su torpeza.

—Con que esté seca y no apeste, me vale, no soporto ni un minuto más este olor nauseabundo. —replico, Susan, arrugando la nariz con asco.

—En eso sí que puedo complaceros, milady.

—Iré a buscar esas alforjas, me muero de hambre —exclamo, Anthony, saliendo de nuevo, casi corriendo en su búsqueda.

—Despejemos la mesa y tratemos de adecentarla —sugirió, Margot, poniéndose manos a la obra.

Chapman se acercó al rincón donde se encontraba el cubo de agua limpia, tomando unos trapos de la alacena, al tiempo que se unía a ellas, una buena comida, como estaba seguro que el Duque les había llevado, bien merecía el esfuerzo.

Capítulo 11

Ashford les observaba mientras terminaban de comer, antes se habían aseado como habían podido y cambiado sus ropas, para su sorpresa todo lo que se quitaron, fue arrojado a la chimenea sin ningún miramiento, estaba más que claro lo que opinaban de ellas.

Ya había acabado con las misivas y distribuido a los lacayos que le acompañaban, casi todos ellos seguirían hacia la posada, junto con el médico y la mayoría de los víveres.

Mientras que tan solo cuatro, regresarían con ellos a Londres, de los cuales dos se adelantarían, uno para llevar las buenas nuevas y otro para localizar las cabañas a su alrededor por si las necesitaban.

Viajarían lo más rápido posible, pero aun así dudaba que llegaran antes de que cayera la noche, ya que solo habían llevado dos caballos extra y eran cuatro las personas que habían rescatado, lo que les obligaría a detenerse cada cierto tiempo, para que los animales descansaran y eso sin duda los retrasaría.

—Estamos listos para irnos —dijo, Chapman, reuniéndose con Ashford en el exterior, frente a la puerta de la cabaña.

—Pues vamos, no perdamos más el tiempo —estuvo de acuerdo con él —traigan los caballos, por favor —les pidió a los mozos que habían quedado.

—Iré dentro a ayudar con los últimos preparativos.

—Está bien.

Apenas cinco minutos después todos estaban listos para partir.

Habían perdido casi toda la mañana, por lo que sus esperanzas de llegar ese día a Londres, se habían esfumado.

Con un poco de suerte y si la tormenta que se vislumbraba en el horizonte se lo permitía, les quedarían muy pocas millas para llegar a su destino, cuando la noche los alcanzara, pensó, Ashford, observando las nubes a las que se acercaban.

Con un poco de suerte no dejarían lluvias y pasarían de largo.

No fue así, llevaban casi cuatro horas cabalgando al paso, ya que temían forzar demasiado a los caballos, quedándose así sin su único medio de transporte, cuando las primeras

gotas de lluvia los golpearon, menos mal que se habían puesto los impermeables en la última parada, en previsión de algo así sucediera.

No podían darse el lujo de acabar empapados hasta los huesos de nuevo, pensó, Chapman, cerniéndose bien el sombrero sobre su cabeza, ya que las ropas de repuesto que Ashford les había llevado, eran las que usaban las damas en ese momento.

—¿Y ahora qué? —le pregunto, Susan, sentada tras él, sobre la grupa del caballo.

—Buscaremos la cabaña más cercana y nos detendremos —grito, tratando de hacerse oír sobre el ruido de la tormenta, la cual, ya, descargaba con fuerza sobre sus cabezas.

—Esperemos que no este muy lejos.

—Ahora lo más importante es que permanezcamos juntos y no nos extraviemos —replico, tratando de ver, a través de la espesa lluvia, a sus compañeros de viaje.

Susan se agarró con más fuerza a su cintura y se pegó aún más a él, por miedo a escurrirse y caerse del caballo.

Cada vez la tenían más cerca, iban sin remedio hacia ella, si no encontraban pronto una cabaña la atravesarían y dada su violencia, eso no sería nada bueno.

No solo estaban en campo abierto, sino que todo el mundo sabía que el pelo de los caballos atraía los rayos con un imán.

Y ella iba sentada sobre uno de ellos, pensó, tratando de no dejarse llevar por el miedo.

Tras unos veinte minutos que la parecieron interminables, por fin, llegaron a la puerta de la tan ansiada cabaña.

—Déjenlos sueltos —ordeno, Ashford, al no tener ni un establo ni un maldito granero donde guarecerlos.

—Esperemos que sigan aquí mañana —dijo, Chapman, uniéndose a él, bajo el quicio de la puerta —no me apetece nada caminar hasta Londres desde aquí.

—Vamos, apenas si quedaran cinco millas hasta la entrada de la ciudad.

—¿Cinco millas?, tú no sabes lo que es eso.

—Entonces recemos para que no les pase nada y no tenga que averiguarlo —le dijo, dándose la vuelta y entrando al interior, donde los demás se habían colocado en fila ante la chimenea, tratando de secarse sus húmedos ropajes.

Se quitó el chubasquero, que coloco con los demás, en unos ganchos junto a la puerta y se unió a ellos.

Chapman se quedó hasta que los mozos acabaron su labor y entraron en la cabaña, tan calados como ellos.

Se giró y cerro la puerta a su espalda.

Una noche más, con una tormenta sobre sus cabezas, pensó, deseando que esta vez estuvieran a salvo y no se repitiera la pesadilla que ya habían vivido.

Susan, le observaba con disimulo en silencio, preocupada al verle tan serio, aunque todos parecían compartir el mismo temor frente a la tormenta.

Dudaba de que alguno de ellos durmiera esa noche.

—Mañana, si no perdemos los caballos, durante la noche, deberíamos llegar a Londres antes de que oscurezca —dijo, Chapman, sentándose frente a ella, en la mesa.

—¿Y si no es así?

—Tardaremos un día más en cruzar estos pastos.

—No estoy segura de querer volver —le confesó —, por un lado, deseo recuperar mi vida y ver a mis seres queridos, pero por otro temo enfrentarme a ellos.

—No habéis hecho nada malo.

—Eso tan solo lo sabemos usted y yo —le recordó, resignada —las especulaciones sobre nuestra aventura están abiertas a todo tipo de interpretaciones.

—Pero contará con el apoyo de su familia y su prometido, para enfrentarse a ellas con la cabeza muy alta.

Susan no le respondió, no estaba muy segura de como su estricta familia iba a reaccionar a todo aquello y tampoco deseaba pensar demasiado en eso.

Se enfrentaría a lo que la deparase el futuro, como buenamente pudiera.

Ya no era la misma joven dama, sumisa, que había salido de Wexton en compañía de su querida tía.

Sentía que muchas cosas habían cambiado dentro de ella, en esos últimos dos días, y aún no sabía como lidiar con ello.

—Será mejor que tratéis de descansar —la aconsejo, al ver su silencio —, mañana nos espera un duro día a caballo o andando, en el peor de los casos, si queremos llegar a la ciudad.

—Eso suponiendo que esta tormenta interminable, nos permita seguir avanzando.

—Contra eso no hay nada que podamos hacer. No podemos luchar contra los elementos que la naturaleza desata ante nosotros.

—Tenéis toda la razón, pero como podéis ver, esta noche parece que nadie duerme —le señalo, levantando la vista hacia los demás, que charlaban amigablemente sentados sobre la alfombra, frente al fuego.

Ni siquiera los lacayos, los cuales se habían acomodado sobre el viejo y pulgoso camastro, parecían dormir esa noche.

Capítulo 12

Casi al amanecer la tormenta, por fin, les dio una tregua y se alejó de ellos, pensó, Susan, mirando como las nubes ascendían hacia el este, rumbo a la posada de nuevo.

Como si aquella zona no hubiera sido ya castigada lo suficiente.

Los caballos habían regresado, parecía que todos habían sobrevivido a la tormenta, pensó, mientras observaba a los mozos, afanarse en prepararlos para su inminente partida.

Todos, aquella mañana, parecían ansiosos por salir cuanto antes y acabar de una vez con esa pesadilla, regresando a la seguridad de sus hogares con sus familias.

Por lo que nadie se hizo de rogar y partieron con las primeras luces del alba.

Sería poco más que la hora del té, cuando descendieron ante las puertas del Club Brooks, donde los esperaban.

Ante la asistencia masiva de los caballeros miembros del Club y no miembros, acompañados de sus esposas y otras féminas de la familia, a los regios fundadores del mismo, no les quedo más remedio que habilitar uno de los salones principales para tal fin, permitiéndolas cruzar sus sagradas puertas.

Parecía que todo el mundo estaba allí, y los que no pudieron entrar abarrotaban las aceras de los alrededores, con la esperanza de ser los primeros en echarles un buen vistazo, pensó, Chapman, asqueado por su actitud.

Nadie quería perderse la llegada de los primeros supervivientes a la tragedia, ni dejar de conocer de primera mano la historia de su aventura, pensó, Margot, al entrar en el vástago salón repleto de rostros desconocidos para ella y que en realidad no hubieran venido a recibirla, si no fuera por la alcurnia de sus compañeros de aventuras.

—No permitáis que os intimiden —murmuro, Anthony, justo antes de ser aplastado contra el pecho de su madre, mientras sentía a su hermana abrazarle por la espalda.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —repetía, una y otra vez, Lady Ashford, sollozando al ver a su hijo con vida —. Ningún idiota, yo no crie a ningún idiota.

Anthony levantó la vista hacia Ashford, confundido al oírla.

—No ha dejado de decir eso desde que desapareciste —le respondió, Penny, quien

esperaba pacientemente, tras su suegra, para darle la bienvenida.

Anthony la miro aún más confuso que antes, de qué demonios estaban hablando, acaso habían perdido el juicio durante su ausencia y ya no sabían ni lo que decían.

—Ya te contaré —dijo, Ashford, al notar que las palabras de su esposa, en lugar de tranquilizarle, le habían desconcertado aún más.

Mientras que por el rabillo del ojo observaba como dos parejas, desconocidas para él, se acercaban a Margot, quien parecía querer salir corriendo de allí de regreso a la cabaña.

—Señorita Scott, nos alegramos de verla —oyó que una de las señoras que los acompañaban la decían.

—Por favor, acepte nuestras condolencias por su perdida.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir desconcertada.

—Por supuesto, por los negocios de su padre no tiene que preocuparse, nosotros ya nos hemos ocupado de todo.

—Ya hemos hablado con los abogados para que lo preparen todo y podamos administrar su fortuna hasta que se case —la comunico, el señor Troke, uno de los socios de su padre.

—Incluso le hemos encontrado un pretendiente de lo más adecuado para nuestros fines, deseoso de hacer fortuna y entrar en el negocio de la naviera —continuo, el señor Ross —. Será un gran aliciente que impulsará nuestro humilde negocio a seguir creciendo con sus nuevas y revolucionarias ideas.

Penny salto sobre sus pies al oírles, no conocía a aquella joven, pero estaba segura de que su futuro no estaba en las manos correctas.

Iban a venderla al mejor postor, pensó escandalizada.

—Ashford … —le suplico con lágrimas en los ojos al recordar su propia experiencia.

—Yo me ocupo —la murmuro en tono tranquilizador, yendo hacia ellos.

—Ya hablaremos de todo eso, querido, ahora deberíamos llevarla a casa cuanto antes, para que se adecente y se quite esas horribles ropas que luce —dijo, la señora Troke, enlazándola por el brazo para guiarla hacia la puerta.

—No querréis que su prometido la vea en semejante estado y retire su propuesta, con lo que os ha costado convencerle.

—Por supuesto, que no, querida —exclamo, el señor Ross —, tienes toda la razón, saquémosla de aquí antes de que alguien más pueda verla —dijo, colocándose la chaqueta, antes de ponerse en marcha hacia la salida.

—Me temo que la señorita Scott no irá a ningún lugar sin mi consentimiento —anuncio, Ashford, uniéndose a ellos —. Según las leyes de Inglaterra, está bajo mi protección hasta que se declare oficialmente la defunción de su familia y la justicia nombre un tutor legal para sus bienes.

—¿Y quién demonios es usted? —exigió el señor Troke, volviéndose hacia él, dispuesto a presentar batalla.

No iban a dejar escapar a la señorita Scott, su familia poseía más de la mitad de la empresa, por lo que era de vital importancia para ellos poder controlarla.

—Le pagaremos muy generosamente por librarle de ese deber tan ingrato hacia una desconocida, que además no es más que una simple burguesa, no una dama de la nobleza. —le propuso el señor Ross en tono conciliador.

Ashford le recorrió con su mejor mirada aristocrática, con la cual había conseguido poner a sus pies desde políticos a los más influyentes de sus pares. Dejándole saber lo que podía hacer exactamente con su dinero.

—Excelencia, al Duque de Ashford, se le debe un respeto —exclamo, Lady Portman, pasando junto a él, para reunirse con su hijo —. Gracias por traerlo a casa —murmuro con los ojos abnegados por las lágrimas.

—De nada, tía, ya sabéis que vivo para serviros —la respondió con una ligera inclinación de cabeza sin dejar de vigilar a sus contrincantes.

—Señorita Scott, soy Penny.

—Mi esposa —les advirtió antes de que pudieran ofenderla de algún modo.

—Debéis de estar muy cansada y deseosa de volver a casa, por fin, para poder relajaros —continuo, Penny, tomándola por el brazo, guiándola hacia la salida —, es hora de irnos, ¿si os parece bien?

—No veo el momento, excelencia, pero no deberíais quedaros al lado de vuestra familia —la recordó, dudando de que su ausencia fuera conveniente.

—Se las arreglarán sin mí —la aseguro, despreocupada —, además estoy segura de que Ashford lo tiene todo bajo control.

—De eso no tengo la menor duda —la respondió, sonriendo por primera vez desde que

habían llegado.

La gustaba la Duquesa de Ashford, sentía que podía confiar en ella y eso que acababan de conocerse.

Así que se dejó llevar hasta el carruaje que los esperaba.

Chapman miraba sorprendido a su madre acercarse a él, con su padre, sus hermanos y sus cuñadas a la zaga.

Salvo su hermana, que vivía en Escocia, toda la familia había venido a recibirle, ni en el mejor de sus sueños hubiera imaginado algo así.

Todo el mundo sabía que existían grandes discrepancias entre ellos, por lo que no le encontraba sentido a su presencia allí.

Salvo que solo hubieran acudido para salvar las apariencias, pensó, mirándolos con recelo, seguro de que ese era el motivo.

—Dales una oportunidad —le susurro, su tía, acercándose a él, para abrazarle —. Déjales hacer su papel, como el buen hijo que eres —le aconsejo —, es lo mejor para todos.

—Solo porque vos me lo habéis pedido.

—Gracias —le susurro, dando un paso atrás, dejando que su madre lo abrazara y le diera la bienvenida, algo que todos en la sala pudieron oír y ver, al ser tan emotiva.

Chapman soporto como pudo sus aspavientos sin decir nada e hizo su parte cuando su padre y hermanos se acercaron.

Maldita sociedad y su hipocresía, pensó, uniéndose a ellos.

—Por el amor de Dios, Susan, como se te ocurre presentarte así, arruinando nuestro buen nombre.

Susan se volvió hacia su escandalizado hermano, quien se acercaba a ella, cruzando la sala a grandes zancadas sin ningún decoro.

—Eres una vergüenza para la familia —la acuso —, ya veremos que tiene que decir tu prometido sobre todo esto, cuando se entere.

Susan sintió como la agarraba con fuerza del brazo y tiraba de ella hacia el exterior.

Se había esperado su rechazo, cuando la vieran vestida de aquel modo, pero no ver la repulsa en los ojos de su propio hermano, en lugar de la alegría de encontrarla con vida.

—No has hecho nada malo, no permitas que te convenzan de lo contrario —murmuro, Chapman cuando paso junto a él.

Susan ni siquiera se atrevió a mirarle, temiendo echarse a llorar y poner aún más furioso a su hermano, mostrando sus sentimientos en público.

Por lo que bajo la cabeza y dejo que la empujara dentro del carruaje de la familia, en su prisa, por ocultarla de todo aquel que pudiera estar observándolos.

—De verdad, no sé qué vamos a hacer contigo, ahora —se lamentó, asqueado, sentado frente a ella —. Dejaré que padre decida.

Susan se volvió hacia la ventanilla, ha observar las calles oscurecidas por el anochecer, cualquier cosa era mejor que mirarle a la cara, pensó, completamente abatida.

Recordando que ni siquiera había preguntado por su adorada tía.

Capítulo 13

Hacía ya una semana que regresaron y la lluvia no había dejado de visitarlos ni un solo día, pensó, Susan, observando las gotas de agua, salpicar los charcos del jardín trasero, tras los grandes ventanales de la sala, donde había pasado la mayor parte del tiempo desde su vuelta.

Encerrada y oculta, por orden de su hermano, ni siquiera podía asomarse por las ventanas que daban a la calle principal, por temor a que algún transeúnte la viera.

La verdad es que la daba igual permanecer allí cautiva, no sentía ninguna necesidad de ver a sus amigos o de volver a incorporarse al trasiego de la ciudad en esa época del año.

Ni siquiera se había molestado en mandar a alguien a recoger los paquetes que esperaban en los comercios o en visitar a la modista para dar los últimos retoques a su vestido de novia.

Esos días no tenía ánimo de nada, ya habría tiempo para ocuparse de esas cosas, al fin y al cabo, aún faltaban casi tres meses para el gran día.

No había razón para apresurarse, pensó, recordando los planes que había hecho con su tía, para cuando llegaran a Londres a ocuparse de esas cosas.

La verdad es que la echaba de menos, la extrañaba, y lloraba cada día su ausencia.

Había estado muy unida a ella, más que a su propia progenitora.

Siempre había estado a su lado, apoyándola, siendo su consejera y su guía.

Ahora ya no tenía a nadie a quien poder contar sus inquietudes, sus miedos, sus alegrías, pensó, dejando que una solitaria lágrima surcara su pálida mejilla.

Ni siquiera sabía a ciencia cierta si habían encontrado su cuerpo, entre los escombros o, como muchos de ellos, desapareció en el Támesis al alcanzar el río.

Le había pedido a Thomas que la informara sobre ello, pero este había despreciado su petición, alegando que no era cosa de mujeres ocuparse de esos asuntos y que volviera a sus labores, antes de montar otro escándalo, mientras esperaban.

No le apeteció imponerse a su decreto, exigiéndole una respuesta, por lo que cada día, cuando esté, salía de la casa para ir a comer a su Club, con tal de no compartir la mesa con ella.

Susan acudía a la biblioteca a hurtadillas y consultaba la lista de fallecidos y

desaparecidos en el periódico, con la esperanza de que al menos encontraran su cuerpo para darle santa sepultura y que así pudiera descansar en paz, como se merecía.

Pero aún no había ocurrido, su nombre no había sido publicado en aquella lista y cada día sus esperanzas se desmoronaban un poco más, al no ver su deseo cumplido.

—Por fin, —irrumpió, Thomas en la sala blandiendo la misiva ante sus ojos —, padre, ha ordenado que viajemos a Guilford inmediatamente.

Susan le miro sorprendida, debió haberse imaginado que escribiría al Conde, pidiéndole instrucciones de que hacer con ella, pero la verdad es que ni se le había pasado por la cabeza, aunque lo había insinuado en repetidas ocasione, pensó, rebuscando en sus recuerdos las pocas veces que habían hablado desde que llegara.

—Prepara tu equipaje, saldremos con las primeras luces del día —la ordeno, saliendo de la habitación con el mismo ímpetu con el que había entrado —. Con un poco de suerte será demasiado temprano como para cruzarnos con alguien importante que pueda reconocerte. — asevero, cerrando la puerta tras él.

Susan le vio marchar sin moverse de donde estaba.

Quizás fuera bueno regresar a casa y alejarse de la ciudad, allí por lo menos podría salir a pasear por los jardines sin miedo de tropezarse con nadie ajeno a la familia.

Pero, sobre todo, tratar de recomponerse e ir recuperando poco a poco su vida, volver a tener contacto con sus amistades, a las que conocía desde niña, la ayudaría, se dijo, sintiendo un poco de calidez en su frío corazón, el cual se había mantenido congelado desde aquella fatídica noche.

¿Cómo les iría a los demás?, se preguntó, mientras subía al piso superior a prepararse para su partida.

Solo esperaba que lo sobrellevaran mejor que ella y pudieran haberse reincorporado de nuevo a sus vidas, con el apoyo de sus seres queridos y amigos.

Chapman entro en el comedor del Club, buscando a Ashford con la mirada.

Habían quedado para comer por primera vez desde que regresaron.

—Por fin, tus obligaciones familiares te han permitido dedicarme algo de tiempo —se quejó, Ashford, a modo de saludo, viendo como se sentaba frente a él.

—Caya, ni me lo recuerdes —le respondió, exasperado —, si tengo que pasarme un día más tomando el té o atendiendo a otro pariente lejano, del que nunca he oído hablar, me tiro al

Támesis.

—Vamos, seguro que no ha sido para tanto —respondió, ocultando la risa que le producía solo de imaginárselo.

—Anthony fue un hombre sabio, abandonando la ciudad, justo a la mañana siguiente, antes de que los buitres se le echaran encima.

—No sé yo, ten en cuenta que madre y Nataly, le acompañaban.

—Seguro que encuentra una manera de hacer llevadera su compañía.

—En eso estamos de acuerdo —concordó con él, siendo bien conocedor de su hermano y sus tretas para salirse con la suya y escapar de sus responsabilidades.

—¿Y tú, cuando te reunirás con ellos?

—En cuanto regrese, Penny, de acompañar a Dartford a la señorita Scott.

—Me sorprende que la hayas dejado ir y no la lleves contigo al campo.

—Aunque todavía es muy joven, tiene las cosas muy claras y ha preferido estar sola, para poner en orden su vida, antes de volver a Londres y tomar ciertas decisiones que marcaran su futuro sin remedio.

—Mantenerla alejada de esos buitres carroñeros, mandándola fuera de la ciudad, ha sido una gran idea. Así no podrán coaccionar su vida ni adueñarse de ella.

—Esa es la idea.

—Y como ven el tema, los abogados —le pregunto, rellenando las copas de vino el mismo, antes de que el camarero que los atendía pudiera hacerlo.

—Bien, he sido nombrado provisionalmente su tutor legal y debemos esperar hasta la apertura del parlamento, al inicio de la Temporada, para conseguir el nombramiento oficial y definitivo, pero los abogados no ven ningún problema, a pesar de que Troke y Ross, también lo han solicitado, alegando que por intereses económicos, su padre así lo hubiera querido.

—Espero que no nombrara a ninguno de ellos como tal en su testamento.

—No lo hizo, ni siquiera se ha encontrado registrado tal documento.

—Uf, bueno, eso a ti te favorece.

—Eso es lo que opinan los abogados.

Ambos se quedaron en silencio, dando buena cuenta de los bistecs que les habían servido.

—Supongo que cierta naviera, no prosperara tal y como sus dueños esperan —dijo, Chapman, retomando la conversación.

—Por supuesto que no, muchos negocios fracasan por la avaricia de sus dueños.

—Qué tienes en mente.

—De momento nada, esperaré hasta mediados de marzo, al regreso de la señorita Scott, para preguntarla que desea hacer con ella.

—Eso suena más a palabras de tu esposa que a ti.

Ashford le sonrió con complicidad, no pudiendo negar lo evidente.

—Penny desea que sea Margot quien dirija su vida y que a pesar de ser su tutor, solo me limite a observar sus movimientos, dándola total libertad en todo.

—Algo que estás dispuesto a concederla, siempre y cuando no se meta en líos.

—Ni siquiera haremos público que es mi protegida, si no es estrictamente necesario.

Chapman asintió con la cabeza, dando su conformidad, bajo la tutela del Duque, Margot, no tenía nada que temer y sería libre para tomar las riendas de su vida, pensó, satisfecho.

Y si a este, se le ocurría, no permitírselo, su Duquesa, se ocuparía de él.

La verdad es que Ashford había cambiado mucho desde que conoció a cierta pelirroja que no dejaba de meterlo en líos.

Se le veía feliz, menos dictatorial y autoritario, gracias a ella.

Ahora, viéndole allí sentado, con los ojos brillantes, por tan solo pensar en su esposa, uno podría llegar a pensar que disfrutaba de la vida y de lo que ella le había deparado.

—Bueno y tú, qué planes tienes —le pregunto, Ashford, apartando su plato ya terminado.

—Los mismos que antes de la tormenta, ir a mi finca, el trabajo que iba a realizar allí, aún está pendiente.

—Y cuando tienes pensado marcharte.

—En cuanto dejen de aparecer parientes de a saber Dios, donde —le confesó,

exasperado.

—Supongo que dando un rodeo por detrás de los campos de pasto, podrás cruzar hasta allí.

—Eso me han confirmado, por esa zona, a pesar de las lluvias, los caminos no se encuentran abnegados de barro.

—Entonces, he de suponer que esta será la última vez que nos veamos antes de nuestro regreso a la ciudad para la Temporada.

—Supongo que sí, qué tal una partida de cartas para celebrarlo.

—Por mi perfecto, no tengo ningún otro compromiso esta tarde.

—Pues eso sí que es raro en ti —comento, Chapman, levantándose de la mesa.

Ashford lo siguió hasta un salón cercano, donde encontraron a dos conocidos que buscaban adversarios para su tradicional partida de la tarde y decidieron unirse a ellos.

Capítulo 14

Tras todo el día viajando, por fin, al anochecer, llegaron a Guildford, lugar de residencia del Conde de Preston, donde Susan había vivido casi toda su vida.

Hacía rato que no apartaba la vista de la ventanilla, absorbiendo con su mirada aquellos campos, que la habían visto crecer, buscando la tranquilidad interior que siempre la invadía y que, en esa ocasión, necesitaba más que nunca.

Era una pena que no atravesaran la aldea por el camino de Londres.

La hubiera gustado ver sus humildes casas, tan familiares para ella, la iglesia, el campo santo.

Todo aquello que, sin saberlo, tanto había echado de menos, en los últimos días.

Noto que el coche comenzaba a aminorar la marcha, al cruzar las puertas de la mansión y se preparó, cerrándose aún más la capa para bajar.

Por algún motivo que desconocía, se sentía tranquila, no temía lo que ocurriera a continuación.

Estaba en casa y eso es lo único que importaba.

—Lady Susan, milord —les saludo, su mayordomo cuando llegaron a su altura —. Hace rato que les esperan en la biblioteca, si son tan amables de seguirme, les guiaré hasta allí.

—Por fin podre volver a mis asuntos —exclamo, Thomas, caminando, presuroso tras él.

Susan se volvió para entregar su capa y los guantes al lacayo que los esperaba junto a la puerta, antes de caminar sin prisas, hacia las enormes puertas dobles de roble que dominaban el vestíbulo.

Tras ellas se encontraba la enorme biblioteca de la mansión, utilizada principalmente por los varones de la casa, para recibir a sus invitados, también varones, saboreando unas bebidas frente al fuego, acompañados por uno que otro cigarro.

Casi nunca se podía ver a nadie de la familia con un libro en las manos.

Padre era de los que pensaban que solo contenían estupideces que nos servirían de nada en la vida y menos aquellas frívolas novelas, tan de moda, que solo conseguían llenar de pájaros

la cabeza de las jóvenes damas, en edad casadera, volviéndolas unas descaradas, desobedientes.

Para aprender solo había que salir ahí fuera, la vida te enseñaría, repetía una y otra vez, predicando con el ejemplo.

Susan sintió las miradas como el hielo de sus progenitores, atravesándola, nada más, cruzar el umbral.

Sintió como el mayordomo cerraba suavemente la puerta a su espalda, antes de oír la voz de Thomas, quien se había acercado a la mesita de los licores, a por una generosa copa de brandy.

—Aquí la tenéis —anuncio, señalándola con el brazo —, he intentado mantenerla lo más oculta posible, pero eso no ha evitado que los rumores se desataran.

—Que escándalo, que escándalo —se lamentó, Lady Preston —. Eres una desgracia para esta familia.

Susan permaneció allí parada, lo más estoica que pudo con la cabeza bien alta.

No iba a permitir que sus palabras la afectaran, se lo había prometido a Matt y estaba decidida a cumplir su palabra.

Por un instante la imagen de su rostro, mirándola preocupado, cruzo su mente, dándola fuerzas, cuando ya no la quedaban.

—Tranquila, querida, lo sobrellevaremos lo mejor que podamos —dijo, Preston, apoyando la mano sobre su hombro para consolarla.

—Cómo has podido compartir techo con dos caballeros solteros, tantos días y por si eso fuera poco, vistiendo como un vulgar mozo de cuadra —la recrimino, asqueada de solo pensarlo.

—Además de aparecer en Londres, donde toda la sociedad estaba congregada de semejante guisa —añadió, Thomas, escandalizado —, no he pasado tanto bochorno en toda mi vida.

—Eres una perdida, ni siquiera las cortesanas querrán tu infame compañía.

—Tampoco es que fuera a relacionarme con ellas, precisamente —murmuro, no pudiendo evitar replicarla.

—Basta … —exclamo, Preston, enfadado, por su intervención tan inadecuada —, has traído la desgracia y el deshonor a esta familia.

—¿Y qué se supone que debería haber hecho, padre?

—Lo mismo que vuestra tía, tener la decencia de fallecer y no arruinar la reputación de tu familia, además de la tuya —le escupió, Lady Preston, mostrando todo el odio que sentía.

Susan acusó el golpe como un puñal clavado en su corazón, su propia madre la quería muerta.

Sabía que había quebrantado muchas normas para llegar hasta allí y que su familia no estaría de acuerdo con ello, pero de ahí a que hubieran preferido su muerte, a tener que enfrentar el revuelo que se originaría a su regreso, no lograba comprenderlo.

—Por suerte en unos meses no serás problema nuestro, sino de Wexton —declaro, Thomas, aliviado, volviéndose para rellenar su copa —. Él te enseñará como debe comportarse una Condesa.

—Gracias a Dios, no suelen visitar Londres con frecuencia —añadió, Lady Preston, aliviada por no tener que cruzarse con su hija en el futuro —, en aquellos parajes aprenderás la disciplina que has perdido y pagarás por tus pecados.

Susan se obligó a tragarse las lágrimas, clavándose las uñas en las palmas de las manos, tratando de mantenerse estoica, sin mostrarles el dolor que sentía.

—Que se vaya —le pidió a su esposo levantado la cabeza hacia él —, no soporto ni mirarla.

—Tranquilizaos, querida —la aconsejo, no sintiéndose nada cómodo, viéndola sufrir de esa manera —. Por qué no subís a descansar y así os recuperáis para la hora de la cena —la sugirió, tomando su mano, al tiempo que la ayudaba a levantarse.

—Sí, necesito descansar —concordó con él, arrastrando los pies por la alfombra.

Susan se movió a un lado para dejarla pasar, sin dejar de observarla, pero ella ni la miro, era como si hubiera dejado de existir.

Su propia hija.

Sintió que estaba a punto de desfallecer, cuando oyó la autoritaria voz de su padre, retumbar de nuevo en la estancia.

—Mañana celebraremos un pequeño funeral en honor de Lady Hamilton.

—¿Han encontrado su cuerpo? —le pregunto, esperanzada.

—Deberéis estar lista a las once para ir a la iglesia —continuo, sin responderla —, vestida debidamente para la ocasión —la advirtió —. Cuando regresemos con la comitiva,

fingiréis una indisposición y regresaréis a vuestro cuarto, donde permaneceréis hasta que todos los invitados se hayan retirado.

Susan no iba a protestar por eso, no tenía ningunas ganas de enfrentarse a toda la sociedad rural y la que llegaría de Londres, con la excusa del funeral, para examinarla.

Estaría mejor en su cuarto, lejos de todos aquellos chismosos, que solo estaban interesados en verter más veneno sobre ella.

—Ahora podéis retiraros, ordenaré que os suban las comidas hasta llegado el momento de salir para la iglesia.

—Sí, padre —le respondió, haciendo una ligera reverencia, antes de salir de nuevo al vestíbulo, donde la esperaba su doncella, para acompañarla a sus aposentos.

Era casi medianoche y aún no había conseguido alcanzar el sueño, permanecía allí de pie, mirando los jardines, desde su ventana, iluminados por la luna.

Puede que un paseo bajo las estrellas que adornaban el cielo, en todo su esplendor, aquella noche, la ayudara a conciliarlo, pensó, volviéndose hacia su armario, para tomar una gruesa capa de paño y bajar por las escaleras de servicio, para salir al exterior.

El funeral había sido, tal y como esperaba, una burda parodia, con todas aquellas personas que lo único que buscaban era regresar a sus casas con el chisme más sabroso acosta de ella.

Incluso un simple ataúd, de la más pobre madera, lleno de piedras, fue lo que sepultaron en su tumba.

Y lo peor, es que a nadie, parecía importarle lo más mínimo.

Salvo a ella, pensó, mientras subía al piso superior hacia su cuarto, siguiendo las órdenes de su padre.

Ni siquiera había tenido que fingir una indisposición, gracias al intenso dolor de cabeza que todo aquello le había provocado.

Solo esperaba que no tardaran mucho en llevarle la tisana que había solicitado antes de retirarse.

Paso ante la puerta de los aposentos de su tía y decidió entrar.

Todo estaba como ella lo había dejado, reconoció, recorriendo el cuarto con los ojos humedecidos.

Casi podía verla allí, sentada, delante del tocador, preparándose para la cena, mientras ella la observaba, sentada plácidamente sobre la cama.

Pero ya no estaba, pensó, dejando resbalar las lágrimas, tanto tiempo contenidas, por sus mejillas.

Se acercó a su sillón favorito, dejándose caer en él, presa de la pena que la embargaba.

—Milady —oyó que su doncella la llamaba desde la puerta —, imagine que estaría aquí, al no encontrarla en sus aposentos. Deseáis que avise a alguien para que encienda el fuego —la pregunto acercándose a ella, para dejar la tisana que había pedido sobre la mesa.

—Sí, por favor, hace demasiado frío aquí.

—Enseguida, tomaros la medicina antes de que se enfríe —la aconsejo, saliendo de nuevo al pasillo en busca de alguno de los lacayos, encargados de las chimeneas.

Susan se obligó a tomar la taza caliente entre sus manos, las tenía heladas, pensó, comenzando a notar la frialdad acumulada en aquella habitación en desuso.

Gracias a Dios, el lacayo no tardo en llegar y prender el fuego.

Poco a poco la habitación se fue caldeando de nuevo.

Dejo la taza sobre la bandeja y sus ojos depararon en la cesta de costura a los pies del sillón.

La tomo con cuidado y saco el almohadón que había estado bordando, con finas margaritas amarillas, formando un bello ribete.

Se acomodó un poco más y decidió seguir donde lo había dejado.

Terminar aquel bello almohadón sería su tributo, particular, a su memoria, decidió, enhebrando la aguja, perdida en sus recuerdos.

Capítulo 15

Y así fueron transcurriendo lentamente los días, sentía tanta calma en aquel cuarto, rodeada de las cosas de su querida tía, que poco a poco fue haciendo suyo.

Aislada del resto de la familia, con la cual solo coincidía en las comidas, único momento del día donde se la permitía acercarse a ellos, pero solo por salvaguardar las apariencias ante el servicio y que este no fuera por ahí, comentando su distanciamiento.

Unos suaves golpes en la puerta, hizo que levantara la cabeza de su labor y la girara hacia ella.

—Pase.

—Milady, el Conde, solicita su presencia en la biblioteca —dijo, su mayordomo, desde el umbral, esperando que se levantara para guiarla, hasta allí.

—Dígale que bajaré enseguida.

—Milady …

—Eso es todo, puede retirarse —le ordeno, con firmeza.

—Como deseéis, milady.

Susan esperó que se cerrase la puerta tras él, antes de dejarse llevar por el pánico.

Eso no podía ser bueno, se dijo, tratando de controlar los temblores que la invadían.

No había sido convocada ante su presencia, ni por cualquier otro miembro de su familia, desde que llegara.

Aunque que más podían hacer con ella, vivía como una ermitaña, encerrada, en su propia casa.

Solo se permitía salir a pasear por los jardines al amanecer o bien entrada la noche, por miedo a encontrarlos al doblar una esquina o peor aún, tropezarse con ellos en los pasillos, pensó, desesperada, al no saber qué la ocurriría.

Tomo varias respiraciones profundas, para calmarse, se colocó sus ropajes y levanto la cabeza muy alta, recordando, las últimas palabras que Matt la susurrara, repitiéndolas en voz

alta, para darse el valor que tanto necesitaba.

—No has hecho nada malo, no permitas que te convenzan de lo contrario.

Y con ellas en la cabeza, abandono el cuarto y bajo a la biblioteca, dispuesta a enfrentar su destino, fuera cual fuera.

—Ya estás aquí, te has tomado tu tiempo —la regaño, Thomas, nada más verla entrar, sin esperar siquiera a que las puertas se cerraran tras ella.

Su padre tan solo clavo en ella su mirada de acero, cargada de reproche, mientras esperaba que los lacayos salieran y cerraran las puertas.

—Tenemos cosas más importantes que hacer, que estar aquí, sentados, esperándote —se quejó, Lady Preston, acomodada en el diván, junto al fuego.

—Nadie dijo que fuera urgente —se atrevió a responder, con un hilo de voz, lo que hizo que su padre se enfadara aún más.

—Como era de esperar, los rumores han llegado hasta Wexton —anuncio su padre, blandiendo la carta que tenía en su mano, para que todos pudieran verla —. Y dadas las circunstancias y el escándalo en que te ves envuelta los condes, han estimado comunicarme, que ya no te consideran apropiada para su hijo y heredero.

—¡Han roto el compromiso! —exclamo, Lady Preston, horrorizada —, ya nunca podremos librarnos de ella, tendremos que seguir sufriendo por su disoluto comportamiento el resto de nuestras vidas —se lamentó, desesperada.

—Mira lo que has conseguido sobreviviendo a tu aventura. Ya ningún hombre de bien te tomará como esposa.

—Tampoco es para tanto, siempre existen terratenientes, enriquecidos con el comercio, deseosos de emparentar con la nobleza o caballeros que aceptarían a cualquier mujer, a pesar de sus máculas, con tal de llenar sus arcas —dijo, Preston, pensando en voz alta.

—Decidme que tenéis a alguien en mente, querido.

—Puede ser, he de hacer algunas pesquisas —la confirmo, sin llegar a comprometerse, ni dar más detalles de lo que planeaba —, por el momento, doblaré su dote y esperaré a ver quién viene a reclamarla.

—Sea quien sea, aseguraos de que se la lleve bien lejos de aquí.

—Por supuesto, hijo, cuanto más lejos, mejor, querido.

—Retírate —la ordeno su padre, pasando ante ella sin mirarla —, tengo mucho en lo que pensar.

Susan giró con cuidado de no tambalearse, mostrando así su debilidad y camino despacio de regreso al piso superior, en esta ocasión a su propio cuarto.

Sentía las piernas de gelatina, no supo ni como llego hasta allí, pensó, cayendo de rodillas sobre la alfombra, convulsionando y llorando a lágrima viva.

La iban a vender al mejor postor, a cualquier miserable, con tal de que se la llevara lejos de allí y no tuvieran que volver a verla en lo que la restara de vida.

Lo habían conseguido, la habían vencido, había intentado ser fuerte en honor a la promesa que le había hecho a Matt, pero la habían destruido.

Ya no la quedaban fuerzas para seguir luchando, ya no tenía nada por lo que vivir, quizás ellos tuvieran razón y lo mejor que la podía haber pasado, fuera perecer junto a su tía.

Ni siquiera oyó la llegada de su doncella, quien la ayudo a meterse en la cama, ni el tiempo que estuvo allí.

Ya no volvió a bajar al comedor, ni hubo nadie que la reclamara.

Pasaba sus días entre los aposentos de su tía y los suyos propios, recorriendo el corto pasillo como sonámbula.

Ni siquiera pasear por el jardín la atraía, su vida …, ya no tenía vida, ni deseos de vivirla.

Solo estaba allí, esperando al hombre que la desposara y se la llevara lejos de aquellas paredes que la asfixiaban.

Resignada con lo que la deparara el destino, solo fuera de aquella horrible casa, podría rehacer su vida.

Capítulo 16

Ya habían pasado seis días, cuando fue convocada de nuevo en la biblioteca, esta vez se dio prisa en acudir, pensando que su padre ya le habría encontrado esposo y con un poco de suerte le conocería.

Que Dios se apiadara de ella y fuera benevolente, con el caballero elegido, rogó, en silencio, cruzando las puertas de la biblioteca.

Lo primero que vio, fue a un desconocido sentado tras el escritorio, que la sonrió con calidez al verla entrar.

—Milady, permítame que me presente — la saludo con una ligera inclinación de cabeza, levantándose —. Soy Cooper Bronx, del bufete de abogados de Bronx e hijos, a quien Lady Hamilton le confió sus asuntos.

—Señor Bronx —le saludo a su vez.

—Por favor, si es tan amable de tomar asiento, milady —la invito, señalándole la butaca libre, al lado de su madre, frente al escritorio.

—No entiendo por qué es necesario que ella esté aquí —protesto, Preston, molesto con la insistencia del abogado, pese a su renuncia a que se la avisara.

—Todo a su tiempo, milord, lo comprenderán en un momento.

—Pues dese prisa, ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Como les iba diciendo, al fin, se ha podido confirmar oficialmente el fallecimiento de Lady Hamilton, en la posada del Jabalí Azul, con motivo de la riada producida hace como un mes, en la localidad de Hatfield, y que por desgracia tantas vidas arraso a su paso.

—¿Han encontrado su cuerpo?

—Sí, entre los escombros del edificio, aunque bastante descompuesto, aún podía ser reconocible.

—Ahora podremos recuperarlo y darle sepultura.

—Uf, por favor, creo que me voy a desmayar con solo imaginarlo —exclamo, Lady Preston, horrorizada, tapándose con su blanco pañuelo de seda, como si pudiera oler desde allí la

putrefacción a la que se refería.

—Ahórrenos los detalles, señor —le ordeno, Preston, airado —y más con una dama presente a la que no queremos herir sus sensibilidades.

—Gracias, querido, por tu consideración. Está claro que algunos no saben tener delicadeza ante una Dama —replico, Lady Preston, taladrando al señor Bronx con la mirada.

—Me temo que eso no es posible, milady —continuo, ignorándolos a ambos, fijando su mirada en Lady Susan —, dado su estado, lo único que se ha podido hacer con su cadáver, es enterrarlo en el campo santo, tras la iglesia, con una discreta lapida identificativa.

—Gracias —le agradeció que la respondiera, a pesar de la protesta de los Condes y el desprecio que mostraban hacia su adorada tía.

—Por lo que tan solo nos queda el trámite de la apertura de su testamento, motivo por el que me encuentro aquí.

—Para lo cual no es necesario la presencia ni de ella, ni la de mi esposa, ya que como cabeza de familia me corresponde a mí ocuparme de estos asuntos.

—Me temo que no es el caso, milord, en este asunto en particular no le corresponde a usted ocuparse de nada.

—¿Qué quiere decir con eso? —intervino, Thomas, quien había permanecido cayado hasta el momento.

El señor Bronx se tomó su tiempo, sacando de su cartera un gran sobre, abriéndolo con lentitud.

Que familia tan desagradable, pensó, podía notarse su desprecio hacia su propia hija y hermana, en cada una de sus palabras y eso que en su trabajo, por desgracia, había tratado con todo tipo de personas.

Pero personajes así le ponían de los nervios, incluso podrían hacerle perder los estribos si se lo permitía, algo que no estaba dispuesto a hacer, por lo que se tomó unos minutos para armarse de paciencia, antes de continuar.

—Lady Hamilton, una Dama muy peculiar, si se me permite decirlo —comenzó, dejando escapar un tono de admiración en su voz —, nombro a Lady Susan Preston como única heredera de todas sus pertenencias, así como de su patrimonio —pauso unos segundos para darles tiempo a entender lo que eso significaba —. La cual al ser mayor de edad, según las leyes vigentes en Inglaterra, no precisa de ningún tutor o familiar cercano que las administre en su nombre. —quiso recalcar ese hecho en particular —, dejo instrucciones precisas para que solo ella pudiera administrarlo, no necesitando así de ningún varón para disponer de lo que es suyo, sin coacción

alguna.

—Está usted bromeando. Yo soy el cabeza de familia y todo me pertenece —estalló, Preston, rojo por la furia que le consumía.

—Dejémosle hablar padre, es posible que no hayamos entendido bien sus palabras —le propuso, Thomas, empezando a ver a lo que se refería.

Ya había escuchado algún caso así en Londres, hace unos años.

—Por el amor de Dios, Thomas, la autoridad de tu padre en esta casa es incuestionable.

—Continúe, señor Bronx, continúe —le invito, entre dientes tragándose su ira.

—Por supuesto, milord —le dijo, volviéndose a mirar a Lady Susan —. Dado que las Leyes de Inglaterra no permiten a una mujer tener dinero propio, así como posesiones, pero las de Escocia son más permisivas. —les explico —Lady Hamilton ordeno que se depositará todo su dinero en el banco de Edimburgo a su nombre, cuya cantidad asciende a cerca de dos millones de libras, para su libre disposición, he de informarla que este banco posee una sucursal en Londres, desde la cual podrá acceder a su dinero sin ninguna limitación, ni consentimiento de nadie —concluyo, mirando directamente al Conde, esperando el estallido de su ira.

Susan no podía creer lo que estaba oyendo, si le había entendido bien, disponía de dinero propio más que suficiente como para el resto de su vida y sin que su familia pudiera controlarlo, gracias a su tía.

Ya no dependía de ellos para su subsistencia, ni tenía porque soportar su tiranía.

Noto como el señor Bronx volvía a retomar la conversación y se obligó a prestar atención a lo que decía.

—Además de numerosas acciones de varias minas de carbón, así como de vales del tesoro, tanto en Inglaterra, como en Escocia y América, los cuales han sido depositados a su nombre en dicho banco. Y le generarán unos ingresos anuales de unas doscientas mil libras aproximadamente.

—Uf, quien iba a imaginar que la vieja cacatúa, disponía de semejante fortuna —exclamo, Thomas, asombrado.

—La cual ahora pertenece a tu hermana —le recordó, Lady Preston, advirtiéndole que guardara silencio, sus discrepancias no eran asunto de aquel abogado, además de que podría perjudicarlos en el futuro.

Susan, bajo la cabeza y apretó los puños sobre sus rodillas, temiendo perder el control al escucharle, referirse a Lady Hamilton de esa manera.

No les daría la satisfacción de ponerse a gritar, como una verdulera, lo que pensaba de él, delante de extraños.

Ya tendría la oportunidad de dejarles claro su desprecio con mayor discreción.

—Por otro lado, la mansión que poseía en Mayfair, así como la de la costa, también han sido escrituradas a su nombre y registradas oficialmente en Edimburgo, así como un inventario con todo su contenido y objetos personales —la explico, pasándole un inventario de los enseres.

Susan lo leyó por encima, antes de preguntarle.

—¿Y ahora qué?

—Tan solo tiene que firmar estos documentos y todo será suyo —la respondió, señalando el espacio en blanco donde debía estampar su firma.

Susan tomó la pluma, bien afilada a pesar de su desuso, ya que nadie utilizaba ese escritorio en la casa, y firmo donde le pedía sin pensárselo dos veces.

—Ahora le haré entrega de mil libras para sus primeros gastos —dijo, tendiéndole el sobre que transportaba.

Preston trato de tomarlo en su lugar, pero ella fue más rápida y se apresuró a guardarlo en el bolsillo interior, de su práctico vestido de lana, manteniéndolo apretado entre su puño.

—Pues con esto hemos acabado —dijo, Bronx, poniéndose en pie, al tiempo que recogía sus cosas.

—Por supuesto, nuestro mayordomo le acompañará hasta la puerta —dijo, Preston, aliviado por su marcha —, yo debo contactar inmediatamente con mis abogados para que redacten los documentos necesarios, para que todo sea transferido cuanto antes de nuevo a la familia tal y como debe ser.

—No —grito, Susan, al oírle, saliendo corriendo de la biblioteca —, señor Bronx, señor Bronx —le llamo desesperada.

—Sí, milady —se volvió justo cuando cruzaba la puerta, hacia ella.

—Por favor, no me deje aquí o me lo quitarán todo —le suplico.

—Milady, yo poco puedo hacer al respecto.

—Tan solo permítame que le acompañe —le suplico, con lágrimas en los ojos —por favor, acompáñeme arriba, prepararé una bolsa rápida y me iré con usted, prometo no

entretenerle más que unos pocos minutos.

—Por el amor de Dios, como puede comprobar mi hija, ha perdido completamente la cabeza —aseguro, Preston, saliendo tras ella —, llamaré a un médico inmediatamente para que la examine.

—Por supuesto, nos aseguraremos de que obtenga los mejores cuidados —corroboró, Lady Preston, tras él, aprovechando la oportunidad de poner en tela de juicio, su salud mental —. Mi pobre hija no ha sido la misma desde que regreso —añadió, fingiendo una pena que estaba muy lejos de sentir.

Susan notó como su doncella, discretamente, salía al exterior, cargada con una bolsa de viaje, bendita fuera, la agradeció en silencio, volviendo a fijar su atención en el señor Bronx con ojos suplicantes.

—Por supuesto que puede usted acompañarme, milady —la dijo, percatándose de la sirvienta que había pasado a su lado.

—Gracias.

—Nos vamos.

Susan no lo pensó dos veces y cruzo el umbral, subiéndose al coche que los esperaba, sin vacilar.

Tras ella podía oír las voces de su familia, intentando detenerla, pero ya no las escuchaba.

Se había librado de ellos para siempre, gracias a su amada tía.

Bronx la observo en silencio, sentado frente a ella.

—Es tarde por lo que me propongo pasar la noche en la posada de Woking y reanudar la marcha al amanecer —la informo de cuáles eran sus planes.

—Por mí está bien, cualquier cosa con tal de salir de esa casa.

—Entonces estamos de acuerdo.

Y ambos volvieron a caer en un cómodo silencio, perdidos en sus propios pensamientos.

Capítulo 17

Susan le había dicho la verdad, solo deseaba salir de allí, llegar a Londres e instalarse en la casa de su tía, lejos de ellos y de su denigrante trato.

Necesitaría un tiempo para poner en orden su vida, pero ahora podía permitírselo, gracias a su tía y pensaba hacerlo, no aceptaría la presión de nadie, ni tomaría ninguna decisión sobre su futuro, hasta que no se sintiera preparada para hacerlo, se prometió a sí misma, decidida a seguir su propio camino.

El sonido del traqueteo de las ruedas sobre la calzada de piedra del patio de la posada, saco a Susan de sus pensamientos, devolviéndola al presente.

—Agradezco mucho que me haya traído hasta aquí, pero no deseo ser una carga para usted, por lo que a partir de ahora seguiré por mi cuenta.

—Como deseéis, milady, ha sido un placer serviros —la contesto, sin comprometerse a nada.

Hacía tiempo que había aprendido que en su oficio era necesario mantenerse neutral y no tomar partido en las trifulcas familiares, si deseaba servir bien a su representado, se recordó, apartando sus sentimientos a un lado.

—De todas maneras, si cambiáis de idea y decidís acompañarme, saldré tras el desayuno.

—Gracias, señor Bronx, pero he de aprender a valerme por mí misma.

—Como deseéis.

El carruaje se detuvo y ambos descendieron.

—Permítame un consejo, Lady Susan.

—Por supuesto —le dijo, sorprendida, parándose ante la escalinata de la puerta, para poder volverse a mirarle.

—Aunque su herencia está garantizada, pero en vista de lo que he podido presenciar, la aconsejo que visite un abogado, para tomar cuanto antes algunas precauciones extras, que la salvaguarden de futuros ataques.

—Teme que puedan apropiarse de todo —afirmo, al oírle, como confirmaba sus temores,

sintiendo como si un jarro de agua fría le hubiera sido arrojado sobre la cabeza.

—Existe la posibilidad de que no jueguen limpio para conseguir sus fines, pero hay formas en las que puede protegerse, milady.

—Puedo contar con que su bufete, y en especial, en que usted se ocupe de mis asuntos, de aquí en adelante, señor Bronx —le pregunto, temiendo que la rechazara y tuviera que buscar a alguien de confianza, para defender sus intereses.

—Estaremos encantados de contarla entre nuestros clientes, milady —la contesto con sinceridad, deseoso de poder ayudarla —. Y he de decirle que es una sabía decisión, ya que hemos ayudado a otras mujeres en su situación, el cual es el motivo por el que Lady Hamilton nos eligió, además de que conocemos su caso a la perfección.

—Gracias, señor Bronx, es un alivio poder contar con usted y sus sabios consejos.

—De nada, milady, ahora si hemos terminado, deberíamos entrar, parece que la lluvia comienza a arreciar —la sugirió, ascendiendo la escalinata y abriendo la puerta para ella.

Susan levantó la cabeza, sorprendida, para mirar el cielo oscurecido, ni siquiera se había dado cuenta de que lloviera, lo que decía mucho de su estado en esos momentos.

Se ajustó su capa, lo mejor que pudo, para protegerse del agua y subió tras él.

Lo primero que vio, tras quitarse la capucha en la entrada, fue a Matt, colocado a un lado de la puerta, como si la estuviera esperando.

—Matt.

—Lord Chapman —oyó que el señor Bronx decía a su espalda.

—Señor Bronx, es un placer saludarle —dijo, volviéndose hacia él, con la mano extendida —, me ha parecido que viajan ustedes juntos.

—Solo hasta aquí —le confirmo, Susan —. El señor Bronx me ha ayudado a salir de casa de mi padre, algo que no hubiera conseguido sin él, por lo que le estaré eternamente agradecida.

—Esa parece ser una historia interesante, la cual, me encantaría escuchar —le confesó, con curiosidad.

—Que pueden dejar para más tarde, les aconsejo que vayamos a registrarnos cuanto antes, ya que, debido a la lluvia, son muchos los huéspedes que están llegando.

—Tiene usted toda la razón, señor Bronx, vamos —dijo, ofreciéndole el brazo a Lady Susan para guiarla hasta la recepción.

—Por supuesto —contesto, aceptándolo sin ningún reparo.

—Buenas tardes, deseamos tres habitaciones para pasar la noche y un saloncito privado —le pidió, Chapman, al posadero.

—Me temo que solo quedan dos habitaciones individuales libres y todos los salones ya ha sido reservados, milord.

Chapman hizo un gesto de frustración al oírle.

Uno de ellos tendría que dormir en el salón principal, siendo un caballero, debería ceder su habitación al señor Bronx, ya que era más mayor y acababa de hacerle un gran servicio a Susan, por lo que estaba en deuda con él, pensó, contrariado, volviéndose hacia Susan al oírla tomar la palabra.

—Dos habitaciones comunicadas por una salita, tendría usted.

—Me quedan dos de ellas, milady.

—Pues nos quedamos con una de ellas y una individual para el señor Bronx, por favor —anuncio, sorprendiéndolos a ambos —¿qué?, es más ético y menos inmoral que una cabaña de pastor en medio de un campo de pastos.

—No pienso discutir eso —concordó, Chapman, con ella, mientras esperaban que se hicieran los registros.

—No sé de lo que están hablando, pero tampoco quiero saberlo —declaro, Bronx, sintiéndose un poco incómodo —, si me disculpan, subiré a asearme un poco antes de la cena.

—Que pase una buena noche, señor Bronx, y de nuevo gracias por todo.

—Lo mismo la deseo, milady, ha sido un placer —la respondió, pasando ante ella, tras la doncella que le acompañaría arriba —. Milord.

—Buenas noches.

Susan se sobresaltó al oír al posadero hablar de nuevo.

—En unos minutos sus habitaciones estarán listas —les informo —, si desean tomar algo mientras esperan.

—Dos pintas, por favor.

—Bien, mi hija se las llevará enseguida, milord.

—Sentémonos mientras esperamos.

—Una gran idea —corroboro, Susan, pasando ante él, entre las mesas, directa hacia una mesa junto a la ventana, desde donde se podía ver el exterior.

Chapman fue tras ella en silencio, miles de preguntas rondaban por su cabeza, pero su instinto le decía que debía esperar para hallar las respuestas que requerían.

—Ha sido una grata sorpresa encontrarnos aquí —le confesó, sintiendo como se ruborizaba.

La verdad es que había pensado mucho en él, en sus consejos, en muchas ocasiones hubiera dado lo que fuera por poder hablar con él, contarle sus problemas y pedirle que la ayudara, que la sacara de entre esas cuatro paredes en las que mal vivía, para llevarla muy lejos.

Le había echado de menos, tuvo que reconocer para sí misma.

—La verdad es que me dirigía hacia vuestra casa para veros —le confesó, observando muy atento a su reacción.

Susan se sorprendió al escucharle y se sonrojó aún más.

—No me imagino para que desearais visitarme.

—Eso es algo que os explicaré más tarde, en un lugar más privado, sin tantos oídos a nuestro alrededor.

—Muy bien, pero decirme que ha sido de la señorita Scott y vuestro primo —le pregunto, siendo muy consciente de repente, de la expectación que habían levantado a su alrededor.

Era como si todo el salón estuviese pendiente de ellos, susurrando, entre dientes, con la esperanza de oír sus palabras.

Chapman acepto de buen grado el cambio de conversación y comenzó a contarle como la señorita Scott, había tenido que escapar de Londres y Anthony se había exiliado el mismo, aunque sin entrar en muchos detalles, que a ninguno de los que los observaban era necesario darles.

Tras más de media hora y habiendo dado buena cuenta de las pintas que les habían servido, el posadero, se acercó a ellos para acompañarles a sus aposentos.

—Sus equipajes llegarán enseguida —les informo, una vez tomo, nota de la cena que deseaban.

Chapman le acompaño a la puerta y cerro tras él.

—Por fin solos —exclamo, Susan, sintiéndose libre de todos aquellos ojos que no dejaban de mirarla —. Os importa que me adecente un poco antes de la cena —le pregunto, yendo hacia la puerta, tras la cual se encontraba su dormitorio.

—Por supuesto que no, yo haré lo mismo.

Y ambos desaparecieron un buen rato, cada uno en el que sería su dormitorio.

Cuando regresaron descubrieron que alguien había entrado en la sala y les había servido la cena, por lo que se dispusieron a dar buena cuenta de ella en silencio.

Capítulo 18

Matt se volvió con dos copas de brandy en la mano y se acercó a ella, antes de acomodarse en el otro, único sillón, frente a la chimenea.

—¿Y bien vais a contarme que os traía a visitarme?

Matt se tomó unos minutos saboreando su licor, en silencio, antes de responderla.

—Leí en el periódico la ruptura de vuestro compromiso con Wexton.

—¡Vaya! —exclamo, sorprendida, la verdad es que esperaba que no se hubiera hecho público aun cuando llegara a Londres.

—Las cosas se están poniendo feas para vos, los rumores sobre nosotros son cada vez más absurdos y están en boca de todos.

Susan no se sorprendió al oírle, esperaba algo así a comienzo de la Temporada, aunque no ahora, hubiera querido tener la oportunidad de establecerse antes de enfrentarse a ellos.

—No deberían estar todos en sus fincas pasando el invierno —se preguntó, en voz alta.

—Deberían —concordó con ella —, pero algunos incluso han regresado a la ciudad, para estar al día de lo que acontece.

—Es peor de lo que me imaginaba —le confesó, pensativa, sin saber muy bien como debería manejarlo.

—Y el desaire de Wexton ha terminado de arruinaros completamente.

Susan se quedó mirando el ámbar de su copa de brandy, ensimismada.

—Que pasáramos tres noches solos, sin la compañía adecuada, es el mayor desprestigio que una joven dama en edad casadera puede recibir y más cuando ninguno de los caballeros era su prometido.

—¿La señorita Scott también está siendo acosada de esta manera?

—No, ella no pertenece a la nobleza, por lo que no es digna de su atención, prefieren centrarse en vos y en mí.

—Y en Lord Henderson, supongo.

—No, tan solo en nosotros dos.

—No entiendo, los cuatro estuvimos juntos todo el tiempo ante sus ojos —reflexiono en voz alta —. No lo comprendo.

Matt se la quedó mirando en silencio, esperando que continuara, pero parecía estar perdida en sus pensamientos, abstraída con las llamas del fuego, que danzaban iluminando su cara de ángel, desafiando la oscuridad de la noche.

—Por algún loco motivo, incomprensible para mí, esperan que nos casemos.

Susan se volvió hacia él con la boca abierta, no podía estar hablando en serio, pensó, la sociedad no podía empujarlos a un matrimonio entre ellos, debía de estar confundido.

Eso era absurdo.

—Incluso se apuesta en los Clubs, cuando será el feliz acontecimiento —le confesó, observando muy de cerca su reacción.

—Increíble —comento, horrorizada, de que las cosas hubieran llegado tan lejos —. A eso habéis venido, ¿verdad?

—Soy un caballero —afirmó, tajante —si por mi conducto la reputación de una Dama se ve arruinada. Es mi deber restaurarla.

—Entiendo.

Pero en realidad no entendía nada, eran poco más que dos desconocidos.

Exactamente igual que Wexton lo era para ti y aun así aceptaste su propuesta, se recordó, aunque al ser un noviazgo largo tenía la esperanza de conocerse algo más antes de compartir lecho, se dijo, justificando así su decisión.

—Me estáis proponiendo matrimonio —afirmo, sin un ápice de duda en la voz.

—De manera poco convencional, pero sí, —le confirmo —, es la única forma en que podáis volver a la sociedad con la cabeza bien alta.

—Y vos no quedaréis como el villano que se desentendió de la Dama a la que había mancillado.

—Estaba seguro de que lo entenderías —replico, satisfecho —. Ahora solo nos queda buscar una iglesia donde pronunciar los sagrados votos.

—Habéis traído una licencia especial —afirmo, sin ningún atisbo de duda —. Debí suponerlo.

—Por supuesto, el obtenerla fue lo que retraso mi viaje —la confirmo —. El arzobispo y el obispo se encontraban fuera de la ciudad y tuve que esperar a que regresasen —la explico el motivo por el que había tardado tanto en ir a su encuentro.

—Hombre prevenido vale por dos.

—Exacto.

Ambos se quedaron en silencio un buen rato, perdidos en sus propios pensamientos.

Matt se sentía contento con el transcurso de la conversación, casi feliz, estaba seguro de que ella no lo rechazaría.

La verdad, que tomar a Susan por esposa no le disgustaba, era una mujer valiente, fuerte, con un poder de adaptación ante las adversidades que no podía dejar de admirar.

Era algo más que una cara bonita, en realidad muy hermosa, con la que gozaría en el lecho, sin lugar a dudas, pensó, sintiendo como su libido se despertaba inoportunamente, solo con pensar en semejantes prácticas con esa mujer.

Pero también era una mujer inteligente con la que poder conversar las largas noches de invierno.

A quien poder confiar sus más oscuros secretos, con la certeza de que nunca los revelaría.

Sería una gran compañera y estaba satisfecho con su elección, aunque hubiera sido forzado por las circunstancias a tomarla.

Además de que por algún motivo que desconocía, la había echado de menos, durante esas pocas semanas, que habían permanecido separados.

Sobre todo, dormir con ella entre sus brazos, tuvo que reconocer para sí mismo, las noches ya no eran lo que antaño, sin ella.

—No me habéis respondido —dijo, dándose cuenta de repente de su silencio.

Susan se giró hacia él para poder mirarle a los ojos.

—Permitirme que os cuente como han sido mis días desde que nos separamos —le pidió, con la esperanza de que así pudiera comprender mejor su respuesta.

—Por supuesto, os escucho.

Susan apuró de un trago su copa, antes de comenzar a relatarle su calvario, extendiéndose más de lo que tenía pensado en un principio decirle, pero necesitando sacar todo ese dolor y desilusión de su interior.

Él la comprendería y no la juzgaría por ello.

Matt era ese tipo de persona y lo admiraba por eso.

Sería un buen marido, nunca la dejaría sola, cuando lo necesitara, a la vez que un buen padre, para sus hijos, a los cuales defendería a capa y espada, ante cualquier adversidad, nunca los repudiaría por sus actos, ni les desearía ningún mal.

Aunque el resto de la sociedad los condenara, solo para salvar su propia reputación y el honor de la familia.

Era un gran hombre al que le confiaría su vida, algo que ya había hecho y él había valorado y defendido como se merecía.

Sería un maravilloso esposo, no tenía ninguna duda de ello.

Matt adoptó su porte más aristocrático, ocultando cualquier emoción que sus palabras pudieran despertar, en él, esperándose lo peor.

No se engañaba a sí mismo, al desear que hubiera sido tratada justamente, tal y como se merecía.

No con ese nido de víboras que tenía por familia.

Y no se equivocaba.

Susan guardó silencio por un momento, justo a la llegada del señor Bronx, todo eso era muy reciente, apenas la tarde anterior y necesitaba darle un poco de sentido a lo acontecido antes de continuar.

—Pero nada de eso explica tu regreso a Londres con el señor Bronx —apuntó, al ver su silencio.

—Dame un minuto, por favor, todo ha pasado demasiado rápido para mí.

—Claro —dijo, poniéndose en pie y tomando su copa para ir a rellenarlas, tenía la sensación de que ambos las necesitarían antes de que acabara la noche.

Susan le agradeció el gesto, un poco de brandy la ayudaría a poner en orden sus

pensamientos y calmar sus nervios.

—El señor Bronx se presentó hoy, tras el almuerzo, con la mayor de las sorpresas. Tendrás que perdonarme si no soy muy coherente, aún estoy tratando de asimilar lo mucho que ha cambiado mi vida en las últimas horas —le confesó, sonrosándose avergonzada.

Matt no dijo nada, tan solo se limitó a sentarse de nuevo, lleno de curiosidad y preocupación a partes iguales.

—A ver como te lo explico —le dijo, tratando de decidirse —, resulta que Lady Hamilton, mi tía, me dejo todas sus cosas a mí, a pesar de ser una mujer, a través de no sé qué leyes escocesas —le resumió, lo que el señor Bronx, les había contado —, así que ahora soy una Dama muy rica por derecho propio —le dijo, sintiéndose orgullosa de ello por primera vez —, algo que no ha sentado demasiado bien a mi familia.

—Ya supongo que tu padre esperaba añadir ese capital a las arcas de la familia —la dijo aún sorprendido, aunque ya había oído hablar de un caso parecido, que si no recordaba mal, también pertenecía al mismo bufete de abogados.

—Exacto, por lo que pretende que firme ciertos documentos, cediéndoselo todo a él —exclamo, aliviada al ver que lo había entendido.

—A lo que te negaste rotundamente —afirmo, seguro de ello.

—Sí, entonces mi madre insinuó que desde nuestra aventura había regresado a casa con evidentes signos de locura —le dijo, enojada de nuevo con su progenitora.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes —le confirmo, tratando de dominar su ira —, por lo que le rogué al señor Bronx que me permitiera acompañarle hasta aquí.

—Bien hecho —la dijo con un deje de admiración en la voz, por su rápida respuesta.

Esa mujer era aún más increíble de lo que pensaba.

Sería una gran esposa para cualquier caballero que no intentara cortar sus alas, sentencio, esperando ser el caballero elegido.

—Un motivo más para celebrar nuestras nupcias cuanto antes —declaro, decidido a ir a buscar él mismo al párroco, en ese momento, a pesar de la que estaba cayendo en el exterior —. Una vez seáis mi esposa, vuestra familia no podrá poner sus manos en vuestro dinero, ni acusaros de nada.

—No —le contesto con pesar.

—¿Qué queréis decir? —la pregunto, sintiendo como su euforia por tomarla esa misma noche se desvanecía ante sus ojos.

Susan se levantó despacio y comenzó a recorrer de un lado a otro la habitación, tratando de poner en orden sus pensamientos.

—No estoy diciendo que no me casaré con vos —comenzó, tratando de explicarse —, aunque tampoco que lo haré algún día. Es solo que …

Matt no podía apartar la mirada de su desolada figura, tenía mil cosas que decir para presionarla, sabía que podía conseguir un sí con las palabras adecuadas, pero algo en su interior lo refrenaba a utilizarlas, porque esa no era la forma en que quería comenzar su vida juntos.

No podía chantajearla, él deseaba que lo eligiera libremente como su esposo, no como un medio para solucionar sus problemas, pensó, dándose cuenta por primera vez de ello.

Irónico, pensó, irónico, atragantándose con su propia risa.

Él había viajado hasta allí, precisamente para eso.

Ser su medio de acallar y restaurar su reputación ante la sociedad y ahora que estaba allí sentado frente a ella, a punto de ser rechazado, se daba cuenta que no deseaba eso, sino ser para ella algo más que su salvador.

¿Qué le estaba ocurriendo?, ¿qué tenía aquella mujer para despertar en él tal anhelo?, se preguntó, examinándola más detenidamente, a través del líquido de su copa, buscando una respuesta, sin encontrarla.

Sacudió levemente la cabeza, tratando de concentrarse de nuevo en la conversación.

—¿Qué vais a hacer? —se obligó a preguntar temeroso de su respuesta.

—Aún no lo sé —le confesó —. Casarme con vos sería la salida fácil que todos esperarían, que tomara una mujer en mi situación —reflexiono en voz alta, dando forma a sus pensamientos —. Traspasaros mis problemas y olvidarme de ellos —continuo —, para volver a una vida despreocupada de reuniones sociales y tardes de té, donde mi única preocupación fuera mi peinado y cual sería el próximo vestido que luciría.

Matt se obligó a mantenerse en silencio, sintiendo como cada una de sus palabras la alejaba un poco más de él.

—Y puede que la Susan del pasado hubiera sido feliz el resto de su vida con eso.

—Pero ya no —termino por ella, con la certeza de que la había perdido.

—Ya no, la Susan que sobrevivió a aquella pesadilla no sería feliz con tan poco —le confirmo sus temores —, solo espero que lo comprendas, no es que no desee ser tu esposa, es que en este momento de mi vida no puedo serlo.

—Lo comprendo, necesitas tiempo para superar todo lo ocurrido y encontrarte contigo misma —la respondió, esperando aliviar en algo su preocupación —, tranquila, ven a sentarte.

Susan sintió como sus ojos se abnegaban de lágrimas, por aquel hombre tan maravilloso, con el que tan solo había vivido malos momentos, pero que sin él nunca los hubiera superado.

Él era su fuerza, su roca, su bastón de apoyo y en algún momento, en medio de toda aquella locura, le había entregado su corazón, sin remedio.

Una lágrima solitaria se escapó de su cautiverio al comprenderlo.

Le amaba y por eso no podía ser su esposa, mientras se sintiera rota por dentro.

Él no se merecía eso.

Se volvió hacia él y camino hacia su asiento, se sentía tan cansada, tan sola, que la costaba respirar.

Necesitaba sentirle cerca, que la abrazara como aquellas noches, en medio de la lluvia y la asegurara que todo iba a salir bien, que no dejaría que nada malo la sucediera, aunque ambos sabían que era mentira y él nada podía hacer contra la fuerza de la naturaleza.

Puede que las circunstancias les hubieran privado de estar juntos, pero esa noche era solo para ellos, pensó, sentándose en su regazo y apoyando la cabeza sobre su hombro, para escuchar el fuerte latido de su corazón.

Un recuerdo al que aferrarse cuando ya no estuviera a su lado.

Tan solo una noche.

Matt la rodeo con sus brazos y la atrajo más cerca, junto a su pecho, sintiendo la paz que siempre le transmitía con tan solo tenerla entre sus brazos.

Esa sensación de poder respirar de nuevo, cuando se ahogaba por dentro.

Esa era la mujer con la que quería compartir su vida y lucharía por ella, se prometió a sí mismo, cerrando los ojos, apoyando su mentón sobre su pelo, donde podía disfrutar de su aroma a lavanda y archivarlo en sus recuerdos.

Capítulo 19

Susan se acurrucó aún más junto a él, el sonido de los truenos en la distancia y la lluvia torrencial golpeando en las ventanas, ya no la hacían temblar de temor.

Se estaba tan bien allí, que se quedaría toda la vida, pensó, separando la cabeza de su hombro para poder mirar, aquellos carnosos labios tan cerca de los suyos, que no dejaban de susurrarle “atrévete a probar”, haciendo que la tentación por saborearlos fuera más fuerte que su determinación a comprometerse con él de ningún modo por el momento.

Solo necesitaba tiempo para descubrir quién era en realidad antes de tomar una decisión como aquella, que volvería a ponerla bajo la sombra de un hombre, aunque este fuera Matt y le hubiera entregado su corazón, sin saberlo, hasta esta noche.

Matt se obligó a permanecer inmóvil a pesar de que se moría por tomar su boca, tenía que ser ella quien iniciase el beso, se repetía una y otra vez, tratando de sofocar su libido que cada vez le hacía sentir más y más apretados los pantalones.

Si no conseguía dominar su pasión, terminaría asustándola o lo que era peor, tomándola, como a cualquier otra cortesana, sobre aquella raída alfombra, en lugar de la Dama que era.

Sintió su leve movimiento acercándose a él, antes del suave roce de sus labios contra los suyos, seguido del murmullo de placer que escapo al viento al retirarlos.

Tan solo fue un ligero roce que le incendio las entrañas, haciéndole temblar desvalido.

Susan le miro con curiosidad, sentía el férreo control que intentaba ejercer sobre sí mismo, así como su pasión apretada contra su muslo.

Por un instante se sintió la mujer más poderosa del mundo, poner de rodillas a un hombre como él, experimentado y con las mujeres más hermosas de todo Londres a su disposición, la llenaba de vanidad.

—No me casaré contigo —le recordó, asegurándose de que no lo olvidara.

—No tomaré tu honra sin mi anillo en tu dedo —la prometió, pese a la pasión que lo consumía.

Susan volvió a rozar sus labios con inocencia, pero esta vez Matt se hizo con el control, llevando su simple toque a un nivel más profundo que la hizo suspirar de placer entre sus brazos.

Algo que Matt no desaprovecho apoderándose de su boca por completo, enseñándola a bailar con él, al ritmo que la marcaba.

La necesidad de aire hizo que se separaran.

—Hay muchas cosas que podríamos hacer sin que tu virtud sea arrebatada —dijo, con la respiración rasposa, rezando en silencio para que aceptara.

Susan le miro sin comprender, era demasiado nueva en esos menesteres, al igual que en otros muchos de la vida, según había descubierto recientemente.

—Puedo enseñároslo, si lo deseáis —insistió, al ver su silencio.

—Hacedlo, pero debéis saber que aunque tomarais mi inocencia, no me casaré con vos —le advirtió, decidida a dejarse llevar por aquello que sentía, hasta las últimas consecuencias, pero sin concederle su mano.

Eso era todo lo que Matt necesito para ponerse en pie, con ella en brazos y llevarla a uno de los dormitorios.

Besándola apasionadamente antes de dejarla caer sobre la cama.

—Necesitamos un sitio más cómodo para poder disfrutarlo.

—No sé, había oído que también se podía practicar fuera del lecho.

—¿Dónde habéis oído eso? —la pregunto, fingiendo estar escandalizado ante la idea.

—Oh, no, eso no pienso decíoslo —le contesto —. Una mujer ha de mantener a salvo sus secretos.

—¿Secretos?, Lady Susan, antes de que acabe la noche, recorreré con mis manos, todos y cada uno de vuestros secretos —la prometió, provocándola un estremecimiento de placer que estuvo a punto de acabar con la poca cordura que conservaba.

—¿Y yo podre hacer lo mismo con vos? —le pregunto, relamiéndose los labios, anhelando el sabor de su piel en ellos.

—Esta noche no, pequeña bruja, pero la próxima vez, estaré por entero a vuestra merced.

—Si es que hay una próxima vez.

Matt no pudo sofocar la suave risa que escapo de su garganta al oírla.

—La habrá, milady, os lo prometo —dijo, antes de apoderarse de nuevo de sus labios, en

un beso abrasador, que los llevo a ambos a la locura.

Susan sentía arder sus manos, necesitaba sentirle cerca, tocarlo de alguna manera.

Metió sus manos entre sus hombros para sentir el calor que emanaba por encima de su camisa, necesitaba más, pensó, desesperada, tirando de la chaqueta hacia atrás tratando de quitársela.

Matt rompió el beso con un gruñido de placer, al ver lo que pretendía, se incorporó un poco sobre ella y se desprendió él mismo de la prenda que tanto la molestaba.

—Mejor —la pregunto con picardía.

—Umm, ven aquí —le suplico, ansiosa por tocarle.

—Dios, ojalá, pudiera dominarme si os lo permitiera, pero estoy seguro de que no será así, os deseo demasiado —dijo con pesar, desatando el nudo de su pañuelo para quitárselo —. Perdonarme.

—¿Qué vais a hacer con eso? —le pregunto, confundida, viendo como se acercaba a ella decidido.

—Asegurarme de que no perderé el control por el roce de vuestras manos en mi piel —dijo, tomándolas por las muñecas, para atarlas a la cama por encima de su cabeza.

—Eso no es justo —protesto, retorciéndose, intentando liberarlas.

—Tampoco lo es que me torturéis hasta la locura —la aclaro, con la voz cada vez más ronca, sintiendo su cuerpo bajo el suyo, completamente a su merced.

Con manos temblorosas la desabrocho los finos botones de nácar del frente de su vestido de seda, hasta liberar la blancura de sus pechos, devorándolos con la mirada ardiente.

No sobreviviría a aquella noche, estaba seguro de ello, pero tampoco pararía, esa seria la muerte más dulce que nunca podría encontrar, salvo por el hecho de no estar dentro de ella cuando lo alcanzara.

—Deberíais darme algo a cambio, ya que me priváis del placer de tocaros —replico, con la respiración agitada, sintiendo como sus pechos subían y bajaban ante sus ojos y lo que ellos le provocaban, en cada fibra de su ser.

—Muy bien, os concederé una prenda, ¿cuál deseáis?

—Todas.

Matt dejó escapar una risa ronca que la invadió los sentidos, haciéndola estremecer de placer tanto como sus caricias.

—No —la respondió, liberando su camisa de sus pantalones, antes de sacársela por la cabeza —¿contenta?

—Supongo que tendré que conformarme —respondió, devorando cada centímetro de su hermoso pecho con la mirada.

Antes de que se diera cuenta, levanto la cabeza y atrapo la protuberancia de su pecho entre los labios, succionándolo a la vez que lo acariciaba con la lengua.

—Bruja —gruño, Matt, a quien había pillado desprevenido, no negándose el placer que le proporcionaba durante unos instantes, antes de tomar su cabeza entre sus manos para separarla, adueñándose de su boca de forma salvaje.

Susan aceptó su castigo por semejante osadía, pero había merecido la pena solo por saborear su piel, aunque solo fuera una vez.

Sintió su mano apoderarse de su seno, mientras la otra subía por su pierna, levantando su vestido hasta su centro.

Por Dios, esos dedos resbalando por su humedad, la estaban volviendo loca, necesitaba que pararan o se perdería en el abismo al que la empujaban, una y otra vez, pensó, asustada por aquella oleada de placer que la consumía.

—Relájate, solo tienes que dejarte ir —la aconsejo, Matt, profundizando sus caricias —, no te dejaré caer, te lo prometo, confía en mí —murmuro, sobre sus labios, apoderándose de ellos para absorber el aliento de su clímax.

Susan confiaba en él más que en ninguna otra persona que conociera, por lo que no lo dudo ni un momento en hacer lo que la decía.

Sus caricias se incrementaron al tiempo que la elevaban, sus caderas comenzaron a rotar buscando aquellos dedos que la atormentaban, una y otra vez, prometiéndole el cielo que nunca llegaba a alcanzar, hasta que sintió que se rompía en mil pedazos, ante el más exquisito placer que jamás había experimentado.

Poco a poco su cuerpo se fue relajando, dejándola exhausta, incapaz de moverse, mirando directamente la cara de Matt sin verle en realidad.

—Gracias —murmuro, cuando fue capaz de encontrar su voz de nuevo.

Él tan solo sonrió en ella y se inclinó para desatarla, antes de levantarse de la cama.

—He de ir al aseo.

Fue todo lo que dijo antes de dejarla allí sola, lo cual aprovecho para quitarse el vestido arrugado y quedarse tan solo con su blanca camisola, antes de tumbarse de nuevo y cubrirse con las mantas.

El fuego había perdido fuerza, pensó, Matt, añadiendo más leña a la chimenea, antes de volver a tumbarse en la cama a su lado, abrazándola.

Parecía feliz, satisfecho, pensó, Susan, acurrucándose junto a él, a pesar de que sabía que él no había obtenido su placer.

Por algún motivo que desconocía todo parecía estar bien, sonrió satisfecha.

Ese fue su último pensamiento antes de dejarse vencer por el sueño, a pesar de la crueldad de la tormenta que caía en el exterior, iluminando la habitación con sus potentes rayos, no sentía miedo.

Él no dejaría que la pasara nada malo.

Él cuidaría de ella.

Matt esperó a que se durmiera antes de permitirse hacer lo mismo.

Como deseaba a esa mujer, pensó, sintiendo como la pasión se adueñaba de él de nuevo.

Fuera como fuera, conseguiría hacerla suya y de nadie más.

Sería su esposa, se prometió a sí mismo.

Capítulo 20

Susan estaba acostumbrada al horario del campo y por más que lo intentara siempre se despertaba al alba.

Incluso en Londres, en plena Temporada, algo que le era totalmente incomprensible a su querida tía, la cual nunca bajaba a desayunar antes de las once de la mañana, y eso para ella ya era mucho madrugar, casi siempre no se la veía hasta la hora del almuerzo.

Tras el cual comenzaban las visitas de la tarde, antes de dejarse ver por Hyde Park, para que todo el mundo supiera que estaban en la ciudad y no olvidaran incluirlas en la lista de invitados de los mejores eventos.

Recordaba Susan como era su vida en su compañía, recorriendo en silencio las tan conocidas estancias de la casa de Lady Hamilton, que ahora la pertenecían.

Aún no podía creerse que todo aquello fuese realmente suyo y de nadie más.

Había llegado al caer la tarde del día anterior, sorprendida de que el servicio hubiera sido advertido de su llegada, solo podía haberlo hecho el señor Bronx, pensó, antes de que su ama de llaves se lo confirmara.

También habían sido puestos al corriente de que ahora era la señora de la casa, según pudo comprobar, porque no tuvo que dar ninguna explicación al respecto.

Cuando llego todos estaban reunidos en el vestíbulo para darla la bienvenida y ponerse a su disposición.

Ninguno parecía estar sorprendido por la decisión de Lady Hamilton de dejarle todo a su sobrina, a la cual adoraba desde pequeña y había criado como a una hija.

Susan escuchó el sonido de los platos en el comedor pequeño y fue hacia allí en busca del desayuno.

Necesitaba coger fuerzas, hoy sería un día complicado y no contaba con Matt para hacerlo más llevadero.

Había sido su decisión apartarlo de su vida en esos momentos, rogándole que no la acompañara a Londres, tal y como, él deseaba, prometiendo mantenerse en la distancia hasta que ella lo buscase.

Y ese era el problema, sabía que lo buscaría en cuanto las cosas se volvieran difíciles, buscaría su consuelo, refugiándose en él, como un pájaro herido y eso no era lo que deseaba.

Por lo que le había costado convencerle de que si volvía a Londres, ella no debería saberlo para no caer en la tentación de contactar con él.

Al final había accedido a sus deseos y se había marchado a su finca en Grafham donde tenía asuntos que atender desde antes de la tormenta, prometiéndola que no la avisaría, ni visitaría a su regreso a la ciudad.

Dejando que fuera el destino quien los juntara de nuevo, si ese era su deseo.

Había hecho bien, pensó, levantándose de la mesa, para regresar a sus aposentos a terminar de prepararse.

—Que preparen el carruaje, señor Carter —le pidió a su mayordomo al pasar junto a él en el vestíbulo.

—Enseguida, milady.

Reunirse con el señor Bronx en su bufete, era su máxima prioridad esa mañana, lo cual, había sido un gran acierto, pensó, al escuchar sus propuestas para defenderse de la avaricia de su familia y que pronto pondrían en marcha.

Si el señor Bronx recelaba de ellos, sin apenas conocerlos, ella estaba muerta de miedo, pensando hasta donde serían capaces de llegar y que la depararía el futuro si caía de nuevo en sus manos.

Sacudió la cabeza, apartando esos lúgubres pensamientos de su mente, al salir de nuevo a la calle donde la esperaba su carruaje.

—A esta dirección, por favor —le pidió al lacayo que la abrió la puerta, ayudándola a subir.

—Por supuesto, milady —la contesto, tomando la nota que le tendía.

Hasta en eso había sido de gran ayuda el señor Bronx, facilitándole la dirección de una agencia de colocación, que era justo lo que necesitaba para poder contratar una Dama de Compañía adecuada, dándole una falsa moralidad de cara a la sociedad, pero si quería recuperar su reputación, por sus propios medios, ese era el primer paso.

Ninguna Dama que se precie, ni joven, ni soltera, ni casada, caminaba sola por la ciudad, sin la compañía adecuada y mucho menos vivía fuera del seno familiar, apartándose de la respetabilidad y protección de sus progenitores.

Un pecado más a sumar a la lista interminable que ya había cometido, pensó, apoyando la cabeza en los cómodos cojines y cerrando los ojos por un momento.

Y pensar que hace tan solo unas semanas, ella estaría tan escandalizada como ellos, juzgándola de la misma manera, alimentando los rumores en las salas de té de las grandes matronas de Londres, riéndose sin ningún pudor por su condena.

No solo su vida había cambiado en esas pocas semanas, sino también su forma de vivirla.

No sabía aún como iba a compaginar la respetabilidad que la sociedad la exigía para permanecer en su círculo y esos deseos que habían despertado en ella, de no seguir algunas de sus absurdas normas, pero lo averiguaría, se prometió a sí misma, incorporándose al notar que el carruaje se detenía.

Susan, bajo a la acera y miro a su alrededor, estaba en un rico barrio burgués fuera de Mayfair por primera vez en su vida.

Los edificios no eran tan distintos a los que la baja nobleza alquilaba cada temporada en las calles aledañas a las grandes mansiones de los más pudientes y poderosos, pensó, contrariada, siempre había pensado que serían barrios sucios y llenos de delincuentes en sus calles, ya que así era como había oído a otros describirlos.

Se acercó a la puerta y toco la aldaba, tras asegurarse de que correspondía con el número que buscaba.

—Milady, ¿en qué puedo ayudarla? —la saludo, quien parecía ser el mayordomo de la casa.

—Busco la agencia de colocación de la señora Smith.

—Tiene usted cita, milady —la pregunto.

—No, no sabía que la necesitara.

—Sí, milady, los servicios de la señora Smith están muy solicitados y a veces no puede atender a todo el que viene a visitarla —la informo.

—Me temo que es un asunto urgente, si pudiera usted hacer una excepción y preguntadle, se lo agradecería —le rogo, no dispuesta a marcharse sin intentar verla —. Acabo de llegar a Londres y necesito contratar a una de sus Damas —le explico, sintiendo como la recorría de arriba abajo con la mirada.

—Pase, si hace el favor de sentarse —la indico unos sillones dispuestos estratégicamente en el vestíbulo —, iré a ver si puede recibirla, pero no la prometo nada.

—Gracias, esperaré aquí el tiempo que sea necesario —le aseguro, con una cálida sonrisa.

Tras lo cual se marchó para cumplir su encargo.

Después de algo más de dos horas de espera, viendo pasar a diversas personas que entraban y salían de la vivienda, al fin, regreso y la condujo ante la señora Smith.

Quien la esperaba en un sobrio despacho tan respetable como el de cualquier otro hombre que había visitado, lo cual la sorprendió, ya que esperaba algo más alegre al ser una mujer quien trabajaba en él.

—Buenos días, Lady Susan, disculpe la espera, pero si pudiera ser breve se lo agradecería —la saludo, señalando una silla para que se sentara frente a ella —. Ya casi es la hora del almuerzo y no me gusta hacer esperar a mi cocinera.

—A mí tampoco, señora Smith, por lo que iré directa al grano —la respondió con el mismo tono de premura en la voz —, busco una Dama de Compañía, no demasiado mayor, de alcurnia y respetable, para diversas funciones relacionadas con su trabajo.

—Desea que viva con usted o solo la necesitaría en ciertas ocasiones —la pregunto, mientras seguía garabateando en sus papeles.

—Que pueda instalarse en la casa es indispensable.

—Disponible a tiempo completo, me imagino —señalo, anotándolo —, aunque deberá disponer de un día libre a la semana como cualquier otro empleado.

—Por supuesto.

—Desea concretar algo más.

—No se me ocurre nada en estos momentos.

—Entonces, si es tan amable de darme su dirección, escogeré a tres posibles señoras que se adapten a sus requisitos y se las enviaré mañana para que las entreviste.

—De acuerdo.

—Pues hemos terminado, mi mayordomo la acompañara a la puerta —se despidió volviendo a sus papeles.

Susan se volvió confundida hacia el mayordomo que la esperaba junto a la puerta para guiarla a la salida.

No sabía si había solucionado su problema o no, tendría que esperar a mañana para descubrirlo, pensó, ya acomodada en su carruaje de regreso a casa.

Capítulo 21

Tal y como la prometió la señora Smith, a la mañana siguiente, sobre las doce, llegaron dos candidatas al puesto para la entrevista.

Ambas, de unos cuarenta años, vestidas con sendos trajes de gruesa lana, oscuros, abrochados hasta el cuello.

Sus voces estrictas y estridentes la recordaron a su institutriz, regañándola por salir al jardín sin su correspondiente sombrero.

Y ambas fueron despachadas de inmediato.

Ella no buscaba una institutriz, sino una dama afable que la acompañara y con quien pudiera relajarse, siendo ella misma.

No esas mujeres que se pasarían el día corrigiéndola y regañándola, para moldearla de nuevo, convirtiéndola en la vieja Susan de siempre.

Ella deseaba sobre todo ser libre y con esas dos cacatúas no lo conseguiría, pensó, saboreando la perdiz estofada que la habían servido para el almuerzo.

La señora Smith le había prometido tres candidatas, por lo que aún quedaba una por llegar, pero no tenía muchas esperanzas de que fuera distinta a las demás.

Se habría explicado mal al detallarla lo que deseaba, se preguntó, tomando un sorbo de vino.

El señor Bronx le había asegurado que era la mejor agencia de la ciudad en su campo y que siempre satisfacía a sus clientas, aunque en su caso se sentía defraudada.

Tras el almuerzo se trasladó a la amplia y luminosa biblioteca, con aquellas estanterías blancas hasta el techo, con sus muebles de roble claro y sus grandes ventanales, repartidos por toda la estancia.

Se sentó tras el escritorio, que la presidía, colocado estratégicamente frente a la enorme chimenea de mármol gris claro, la cual permanecía encendida para caldearla.

La gustaba la biblioteca de su tía, tan distinta a la de su casa en Londres y en la finca, con aquella oscuridad en la que siempre se encontraba.

Aquella estancia se había convertido en una de sus preferidas, aunque no fuera una apasionada de los libros, la gustaba sentarse junto a la chimenea con su labor, respirando el aroma a papel que desprendía.

Tomo una hoja en blanco del cajón y mojo la afilada pluma en el tintero, dispuesta a hacer una lista de los pros y los contras que deseaba encontrar en su dama de compañía.

Para así poder ser más específica al explicar lo que buscaba, cuando fuera a otra agencia, a la mañana siguiente.

Aunque primero tendría que averiguar si existían más agencias de ese tipo en Londres, se recordó, frunciendo el ceño, preocupada, le preguntaría a la señora Carter si conocía alguna, los criados siempre lo sabían todo y eran una gran fuente de información.

El suave golpeteo de su mayordomo en la puerta, la sacaron de sus pensamientos, devolviéndola al presente.

—Adelante.

—La señora Robinson ha venido a visitarla, milady —la informo tendiéndole una tarjeta de visita, estampada en letras verdes con margaritas amarillas en las esquinas —dice venir de parte de la señora Smith.

—Gracias, señor Carter, hágala pasar.

—Si me permitís, milady, es casi la hora del té —puntualizo recorriendo la estancia con la mirada.

—Está bien, que nos lleven una bandeja a la sala de visitas —claudico, poniéndose en pie, saliendo tras él al vestíbulo, para encontrarse a una joven, poco mayor que ella, vestida con un alegre traje color marfil, adornado con finos ramilletes de margaritas.

No había que ser muy inteligente para suponer que eran su flor favorita.

—Señora Robinson.

—Lady Susan —la saludo con una ligera reverencia —, por favor, llamarme Grace —la pido en tono cordial.

—Como deseéis, si sois tan amable de acompañarme, tomaremos un té mientras conversamos —la invito, indicándola que la siguiera.

—Por supuesto, milady.

Susan esperó a que la señora Carter terminara de servirlas, antes de comenzar la

entrevista, aprovechando esos minutos para observar a su invitada detenidamente.

Era una mujer hermosa en la flor de la vida, con una voz melodiosa y afable, pero que a la vez ocultaba cierto deje de determinación y autoridad.

Quizás demasiado joven para lo que necesitaba, pensó, sin llegar a descartarla por ello.

—Muy bien, señora Robinson, la dire exactamente lo que estoy buscando y usted me dirá si se siente capacitada para el trabajo que la ofrezco.

—La escucho.

—Soy Lady Susan Preston, superviviente de la riada que arraso la posada del Jabalí Azul hace unas semanas en Hatfield.

—Se supone que debería escandalizarme por ello.

—Muchas personas lo han hecho —la respondió, antes de continuar —aparecí en Londres vestida como un mozo de cuadra, tras pasar tres noches con dos caballeros solteros, sin la compañía adecuada.

—Ah, entiendo —asintió con la cabeza, comenzando a ver el problema —. Permítame que la pregunte, tenía otra forma de sobrevivir en tan horribles circunstancias, comportándose, como una joven Dama bien educada.

—No.

—Pues bien, por usted, hizo lo que tenía que hacer.

Susan la miro recelosa, buscando algún signo de condena oculto, pero no lo encontró.

—Lady Hamilton, mi tía, pereció esa noche. Dejándome toda su fortuna, propiedades y pertenencias —la informo.

—¿Cómo pudo hacer tal cosa, siendo vos una mujer? —la pregunto, extrañada y a la vez deseosa por conocer la respuesta.

—A través de varios depósitos y escrituras amparadas en las leyes escocesas.

—Ojalá, lo hubiera sabido antes de que mi esposo falleciera, ahora no me encontraría en esta situación tan delicada —se lamentó.

Susan guardó silencio no queriendo entrometerse en sus asuntos.

—Tras lo cual repudie a mi familia y me traslade a vivir en mi propia casa sin más

compañía.

—Y ahí es donde entro yo.

—Exacto, busco una Dama que le dé respetabilidad a mi independencia de cara a la sociedad y me ayude a limpiar mi reputación. ¿Es usted esa persona? —la pregunto sin dejar de observarla.

—Soy viuda, mi marido falleció por unas fiebres el año pasado, dejándome en la indigencia —la explico, sintiendo que era su turno de contar su historia —. He sobrevivido gracias a la caridad de unos parientes lejanos que me han mantenido a cambio de mis servicios como institutriz de sus dos hijas, las cuales acaban de comprometerse, a finales de pasada Temporada y celebraran sus nupcias en pocos días.

—Por lo que sus servicios ya no son requeridos —termino por ella.

—Mi estancia en su casa ya no les aporta ningún beneficio, por lo que he de abandonarla, cuanto antes.

—¿Tiene algún parentesco con la nobleza?, ya que a riesgo de parecer presuntuosa es un requisito indispensable.

—Mi padre era el tercer hijo del Marqués de St. Ives y mi madre del Conde de Bath, por lo que fui criada y educada en su seno. —la explico —. Mi marido era el cuarto hijo del párroco de nuestra aldea, que a su vez era el segundo hijo del Duque de Essex.

—Unas referencias excelentes en ese aspecto —observo, agradeciendo en silencio por ello.

La gustaba la señora Robinson, tenía el presentimiento de que podrían llegar a ser grandes amigas.

Juntas podrían conseguirlo.

—Nunca he traspasado las normas ni he protagonizado ningún escándalo —la aclaro —. Aunque he de decir que siempre he vivido en el campo y solo me traslade a la ciudad tras enviudar.

—Bien, eso carece de importancia, no tiene sentido seguir dándole vueltas, el puesto es suyo si lo desea, siempre que se vea capaz de sobrellevar los desplantes a los que nos enfrentaremos.

—No soy una mujer débil, aunque lo parezca —replico, con un deje de orgullo, por ser como era —. Acepto.

—Entonces pasemos a hablar de sus condiciones.

—La escucho.

—En primer lugar, tendrá que vivir bajo mi techo, ¿espero que no tenga ningún inconveniente al respecto?

—Ninguno, estoy deseando poder abandonar la casa donde me alojo actualmente —la aseguro, con una sonrisa, arrogante, imaginándose sus caras sorprendidas, cuando les comunicara que se marchaba.

—Entonces acompáñeme, por favor.

Juntas se trasladaron a la parte de atrás de la casa y atravesaron el invernadero, hasta una puerta de cristal, oculta entre la vegetación, que daba a un pequeño corredor acristalado.

—Mi tía, muy celosa de su privacidad y no dispuesta a prescindir de su peculiar forma de vivir bajo su techo —comenzó a explicarle el porqué de su paseo —, se vio en la necesidad de contratar los servicios de una Dama de compañía durante el periodo de luto por su difunto marido, por su decisión de trasladarse a Londres en lugar de enterrarse en su finca de campo, junto a él.

Sintió la mirada confusa de la señora Robinson sobre ella sin comprender a qué se refería.

—Por lo que mando construir una pequeña villa para la Dama, totalmente independiente y a la vez conectada con la mansión —concluyo, llegando a una puerta de roble que se abrió sin dificultad —. La cual fue olvidada cuando puedo prescindir de sus servicios, hasta ahora —la dijo, apartándose a un lado para dejarla pasar —. La he mandado limpiar y acondicionar para su nueva inquilina, pero siéntase en la libertad de amoldarla a su gusto si así lo desea.

—Uf, es más de lo que esperaba —replico, aún sorprendida, recorriendo la estancia bien iluminada con la mirada —, parece perfecta.

—También cuenta con una entrada directa a una de las calles laterales de la mansión —la dijo, saliendo al corredor para mostrársela —. Por supuesto, contará con todos los sirvientes que necesite para mantenerla, así como una doncella personal para que la asista.

—Vais a hacerme llorar, con vuestra generosidad, Lady Susan —la dijo conmovida — esto es como un sueño.

—No crea, tiene un duro trabajo por delante, espero mucho de usted, solo deseo ofrecerle un lugar seguro donde relajarse tras su jornada.

—No tengo ninguna duda de que este lo será.

—Eso espero —comento volviéndose hacia la puerta por la que habían entrado —. Instálese y la veré pasado mañana a primera hora en la biblioteca para seguir hablando.

—Allí estaré, milady.

—Ahora vendrá la señora Carter para coordinar con usted su traslado y cualquier otra cosa que precise —la informo desde el umbral —. Si me disculpa la dejaré sola para que se familiarice con su nuevo hogar.

—Que tenga una buena tarde —se despido, haciendo una ligera reverencia a su espalda, mientras veía como cerraba la puerta tras ella, antes de volverse y comenzar a recorrer la casa en silencio.

Aquello superaba con creces sus plegarias, pensó, asombrada, por la belleza de la decoración y el buen gusto en cada una de las estancias.

Susan oyó los pasos apresurados de su mayordomo que se acercaban, poniéndose tensa, esperándose lo peor.

—Milady, vuestra doncella, ha llegado —la comunico llegando a su altura.

—Oh —fue todo lo que pudo decir, volviendo a respirar de nuevo —por favor, mándela llamar, señor Carter, la esperaré en la biblioteca —le ordeno, pasando ante él.

—Sí, milady.

La gustaba la señora Robinson, había tenido mucha suerte en encontrar en ella justamente lo que buscaba.

Si serviría para sus propósitos o no, solo el tiempo lo diría, pensó, observando danzar las llamas en la chimenea.

—Milady.

—Gracias por venir, Ingrid —la dijo, girándose hacia ella —, temí que no recibieras mi nota o desoyeras mi ruego.

—Nunca, milady, serviros es para mí todo un privilegio —le confesó, un poco ruborizada —, además de que siempre he deseado vivir en la ciudad —dijo, un poco avergonzada.

—Pues lo has conseguido —la felicito, complacida de que eso no fuera a ser un problema para ella —, supongo que la señora Carter ya te habrá mostrado tus habitaciones y presentado a todo el mundo.

—Sí, milady, ha sido muy amable conmigo.

—Me alegro, entonces tómate el resto del día para descansar del viaje y te veré mañana en mis aposentos a primera hora —la aconsejo —, tenemos mucho trabajo por delante y muy poco tiempo, si deseo disponer de todo un armario nuevo cuanto antes.

—Sí, milady, hay mucho por hacer en ese sentido —la confirmo, sabiendo que solo disponía de lo poco que consiguió meter en su bolso de viaje, antes de que se marchara y algunos vestidos que guardaba en casa de su tía.

—Puedes retirarte, te veré mañana.

—Milady —se despidió con una ligera reverencia.

Poco a poco las piezas iban encajando y cada día estaba más cerca de recomenzar su vida dentro de la sociedad, se felicitó en silencio, por conseguir que así fuera.

Solo desearía que Matt estuviera allí para poder verlo, pensó, abrazándose a sí misma, rememorando su calor con aquel simple gesto.

Ojalá, pudiera tenerle cerca de nuevo.

Capítulo 22

Una semana después y tras muchos preparativos, lo había conseguido.

Estaban listas para asistir a su primer evento en sociedad, tras mucho discutir, habían elegido un acto benéfico, los cuales abundaban en esas fechas tan cercanas a la Navidad, en todo Londres.

Irían Covent Garden, donde su tía poseía un palco, para asistir a la representación de la ópera del gran Rossini, titulada “Trancredi”, muy popular ese año entre la nobleza y la cual ninguna de las dos había tenido el gusto de ver aún.

Todo lo recaudado iría a parar al Hospital de San Bartolomé, donde antes se había asegurado un puesto como patrocinadora, haciendo una importante donación.

—Bien, estamos listas —anuncio, Susan, a nadie en particular.

—Saldrá bien, milady —la respondió su mayordomo, abriéndolas la puerta de par en par para que salieran a la calle donde las esperaba su carruaje.

—Recordar, sois Lady Susan Preston y nadie se atreverá a echaros de un sitio público como el teatro —dijo, Grace, sentada frente a ella, tratando de animarla.

—No habéis convivido mucho entre ellos si sois capaz de afirmar tal cosa.

—Entonces capearemos el temporal, con la cabeza bien alta, como buenamente podamos —la aseguro, convencida de ello—. Vamos, no os iréis a rendir ahora.

—No, Grace, hemos trabajado muy duro para llegar hasta aquí —la respondió, decidida a seguir a delante —, solo espero tener a los astros de nuestro lado.

—Siempre, milady, siempre.

Susan la sonrió con cariño, pero no se mantuvo en silencio.

La verdad es que habían congeniado muy bien y se habían hecho grandes amigas.

Su apoyo incondicional y sus sabios consejos habían sido de tan gran ayuda como si Matt hubiera permanecido a su lado en esos difíciles momentos, que tanto lo necesitaba.

Con él a su lado nadie se atrevería a hacerla pasar un mal rato.

Qué fácil sería todo si hubiera aceptado su proposición de matrimonio y dejar que él se encargara de todo.

Pero eso era la salida fácil a su problema, la que hubiera tomado su yo del pasado, sin dudarlo, entonces sería feliz con tan solo eso.

Hoy necesitaba sentir que merecía su cariño, su apoyo y comprensión, por algo más que un mandato social para salvar su reputación.

Hoy sentía que debía ser merecedora de yacer entre sus brazos como una mujer satisfecha consigo misma.

Esa noche comenzaba su camino para conseguirlo, por y para sí misma, no en un deseo por volver a ser aceptada por la sociedad, como muchos pensarían, sino para demostrarse que era merecedora de ello.

—Hemos llegado, milady —anuncio, su lacayo, abriendo la portezuela del carruaje.

Susan se giró hacia él, permitiéndole ayudarla a bajarse y se quedó en la acera esperando a su acompañante.

Juntas caminaron erguidas, muy conscientes de la expectación que despertaban a su paso, hasta su palco en la segunda planta, donde se acomodaron a la espera de que comenzara la función.

—Buenos días, señor Carter. Milady ya ha desayunado —le pregunto al omnipresente mayordomo, cuando alcanzo el vestíbulo.

—Sí, señora, la está esperando en la biblioteca.

—Gracias, ah, señor Carter, mantenga a alguien todo el día junto a la puerta, parece que van a convertir en un jardín nuestro vestíbulo —le dijo, acercándose a la mesa central donde se estaban depositando los ramos de flores que ya había llegado —. Y recuerde que la casa permanece cerrada a las visitas, sin excepción, por respeto a Lady Hamilton, tan recientemente fallecida, y en tan tristes circunstancias.

—No se preocupe de eso, yo mismo me encargaré de despachar a quien desee traspasar esas puertas.

—Gracias, señor Carter, confió en usted.

Le dijo dedicándole una dulce sonrisa, justo antes de abrir la puerta de la estancia donde la esperaba su patrona.

—Buenos días, milady —la saludo con una ligera reverencia.

—Buenos días, Grace, acercaros, estaba leyendo las tarjetas que acompañan a los ramos y las primeras invitaciones que se han recibido.

—Dada la hora tan temprana y la prisa que se han dado al enviarlos, yo diría que nuestra salida de ayer fue todo un éxito.

—Yo no cantaría victoria tan pronto —la aseguro un poco desanimada mirando las tarjetas esparcidas sobre la mesa —, nunca me he preocupado por la reputación de los demás y suelo olvidar los chismes, casi de inmediato —le confesó, su poco interés en esos temas —, por lo que voy a necesitar de sus conocimientos, sobre estas personas, para poder clasificar si son dignos o no de mi atención. No puedo permitirme un error de ese estilo en estos momentos.

—La verdad es que no, que os vean acompañada o simplemente manteniendo una conversación con la persona equivocada podría ser fatal para vuestros planes —concordó con ella, tomando una silla frente a ella y comenzando a examinar las tarjetas.

Susan la observaba en silencio, viendo como cada vez se ponía más seria y fruncía el ceño con cada una que leía.

—Ninguna de ellas merece vuestra atención, solo son caza fortunas que buscan vuestro dinero para llenar sus arcas.

—Algo así me temía, que pasaría.

—No os desaniméis, llegarán las adecuadas, aunque puede que no sea hoy —la advirtió, desilusionada, por la atención no deseada que habían despertado.

Las dos sabían que no había forma de evitar a los caza fortunas y aquellos que se acercarían a ellas, en su propio beneficio, aprovechándose de sus circunstancias, pero tener sus nombres allí delante, las había desolado por completo.

Las voces discordantes que llegaban del vestíbulo llamaron su atención.

—Ya les he dicho que ustedes no son bien recibidos en esta casa —oyeron la voz acerada del señor Carter, a través de las puertas cerradas —, por lo que les ruego sean tan amables de marcharse.

—¡¿Cómo se atreve?!, soy el Conde de Preston y esta casa me pertenece.

Oyó Susan gritar, encolerizado a su padre, encarándose con su pobre mayordomo.

—No, dejad que se encargue —la sugirió, Grace, tomándola por el brazo al ver que se levantaba.

—Debo ir a ayudarle —la contesto, volviéndose hacia ella, tan blanca como la pared, presa del pánico.

—Deshacerse de las visitas no deseadas forma parte de su trabajo —la recordó, temerosa de que fuera a desmayarse en cualquier momento —, si salís ahí, estaréis poniendo en duda vuestra confianza en que sea capaz de desarrollarlo satisfactoriamente.

—El ego de los mayordomos —murmuro, dejándose caer de nuevo en la silla —. Mi tía siempre decía que era peor que un dolor de muelas y pobre de aquel que osara mancillarlo.

—Y tenía toda la razón, es mejor mantenerse al margen en este tipo de situaciones y esperar por si él mismo decide involucrarnos de algún modo.

Susan cabeceó su acuerdo, sentía como todo su cuerpo se estremecía con solo saber que estaban bajo su techo, al otro lado de la puerta, en su vestíbulo.

La verdad es que debería estar más preparada para ello, sabía que ese momento llegaría, lo había esperado a los pocos días de su partida, pero con el paso del tiempo sin noticias, se había ido relajando, bajando la guardia, con la esperanza de que se hubieran rendido a lo inevitable y la dejaran vivir en paz.

Que tonta había sido por pensar que algo así podía llegar a suceder.

Menos mal que había puesto a la casa sobre aviso y le había contado a Grace toda la historia, incluso sus más profundos temores.

Al menos ellos parecían estar preparados para su llegada mejor que ella, pensó, oyendo las fuertes pisadas, que corresponderían a los lacayos y mozos de cuadra más fornidos de la casa, supuso, que se acercaban, presurosos, al vestíbulo.

—Sáquenlos de aquí a la calle —les ordeno, el señor Carter, una vez llegaron hasta ellos.

—Sí, señor.

—No se atreva a poner sus sucias manos de pordiosero sobre mí —oyó a su madre gritar despavorida —suélteme, inmediatamente.

—Esto no quedará así, haré que los cuelguen, por tratar así a un par del reino. —les amenazo, Preston, preso de la ira.

Poco a poco las voces se fueron desvaneciendo, hasta que el suave clic de la puerta, al cerrarse, le dijo que se habían marchado.

—Ya está, dudo que vuelvan a intentar venir aquí a molestaros.

—Yo no estoy tan segura de eso —murmuro, en apenas un hilo de voz, dándose de nuevo permiso para seguir respirando.

—Pediré una bandeja de té —se ofreció, Grace, al ver como la temblaban las manos sin control.

—Gracias, me vendrá bien —la aseguro, haciendo un esfuerzo por tranquilizarse.

Ya ha pasado, se han ido, estás bien, se repetía una y otra vez para sí misma en su mente, tratando de recuperarse.

El problema con su familia era otro que debía resolver, pero no lo conseguiría si acababa en aquel estado cada vez que aparecieran en su vida y eso era algo que ocurriría con frecuencia.

Londres era muy pequeño y la nobleza muy reducida como para no coincidir constantemente con ellos.

Aunque estaba segura de que en público mantendrían las apariencias, adulando y agasajando a su amada hija, siempre existía la posibilidad de encontrarlos en un pasillo a solas o un camino poco transitado de Hyde Park, donde sería menos afortunada en su trato.

Su familia la haría pagar cada uno de sus desprecios con su propia sangre, estaba segura de ello.

En estos momentos estarían planeando su venganza, no tenía la menor duda de cuáles serían sus intenciones.

—Querido, esta situación ha sido de lo más bochornosa —se quejó, la Condesa de Preston, sentada frente a él —. Ser echados de esa manera a la calle de casa de nuestra propia hija. No quiero ni pensar en lo que ocurrirá si alguien nos ha reconocido o ha sido testigo silencioso de ello.

—Además de humillante —estuvo de acuerdo con ella —, nunca nadie se había atrevido a tratarme de tan vil manera.

—Quizás deberíamos darle un enfoque distinto al problema, en lugar de asaltar su nueva vida a la fuerza —se atrevió a decir, Thomas, sentado junto a su padre, quien se había mantenido en un discreto segundo plano, observándolo todo en silencio.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto su padre, escudriñándole con la mirada en la semi oscuridad del carruaje.

—Que se matan más moscas con miel que a latigazos.

—Explícate —le exigió su madre.

—Pues veréis … —comenzó, pero tuvo que callar de nuevo, ya habían llegado a su destino.

La casa de los Condes de Preston en la ciudad, mucho menos ostentosa y opulenta, además de situada fuera del círculo de los más poderosos miembros destacados de la sociedad.

No como la casa de Lady Hamilton, ahora propiedad de su hermana, pensó, escudriñando su estructura de ladrillo rojo desde la acera.

Los Preston siempre habían sido nobles de segunda, por más que intentaran escalar en el escalafón de la nobleza, a base de matrimonios bien concertados, nunca un gran pretendiente se había declarado a favor de unirse a la familia.

—Hablaremos más tarde, una vez nos hayamos refrescado y aseado —sentencio, el Conde, traspasando el umbral de sus dominios.

—Espero que nadie haya sido testigo de nuestra vergüenza —murmuro su madre tras él.

Hacerles ver las cosas de otra manera y cambiar su forma de proceder para obtener su objetivo, no iba a ser tarea fácil, pensó, Thomas, yendo tras ellos hacia las escaleras.

Además de que no disponían de mucho tiempo, una vez se casara, todo estaría perdido y en manos de su marido.

Si al menos fuera un caza fortunas al que pudieran chantajear, se podría hacer algo, pero si su esposo era de buena familia ya podían olvidarse de hacerse con sus pertenencias, propiedades y fortuna.

Se lamentó en silencio, entrando en sus aposentos.

Solo esperaba que alguno de los caza fortunas que se la echarían encima sin remedio, consiguiera su objetivo.

Tendría que hacer una lista de los que se encontraban en ese momento en la ciudad, para tantearlos, no había que dejar nada al azar.

Él tenía sus propios problemas, que esperaba poder solucionar con su dinero, pensó, masajeándose el cuello, sintiendo la presión con solo pensar en ellos.

Susan esperó a sentirse más segura de sí misma, tras su segunda taza de té, antes de levantar la cabeza y fijar su mirada en Grace.

—Podéis tomaros el resto de la mañana libre —la ordeno con diplomacia, sintiendo la necesidad de quedarse sola para terminar de recomponerse —. He de ocuparme de algunos asuntos de vital importancia.

—Como deseéis, milady —la respondió poniéndose en pie —. Cancelaré el evento de esta tarde al que pensábamos asistir.

—No, saldremos tal y como lo habíamos planeado.

—No creo que sea una buena idea, aún no hemos hablado de vuestros admiradores y como debéis proceder en su presencia —la recordó, el tema que estaban tratando antes de que las interrumpieran.

—Entonces deberéis ocuparos vos de ellos en mi lugar, señora Robinson —la ordeno, cansada de su charla —. Al fin y al cabo, mantenerme alejada de las compañías no deseadas forma parte de vuestro trabajo.

—Sí, milady —la respondió, acusando el golpe.

Susan hubiera querido disculparse por ser tan brusca con ella, pero no encontró las palabras adecuadas, que justificasen su descortesía, por lo que se quedó allí sentada en silencio, viendo como se marchaba y cerraba las puertas tras ella con máximo cuidado.

Bien, Susan, enemistarte con tu único aliado, es justo lo que necesitas, se regañó, al tiempo que se ponía en pie, para dirigirse hacia el escritorio.

Debía escribir cuantos antes al señor Bronx e informarle de lo ocurrido, el cual había insistido mucho en ello, para evitar males mayores, la había advertido, cuando fue a visitarlo a sus oficinas.

Capítulo 23

La Navidad había pasado hacía ya más de un mes y con ella los eventos públicos de beneficencia.

Era como si después de esas fechas tan señaladas, los pobres ya no existieran, dejando de atraer a la nobleza, quien los abandonaba a su suerte hasta el próximo año.

Se había acabado el tiempo de paz y amor, pasando a otros entretenimientos menos caritativos y más acordes con su helado corazón, siempre y cuando lo tuvieran, cosa que dudaba muy seriamente de algunas personas que conocía, pensó, Susan, mientras esperaba que la sirvieran en la pastelería de moda de ese año, acompañada por Lady Redford y Lady Rebecca.

Pero a ellas les habían facilitado su trabajo, para hacer patente su presencia en la ciudad e introducirse de nuevo en los círculos menos influyentes de la nobleza.

Como para entablar amistad con las damas que las acompañaban en ese momento, quienes tenían poca relevancia, gracias a sus imperfectas reputaciones, pero que eran recibidas en cualquier casa.

Susan estaba satisfecha con lo que habían conseguido y esperaba mucho más, ahora que los nobles regresaban del campo, para ocupar su escaño en el parlamento, mientras sus esposas e hijas se preparaban para la nueva Temporada, adquiriendo un nuevo vestuario y todos los complementos nuevos que encontraran.

Este año, al igual que el anterior, Madame Ross seguía ostentando su poder como la modista más prestigiosa de todo Londres, siendo imposible adquirir cualquiera de sus modelos a estas alturas.

Menos mal que Susan y Grace la encargaron su vestuario meses antes, por lo que estaban listas para lucirlo en cualquier momento.

—Perdóneme, Lady Redford —se disculpó, al no haberla entendido al estar perdida en sus pensamientos.

—La preguntaba Lady Susan, si tenía pensado asistir esta noche al teatro.

—Sí, siempre es un placer poder disfrutar de un buen aíra en la voz de la señorita Mantovani.

—Una pena que regrese a la ópera de París durante la Temporada —se lamentó, Lady

Rebeca —. Esta noche será su última función en la ciudad.

—Por eso precisamente todo el mundo estará allí —la respondió, Grace, apartándose un poco para que pudieran dejar la bandeja con lo que habían pedido, sobre la mesa.

—Y ese es el motivo por el que muchos de nuestros pares han adelantado su regreso —continuo, Lady Redford, explicándola —, se rumorea que incluso la reina Charlotte, asistirá esta noche, acompañada de la Duquesa de York.

—Yo pensaba que había abandonado sus apariciones públicas debido a la edad —observo, Lady Rebecca, perpleja.

—Algunas, querida —la contesto, Grace, con calma.

—Esta noche lo mejor de la ciudad se sentará en el Covent Garden, para disfrutar de tan exquisita voz —la aseguro, Lady Redford, con un deje de nostalgia en la voz.

Eso fue lo que le dijo a Susan a donde conducía esa conversación exactamente.

—Tengo entendido que las entradas están agotadas y los palcos reservados desde hace semanas.

—Así es, querida, así es —se lamentó, Lady Redford, con un deje de tristeza en la voz, bien ensayada.

—Bueno, estoy segura que también lo pasaremos bien en la reunión que Lady Pavendon ha organizado —comento, tratando de animarla —. Es más que probable que nos deleite con un recital de su propia poesía.

—Adoro la poesía de Lady Pavendon, pero no hay comparación, querida, no hay comparación —se quejó de nuevo —. A la reunión de Lady Pavendon solo asistirán los menos afortunados, que no podrán estar en el teatro y sus amigos intelectuales, de ese Club al que pertenece.

—O lo que es lo mismo, nadie que se precie —termino por ella, Grace, intercambiando una mirada de complicidad con Susan.

Susan oculto su sonrisa de satisfacción tras su taza de té, todo estaba saliendo como habían planeado, había llegado el momento de intervenir.

Bajo la taza con calma, hasta depositarla sobre el platillo de fina porcelana a juego, antes de mirar a Lady Redford a los ojos, tal y como, habían ensayado esa misma mañana en la biblioteca.

—Lady Hamilton, mi querida y difunta tía —comenzó, dando un toque de pesar en la voz

—, poseía un palco para ocho personas en el teatro y dado que tan solo la señora Robinson y yo acudiremos, estaríamos encantadas de compartirlo con ustedes y sus acompañantes, por supuesto.

—Oh, querida, eso sería maravilloso, maravilloso —exclamo, Lady Redford, encantada con la invitación —, si no recuerdo mal, el palco de Lady Hamilton es uno de los mejores situados.

—Creo que sí, se puede observar todo el escenario a placer y disfrutar de la obra sin distracciones —comento, Susan, fingiendo no saber a que se refería.

—En efecto, Lady Hamilton poseía uno de los mejores palcos, desde donde se podía observar a todos los asistentes a su antojo, además de mostrarse ante ellos en una exhibición de opulencia, el poder que se ostentaba.

—No sé si mis padres estarán dispuestos a cambiar sus planes para la noche a estas alturas —se quejó, Lady Rebecca, dudando de que fuera posible acompañar a sus nuevas amigas al teatro.

—Por supuesto que sí, querida, por supuesto que si —la aseguro, Lady Redford, poniéndose en pie, dando por terminada la reunión —y cuanto antes se lo comuniques mejor —la dijo, invitándola a retirarse tal y como ella hacía.

—Nosotras también nos marchamos.

—Aún tenemos que retirar algunas compras de última hora —comento, Grace, justificando así su partida.

—Compras, siempre hay que estar visitando las tiendas más relevantes, si se quiere estar a la última —se quejó, Lady Redford, encabezando la marcha.

Juntas descendieron la pequeña escalinata hasta la acera, donde se despidieron, tomando caminos separados.

Capítulo 24

Chapman había llegado a la ciudad la tarde anterior, con motivo de poder asistir a la fiesta anual que ofrecían los Duques de Ashford, pero se había negado a salir de casa hasta entonces, por miedo a encontrarse con cierta Dama, a quien de moria por ver.

Pero ella le había pedido que se mantuviera apartado y aunque le costara la vida, cumpliría su palabra.

En la finca todo había sido más fácil, cuando sentía la necesidad imperiosa, de correr a su lado, siempre encontraba algún trabajo agotador en los campos, que le permitiera dormir por las noches, sin ser esclavo de la lujuria que con solo su recuerdo le provocaba.

Pero estar allí, a tan solo unas calles de distancia, le estaba volviendo loco por completo.

Estaba a punto de sucumbir, cuando llego la invitación de Ashford para unirse a él en el Club y saborear un buen bistec, regado con un mejor vino, la cual no dudo ni por un instante en aceptar.

Ese era un buen lugar al que ir, donde no se la encontraría por casualidad, después ya vería lo que haría para sobrevivir hasta el sábado por la noche, sin sucumbir a la locura, pensó, mientras se preparaba para su salida.

Chapman entro en el comedor de su Club y vio a Ashford sentado en su mesa habitual, junto a la ventana, acompañado de Anthony.

El cual parecía haber madurado en esos pocos meses que habían estado separados, dedujo por la rigidez de su mandíbula, al observarle mientras se acercaba, pero fue la expresión de sus ojos, sería y fría, ocultando sus fantasmas, lo que le convenció por completo.

Sabía que la experiencia tan traumática como a la que habían sobrevivido, les cambiaría a todos, pero no se había preocupado más que de Susan y él mismo, no había pensado ni por un momento, en Anthony ni Margot, ni se había preguntado si necesitarían ayuda para superarlo, se regañó, a sí mismo por su descuido.

En su afán por mantenerse alejado de la ciudad y lo más aislado posible, para lamer sus heridas, mientras suspiraba por la mujer que amaba, no había estado allí para ellos.

El estar enamorado y no ser correspondido, había anulado sus sentidos, pensó, llegando junto a su mesa.

—Buenos días, Lord Chapman —le saludo el camarero acercándose desde el otro extremo de la estancia —. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor —le respondió tomando asiento en su silla habitual, frente a Ashford.

—Al fin te has dignado a aparecer —dijo, Ashford, observándole con detenimiento, en busca de los cambios que había visto tanto, en Anthony como en la señorita Scott.

—Tenía mucho trabajo pendiente, que requería mi atención —dijo, justificando así su ausencia.

—Tanto como para no venir ni siquiera en Navidad —le regaño, Anthony, quien se había sentido muy desilusionado cuando denegó la invitación.

Esperaba haber podido hablar con él sobre los cambios que estaba haciendo en la finca, además de preguntarse si estaba interesado en llevarlos a cabo en su propiedad.

—Madre no está muy contenta con eso.

—Y Nataly y mi esposa no creo que perdonen tu ausencia.

—Vamos, tampoco es para tanto —se quejó, al verse regañado por los hermanos —, ya las compensaré de algún modo durante la Temporada.

—El sábado.

—Durante la fiesta.

—¿Qué?

—Han decidido que te ofrecerás voluntario para sacar a bailar a las floreros y a las menos populares de entre las jóvenes damas que asistirán.

—Mientras ellas eligen a tu futura esposa.

—No estáis hablando en serio.

—Oh, sí, querido, primo, han decidido que estarás casado para el verano —le respondió, Ashford, conteniendo una carcajada al ver la cara de espanto, que ponía.

—Soy hombre muerto.

—Casado —le confirmo, Anthony, estallando en una sonora carcajada, atrayendo la atención de todos los comensales hacia ellos.

—Maldita sea, supongo que aún estoy a tiempo de retirarme de nuevo a mi finca.

—Yo que tú no lo haría, si no quieres meterte en más problemas —le aconsejo, Ashford, poniéndose serio —, tampoco es para tanto, no es la primera vez que madre intenta casarte.

—A los dos, eso hacía que fuera más fácil escapar de sus maquinaciones.

—Pues esta vez estarás solo.

—Madre del amor hermoso —murmuro, sintiendo como se apretaba el nudo de su pañuelo sobre su cuello —, puede que también decida buscarte una novia —dijo, mirando directamente a Anthony.

—Por este año estoy a salvo, ha decidido que me he vuelto demasiado campechano, olvidando mis modales y debe reeducarme.

—No vaya a asustar con su rudeza a su futura esposa —termino, Ashford, por él.

Chapman se los quedo mirando atónito, parecía que estaban hablando en serio, maldita sea, él no estaba ya disponible para ninguna de esas damas y esquivar a sus interesadas madres, deseosas de atrapar un esposo para sus polluelas, lo cual era ya de por sí toda una hazaña.

Pero si encima las féminas Ashford se habían propuesto echarlas a sus brazos, no tenía ninguna posibilidad de librarse de los grilletes antes del verano.

—No me dejaréis solo ante los lobos —les pregunto, esperanzado de poder esquivar sus peores ataques con su ayuda.

—Lo siento, amigo mío, pero no pienso oponerme a los designios de mi querida esposa.

—Y yo regreso a Ashford, la próxima semana, aún queda mucho por hacer antes de que llegue la temporada de lluvias —les anuncio, Anthony, sus intenciones.

—Así que me vais a dejar solo.

—Sí —respondieron ambos hermanos al unísono.

—Traidores —siseo, tomando su copa y apurándola de un solo trago.

Iba a necesitar mucho vino para poder sobrevivir a lo que se le venía encima.

—¿Lluvias?, a qué te refieres con eso —le pregunto a Anthony, dándose cuenta de todo lo que aquello podía implicar.

—He estado trabajando en encauzar las aguas de lluvia, para alejarlas de las zonas

habitadas —le explico.

—Y cambiando la distribución de los campos para poder llevarlas con seguridad dentro del cauce de los arroyos —continuo, Ashford, con un deje de orgullo y preocupación, a partes iguales, en la voz.

—Increíble, cuéntame un poco más —le pidió, verdaderamente interesado en el tema.

Anthony le observo con cautela durante unos instantes antes de lanzarse a explicarle con todo lujo de detalles, cual era su intención y lo que estaba haciendo para conseguirlo.

Chapman le escucho en silencio, ahora entendía la preocupación que había notado en Ashford sobre él.

Anthony parecía tener serios problemas a la hora de superar aquella maldita riada, los cuales trataba de ocultar, a la vez que intentaba salvar la vida de todo aquel que tuviera que enfrentarse al desbordamiento de un río en el futuro.

Intercambio una mirada con Ashford, dejándole ver su profunda preocupación, tendría que intentar hablar con él antes de que se marchara, para tratar de ver cuanto de profundas, eran esas heridas, para poder ayudarle.

No debería haber estado tanto tiempo dándole la espalda al mundo y mucho menos a sus seres queridos, por una mujer que se había negado a ser su esposa.

Maldita sea, pensó, regañándose de nuevo, mientras escuchaba atentamente sus explicaciones, en la cuales estaba muy interesado.

—¿Vienes a cenar? —le pregunto, Ashford, en la acera mientras esperaban el carruaje.

—Madre estará encantada de verte.

—Esta noche no, aún estoy cansado por el viaje —se excusó lo mejor que pudo —, pero la visitaré mañana por la mañana, sin falta.

—Como desees.

Chapman les vio subir y emprender la marcha, antes de darse la vuelta.

Había decidido volver caminando a casa de sus padres, al amparo de la noche.

No tenía ninguna prisa por regresar, ni interés alguno en distraerse con cualquier otra actividad esa noche.

Con un poco de suerte todos habrían salido ya, a disfrutar de algún evento nocturno,

cuando llegara, y podría disponer de un poco de paz en la biblioteca, su estancia favorita, saboreando un buen brandy, mientras disfrutaba leyendo alguna de las múltiples novelas que había adquirido últimamente.

La verdad es que se había aficionado a ellas, en las noches solitarias y frías de Grafham, eran su única compañía.

Capítulo 25

Decir que estaba nerviosa, era decir poco, pensó, Susan, apretando sus manos sobre sus rodillas, para ocultar el temblor incontrolable que sentía en todo el cuerpo.

—Ya no hay nada más que podamos hacer, milady —dijo, Grace, observándola preocupada.

—Lo sé y pase lo que pase esta noche, os doy las gracias por estar a mi lado.

—Para eso me contratasteis, milady.

—Sí, pero os habéis convertido en una amiga en quien poder confiar —le confesó, sin sentir vergüenza por ello.

—A la cual no le habéis contado toda la historia.

Susan sonrió en ella con complicidad, antes de volverse a mirar por la ventanilla del carruaje, las calles atestadas de gente en las aceras, queriendo ser testigos del desfile de carruajes, que se dirigían a la residencia de los Duques de Ashford.

Donde se celebraría el primer baile importante de la Temporada, dando así comienzo a la misma.

Además del primero que la poco ortodoxa, nueva Duquesa de Ashford ofrecía en su papel de anfitriona, por el que sería observada por toda la nobleza, para poder catalogarla dentro de sus ridículas normas.

Y que además, si los rumores eran ciertos, se encontraba en estado de buena esperanza, por lo que en pocas semanas, se vería obligada a retirarse de la vida social, a esperar el nacimiento del nuevo Duque.

Menuda ridiculez obligar a una mujer a no mostrar en público su embarazo, por haber sido concebido en el lecho conyugal, algo de lo que nadie hablaba, por considerarse de mal gusto, pero que todos practicaban.

Una más de sus interminables incongruencias por las que se regía su mundo, y que estaba obligada a acatar si deseaba seguir en él.

El matrimonio era el vínculo que unía a dos familias, en busca de más poder y fortuna, pero también estaba concebido para traer hijos al mundo, aunque los abandonaran en el campo al

cuidado de criados y tutores, hasta la edad adulta, cuando ya podían obtener un beneficio de ellos, que compensara el dinero invertido en su crianza y educación.

Susan sintió que se le revolvía el estómago con solo pensarlo, su hermano y ella habían sido unos de esos niños y ahora sus progenitores, maquinaban a sus espaldas, para recoger sus frutos.

Sintió un estremecimiento de pies a cabeza, al recordar que esa noche, también asistirían al baile, obligándola a sonreír y mostrar pleitesía, cuando se acercaran y estaba segura de que lo harían.

Por si no fuera ya suficientemente importante tal evento para su reputación, tendría que batallar con ellos, quienes se iban a aprovechar de eso para imponerse sobre ella.

—Parece que toda la ciudad ha salido al mismo tiempo a las calles y con el mismo destino —comento, Grace, al notar la lentitud con la que avanzaban.

—Nadie quiere perdérselo.

—Pues a este paso todos lo haremos.

—Quizás deberíamos haber aceptado la invitación a cenar antes de que diera comienzo el baile.

—No, es importante que entréis con los menos afortunados, si deseáis demostrar vuestra independencia y no ser considerada una protegida de los Duques —la recordó por enésima vez —, lo cual condicionaría el trato haca vos por parte de vuestros pares.

—Lo sé.

Pero había otro motivo por el que no habían aceptado, aunque no le había hablado de él a Grace.

Chapman, sería la primera vez que le viera tras su noche en la posada.

Él había cumplido con su palabra y ella debía mostrarle esa noche la mujer en la que se había convertido, además de hasta donde había llegado, gracias a su comprensión.

Era su deber y a la vez sería su máxima victoria, ver en sus ojos el orgullo y la admiración por lo que había logrado.

O su fracaso más absoluto, eso aún estaba por decidirse.

Ya que una parte de la sociedad, estaba segura, había olvidado su desliz y perdonado sus faltas, otra aún se mantenía férrea en su intención de repudiarla como uno de sus pares.

Esa noche, por primera vez desde que regresara a Londres, las dos partes se encontrarían ante ella, en la misma habitación, hacia donde se decantaría la mayoría, era un misterio aún por resolver, pensó, al tiempo que cruzaban las puertas de la casa y se adentraban en el jardín delantero de la mansión ducal.

—Prepárate, no tardaremos en llegar a la puerta —la aviso, Susan a Grace, colocándose sus ropas lo mejor que podía.

Tal y como esperaban, su llegada levanto la expectación que tanto habían temido, los próximos minutos serían claves, demostrando su aceptación o repulsa hacia ellas, por parte de sus pares.

Ahora ya todo estaba en sus manos.

Susan se quedó parada con la cabeza bien alta, nada más cruzar el umbral de la entrada, al salón de baile, esperando su dictamen.

Sintió como todos los asistentes, que ya habían llegado, dejaron de hacer lo que estaban haciendo, para volverse hacia ellas en silencio.

Pero eso no la intimido, fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir, fue posando su desafiante mirada en los rostros que la observaban, hasta que sus ojos se posaron en Matt y todo su cuerpo comenzó a temblar.

Había venido, esperaba que así fuera, pero no tenía ninguna certeza de ello.

Ni había oído hablar, ni comentar a nadie, que estuviera en la ciudad.

Su expresión tranquila y serena, llena de seguridad y admiración, fue penetrando en ella, mientras que en su mente la susurraba de nuevo “… no has hecho nada malo, no permitas que te convenzan de lo contrario …”

Las cuales le devolvieron el aplomo, que comenzaba a abandonarla, al estar allí plantada mientras la observaban, sin ningún disimulo.

—Lady Susan, es un placer verla, todo un placer.

Oyó que alguien la saludaba y se volvió hacia la voz cálida que se había dirigido a ella en silencio.

—Lady Redford, Lady Pavendon —las saludo con una ligera reverencia.

—Señora Robinson —dijo, Lady Pavendon, incluyéndola en la conversación —, estábamos pensando en ir a la sala de los refrescos a por un ponche, ¿por qué no nos acompañan?

—Aunque aún estamos en marzo y están todas las ventanas abiertas —la explico, Lady Redford, tomándola del brazo, para guiarla —. Hace un calor horrible.

—Cierto, aunque el detalle de los limoneros en flor da una sensación engañosa de frescor —comento, Grace, tras ellas.

Era verdad, aunque dudaba que ese fuera su cometido, cuando la Duquesa, muy sabiamente, decidió prescindir de las tradicionales palmeras, sustituyéndolas por árboles aromáticos, que disimularan la mezcla de los fuertes perfumes, agobiantes de por sí, y el olor a sudor rancio que algunos de los invitados desprendían, pensó, fijando su mirada en uno de ellos en particular.

Bajo el cual, Chapman, parecía estar conversando con Lord Webs y otros caballeros a los que no conocía.

Sus ojos se encontraron a través de la distancia, haciéndola revivir lo que podía hacerla sentir con tan solo su mirada, pensó, notando como su respiración se aceleraba por el anhelo de sus caricias.

Sacudió la cabeza levemente, apartándolo de su mente y se concentró en la gente que la rodeaba.

Con cada paso que daban tenían que detenerse para saludar o atender a quienes se acercaban para saludarla, hasta que fue más que evidente su imposibilidad de seguir avanzando.

Tras más de una hora, sin dejar de sonreír a aquellos rostros extraños que trataban de llamar su atención, nadie podía dudar de que Lady Susan Preston había sido readmitida de nuevo, en el seno de la sociedad.

Puede que algunos aún estuvieran recelosos a perdonar sus pecados, pero no así la mayoría.

Habían ganado, pensó, intercambiando una mirada orgullosa con Grace.

Lady Susan Preston había logrado imponerse sobre sus arcaicas normas, sin doblegar su espíritu, y se había convertido en una mujer orgullosa de sí misma, que sabía lo que quería en la vida, que no se asustaba si debía luchar por ello para conseguirlo.

Levanto la cabeza buscando a Matt entre la multitud, tenía que decírselo, solo él sabía por lo que había luchado en realidad esos últimos meses, se merecía compartir con ella su éxito, ya que sin su sacrificio y comprensión nunca lo hubiera conseguido.

Él la había dado la fuerza, la valentía y el amor, pensó, anhelando estar a su lado.

La promesa de un futuro entre sus brazos, era en realidad lo que la había mantenido en pie, todo aquel tiempo, era hora de compartir con él su éxito.

—Lady Susan, seriáis tan amable de concederme este baile.

Susan se volvió hacia la profunda voz, que estaba segura, debía haber reconocido, sorprendida al ver al Duque de Ashford, parado, frente a ella, esperando cortésmente su respuesta.

—Por supuesto, excelencia —consiguió decir recuperando el habla con una ligera reverencia.

Él le tendió el brazo con calma, sin decir nada, conocedor de lo que podía despertar en las jóvenes damas, su presencia.

Susan tomó su brazo y dejo que la guiara hacia la pista de baile, dócilmente, aunque dudo justo a la entrada de la misma, volvió la cabeza para poder mirarle, sin detenerse.

—Aunque me haríais un enorme favor, si en lugar de bailar, camináramos hasta el otro extremo del salón, excelencia —le pidió, en un murmullo tratando de no ser oída, por los indiscretos, que se afanaban por no perderse ni una sola palabra de su conversación, a su alrededor —, me temo que aunque yo lo intentase no llegaría nunca a cruzar el salón, siendo retenida a cada paso —le explico, el motivo de su extraña petición.

—Como deseéis, milady, estoy a vuestra entera disposición —la respondió, preguntándose que tendría esa mujer en mente — y hacia donde exactamente debo dirigiros.

—Bajo el limonero.

Ashford se volvió hacia ella, aún más sorprendido por su elección, salvo su familia que había decidido apostarse allí, por el bien de Penny y su revuelto estómago.

Solo los caballeros, ajenos a la fiesta, hablando de política y las floreros, se encontraban cerca de tan aromáticos árboles.

Lo cual despertó su curiosidad, por saber con quién deseaba hablar su bella compañera, con tanta urgencia, como para pedirle algo así, pero no pregunto, por el contrario, inicio una conversación trivial, al tiempo que avanzaban, apartando con su fría y aristocrática mirada, a todo aquel que hacía amago de acercarse.

Susan le respondía de forma automática, con simples, monosílabos, cuando la conversación lo requería, sintiendo como sus nervios anidaban en su estómago, cada vez más tenso, con cada paso que daban.

Solo esperaba llegar hasta allí sin desmayarse primero.

Capítulo 26

Ashford decidió ir directo hacia donde su familia se encontraba, con la esperanza de que su esposa tomase su relevo y pudiera conducirla hacia donde la dama de verdad deseaba ir.

—Excelencias —las saludo, Susan, con una marcada reverencia hacia las Duquesas —Lady Nataly, Lord Henderson —se volvió hacia ellos con una ligera inclinación de cabeza —. Lord Chapman.

—Lady Susan, es un placer veros —respondió, este tomando su mano, para depositar un suave beso sobre su guante de seda.

—Espero que sigáis pensando lo mismo tras oír la propuesta que tengo que haceros —le confesó, abrumada por los nervios y el pánico a su rechazo.

Mejor sería esperar a otro momento, donde pudieran estar solos, que exponerse a su vergüenza, delante de toda la sociedad, la cual, esta vez, la relegaría al olvido sin remedio.

—Soy todo oídos, milady, ya que estáis decidía a sorprenderme.

Susan sonrió con una mirada cómplice, mientras veía como los Condes de Portman y sus hermanos se unían a ellos, así como sus progenitores, con Thomas a la zaga, cruzaban el salón, presurosos, directos hacia allí.

Susan tomó una respiración profunda, tratando de adquirir la seriedad que la ocasión requería, a la vez que calmaba sus traicioneros nervios.

—Lord Chapman, me haríais el honor de tomarme como esposa.

Chapman parpadeo dos veces, sorprendido, temiendo no haber escuchado bien.

Le acaba de proponer matrimonio en aquel salón de baile, con toda la sociedad como testigo.

La cual no se atrevía ni a respirar por miedo, a perderse algo de lo que estaba ocurriendo, entre ellos.

—Debéis de saber que estoy profundamente enamorada y que durante estos últimos meses, mi amor por vos, solo se ha arraigado con más fuerza en mi corazón.

Chapman no puedo retenerla más y dejo escapar una carcajada que reboto en las

columnas del salón, como un trueno embravecido, mientras sacaba su cartera y rebuscaba en su interior, hasta encontrar lo que buscaba.

—Con una condición —la dijo, poniéndose serio de nuevo —, solo me casaré con vos si hacemos buen uso de esto.

Susan tomó el papel que le tendía y lo desdoblo con cuidado.

—La habéis guardado —susurro, mirándole con todo el cariño que le profesaba.

—Uno nunca sabe cuando puede necesitar algo así —la respondió, sonriéndola a su vez con ternura.

—Ashford, ve a buscar al obispo de inmediato.

—Tampoco es necesario correr de esa manera, hay muchos asuntos que resolver antes de que un matrimonio se pueda celebrar.

—Los cuales a ti mismo no te impidieron casarte hasta que estuvieron resueltos —le amonesto, Nataly, sorprendida por su respuesta.

—¡Ve! —exclamaron al unísono, Penny, Nataly y Anthony.

—Está bien, tranquilos, vuelvo enseguida —les pidió, rindiéndose ante su reclamo, al tiempo que observaba a la pareja, quienes parecían ajenos a todo lo que les rodeaba.

Preguntándose que no había entendido y los demás sí, de aquella extraña petición.

Hasta que sus ojos cayeron sobre el papel que Lady Susan aún conservaba, sujetándolo como si fuera el más preciado de sus tesoros y pudo distinguir el membrete del obispo de Londres, en la esquina, adivinando de que se trataba.

Una licencia especial.

Sería mejor que se diera prisa en encontrar al párroco y traerle ante ellos.

—Ashford tiene razón, hay mucho que hacer antes de que llegue —sentencio, la Duquesa Viuda, poniéndolos a todos en movimiento.

En tan solo unos minutos, se despejó un lugar ante la orquesta, e incluso se trajo, de alguna parte, un arco de flores blancas de azahar, bajo el cual pronunciar sus votos.

Por el rabillo del ojo vio como su padre se acercaba, con la intención de llevarla ante el altar, haciendo que se tensara temiendo el momento en que llegara junto a ella.

No sabía si sería capaz de soportar su tacto, después de todo lo que había pasado.

Ashford adivino las intenciones del Conde de Preston hacia su hija y se apresuró a ocupar su lugar junto a ella.

—Me haríais el honor —la pregunto, tendiéndole su brazo.

—Por supuesto, excelencia, el honor es mío —dijo, tomándolo y dejando que la guiara hacia el improvisado escenario.

Había oído rumores de distanciamiento, pero no supo hasta que punto eran ciertos, hasta ver el alivio de Lady Susan al tomar su brazo, el cual no pudo disimular, ni la mirada de agradecimiento que Chapman, le dirigió desde el altar, donde permanecía esperando.

Así que él era consciente de lo que ocurría, pensó, preguntándose que más conocería sobre ella y cuando había tenido tiempo de hacerlo.

Para todo el mundo, incluso para su familia, él había estado aislado en Grafham todo el invierno y ella en Londres, donde había sido vista en muchas ocasiones, asistiendo a los más diversos eventos.

Pero en algún momento ellos tuvieron que coincidir, aunque no adivinaba cuando podía haber sido.

—Reconoce que hay cosas que se escapan a tu férreo control, hermanito —murmuro, Anthony, quien era bien conocedor de aquella mirada, tantas veces dirigida hacia él, en el pasado.

—Podéis callaros ya y dejar que el obispo de comienzo con la ceremonia —les regaño, Penny, situada tras ellos.

—Hombres —murmuro, Nataly, moviendo la cabeza en señal de negación.

—Silencio —les ordeno, la Duquesa Viuda, en un susurro.

Por fin, todos se callaron y pudo comenzar la ceremonia, repitieron sus votos bajo el olor fresco del azahar en flor, con una seguridad y determinación que sorprendió a todos los allí reunidos.

—Te amo —susurro, Chapman, sobre sus dulces labios, antes de darle un suave beso, cuando el obispo se lo permitió.

Sellando así los lazos que los unían, antes de volverse hacia los demás, que comenzaban a acercarse, para felicitarles y desearles lo mejor, en su nueva vida, que esa noche comenzaban.

Tras dos horas allí de pie, recibiendo sus buenos deseos, Susan se volvió hacia su recién estrenado esposo.

—¿Y ahora qué?

—Os propongo pasar la noche en la nueva posada del Jabalí Azul y mañana ya decidiremos el resto.

—Me parece una idea estupenda.

—Iré a buscar el carruaje —se ofreció, Ashford al oírlos.

—Y nosotras os escoltaremos hasta la puerta principal, mientras Anthony y Nataly se ocupan de los que pretendan detenerlos —sentencio, la Duquesa Viuda, tomando el brazo de su sobrino.

—Bienvenida a la familia —dijo, Penny, haciendo lo propio a su lado.

—Siento haber estropeado vuestro baile, excelencia —se disculpó, sintiéndose un poco avergonzada por lo que había hecho, por primera vez.

—Para nada, le habéis puesto esa chispa de emoción que necesitaba.

Susan se volvió a mirarla, sorprendida, no parecía enfadada con ella, sino más bien divertida con la situación.

Quiso preguntarla por qué, pero el coche había llegado y fueron empujados a su interior sin ningún miramiento.

Ni siquiera había tenido tiempo de sentarse, cuando se puso en marcha, haciendo que se tambaleara, si no fuera por las fuertes manos de Matt que la atraparon por la cintura, sentándola sobre sus rodillas, estaba segura de haber caído al suelo.

Fue todo lo que pudo pensar antes de que se adueñara de su boca, en un beso abrasador, haciendo que el mundo dejara de existir para ellos.

FIN

Si quieres saber más sobre los Duques de Ashford, no dejes de leer ***"Desafiando al Duque".***



Biografía:

Autora internacional de la saga “El Descaro de las Damas” la cual la llevo al éxito, manteniéndola en los primeros puestos de venta de su género.

Nacida en 1969, soñadora, romántica empedernida y amante de su familia, vive junto a su marido y sus dos hijas en una zona rural, rodeada de bellos paisajes, un pueblecito medieval cargado de historia que la sirven de inspiración.

Amante de los relatos ocultos en la historia y de las leyendas urbanas, que se transmiten de generación en generación, comenzando a coleccionarlas durante su adolescencia.



Aquí puedes encontrar todos mis libros.